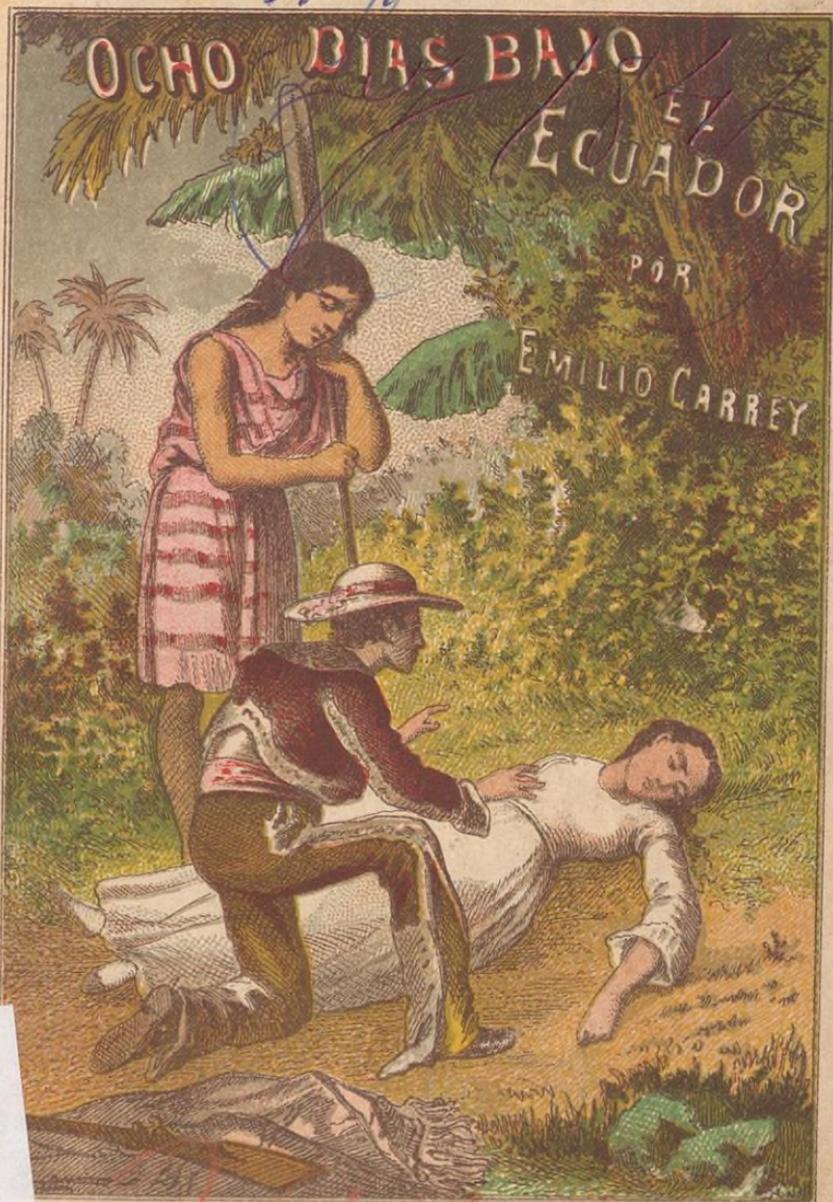
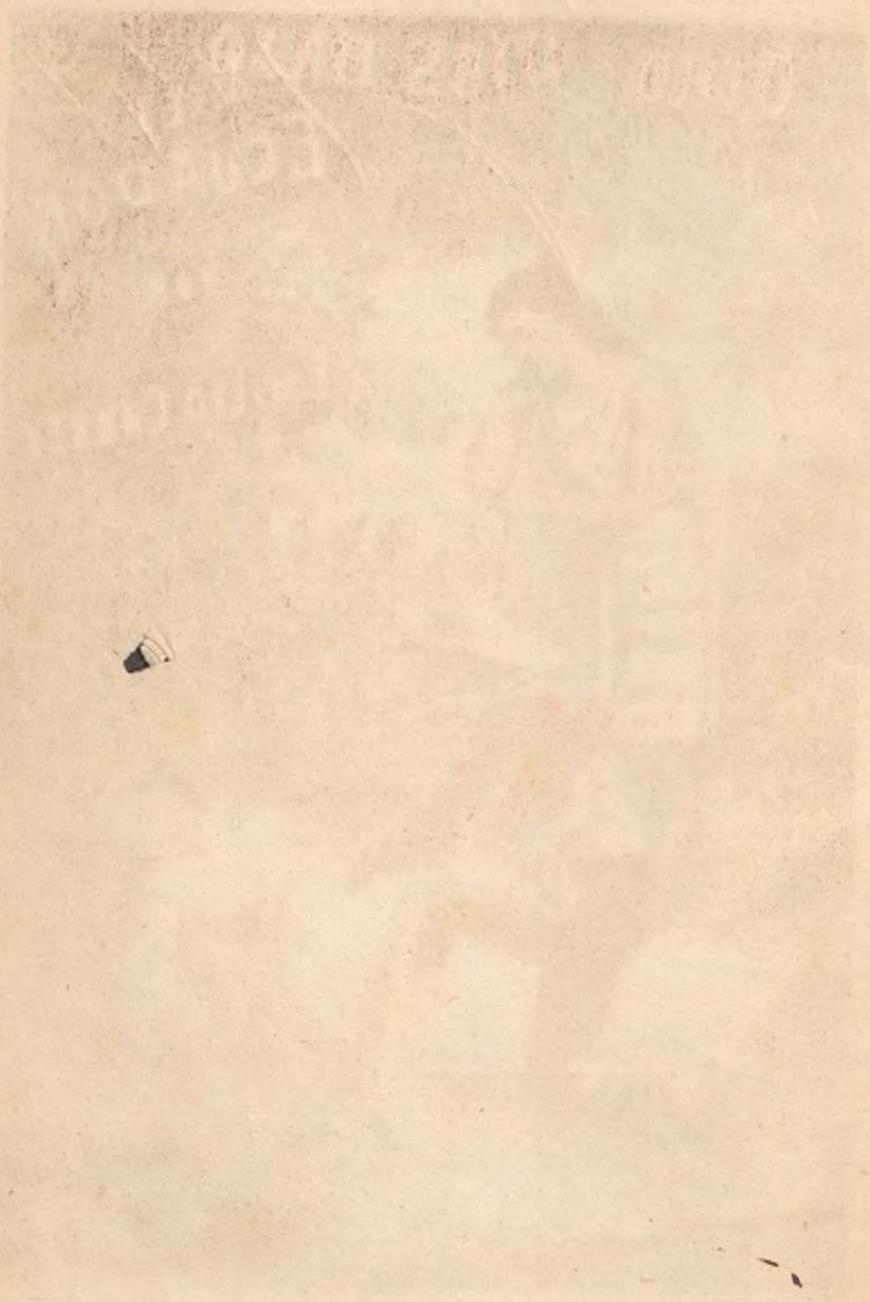


23 Marzo 78

19615



33-6<sup>a</sup> bis



19615  
(by 1847)

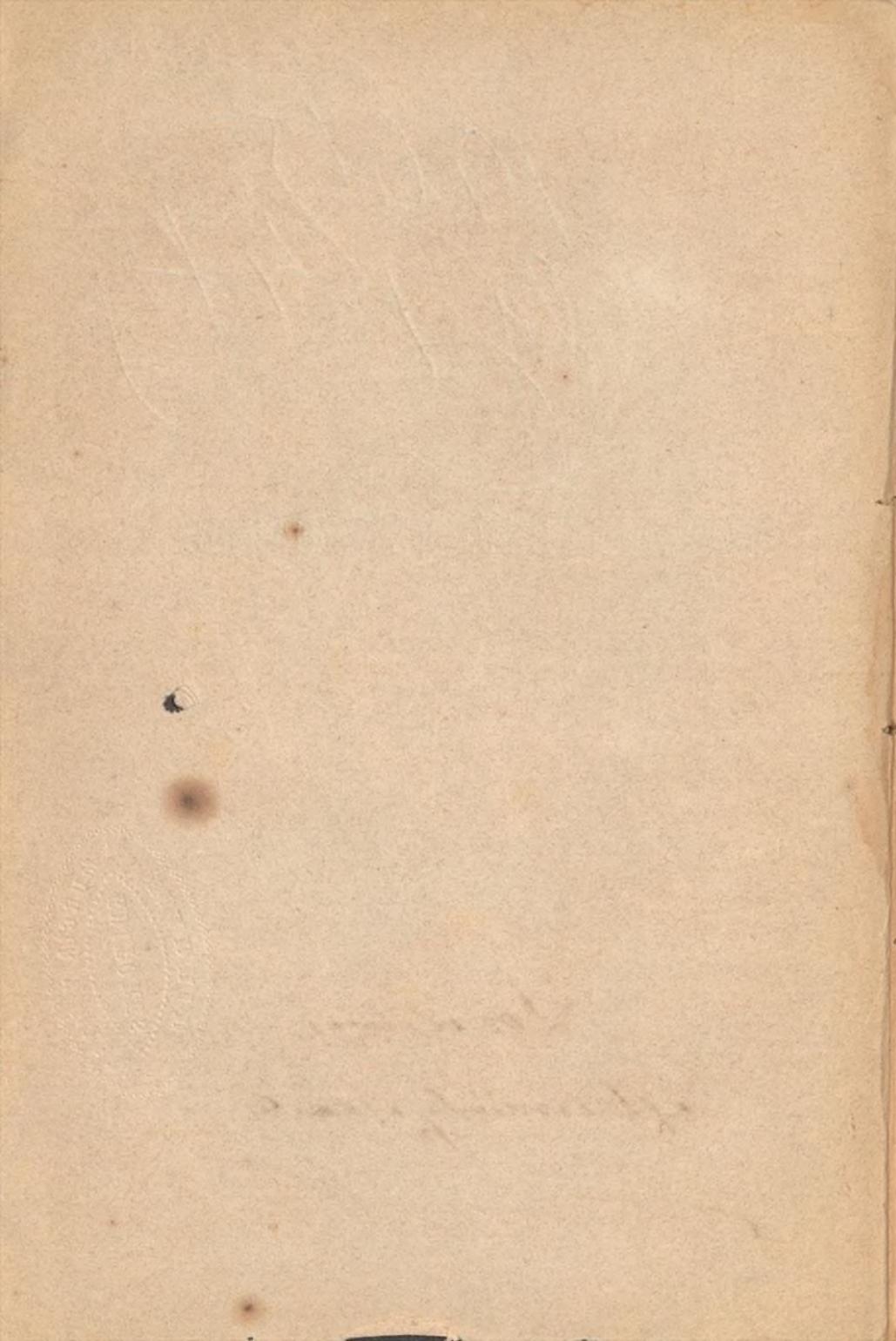
OCHO DIAS BAJO EL ECUADOR.

2991

Los editores

especiales y plant

*[Decorative flourish]*



GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

---

OCHO DIAS  
BAJO EL ECUADOR

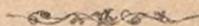
RECUERDOS DE UN VIAJE AL AMAZONAS

POR

M. EMILIO CARREY

TRADUCCION DE

E. H. Y F.



MADRID.

ADMINISTRACION DE LA GALERIA LITERARIA,  
Tabernillas, 2, principal.

1878.

Rep. p. 413. lib. 29

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

---

---

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,  
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

---

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

### Salida del Pará.

En Abril de 1855, despues de dos años y medio de correrías por el territorio americano, llegué al Pará, en la desembocadura del rio de las Amazonas, con objeto de embarcarme para Europa. Sentíame ya verdaderamente fatigado; mi salud estaba quebrantada, y tenia vehementes deseos de descansar bajo el querido cielo de mi patria. Por otra parte, mi hermano, que durante diez y ocho meses habia viajado en mi compañía, habia regresado á Francia, y hacia ya un año que no tenia noticias de él. Todas estas circunstancias me obligaban naturalmente á apresurar mi regreso; mas, sin embargo, antes de volver á Europa, quise visitar los *seringales* ó explotaciones del cautchouc, establecidos en las bocas del Ama-

zonas, y el territorio neutral que se extiende entre el Brasil y la Guyana francesa, desde la orilla izquierda del Amazonas hasta el río Oyapock. Con este objeto, en vez de volver á Francia, como todo el mundo, en los vapores de la costa del Brasil, por Pernambuco, Lisboa y Southampton, resolví hacerme á la mar en un barquichuelo, navegar á través del laberinto de islas que obstruyen las bocas del Amazonas, y costear luego las Guyanas brasileña y francesa hasta Cayena, desde cuyo punto volvería á Francia por Demerary y la Martinica.

Muchas dificultades tuve que vencer para organizar este viaje. El *egarilé* ó canoa que me había conducido desde el Perú por el río de las Amazonas, era demasiado débil para arrostrar las olas del océano, y necesitaba por consecuencia encontrar una *vigilinga*, especie de barco costanero, propio para el viaje que quería emprender. En vano me dirigí á los comerciantes del Pará, pudiendo al fin entenderme con los contrabandistas de la costa, que me proporcionaron una de sus embarcaciones; pero zozobró cuando venía á buscarme, ahogándose los dos hombres que la tripulaban. Me encontraba, pues, sin buque y sin marineros. La barra y las corrientes del Amazonas

en las cercanías del cabo Norte, las costumbres salvajes de los seringueros de la costa y la presencia en aquellos parajes de muchos forzados, fugitivos de Cayena, hacian peligrosa esta travesía, y los habitantes del Pará me refirieron una odisea completa de asesinatos y naufragios sucedidos en aquellos lugares.

Acostumbrado á las peripecias de una existencia errante y aventurera y poco sensible á los exagerados terrores de los brasileños, no pudieron estas narraciones hacerme desistir de mi proyecto. Por otra parte, me habia impuesto este viaje como un deber, y le consideraba como el coronamiento de la exploracion que, por encargo del gobierno francés, habiamos realizado mi hermano y yo en las cordilleras del Perú y el valle del Amazonas.

Despues de tres semanas de peripecias, y gracias á un compatriota europeo, mi huésped del Pará, encontré una especie de falucho sin arboladura, pero nuevo y construido con madera de *itauba*, que es la más dura de la América meridional y la más apropósito para construcciones navales. Con él podíamos tocar sin grandes peligros en los bancos de Magoary ó de Maraca, lo que debia sucederme infaliblemente, puesto que

mi intencion era seguir la costa lo más cerca posible de tierra y visitar todos los puntos habitados.

Hicimos aparejar nuestro buque, y en tanto nos dedicamos á buscar piloto y tripulacion, cosa difícil de encontrar, pues necesitábamos lo menos cinco hombres. No habia siquiera que pensar en marineros europeos, porque los que van al Pará no están libres, y los desertores encuentran mejores officios que los de marineros del rio: no esperábamos encontrar, pues, sino indios ó mulatos; pero unos temian al cabo Norte, otros temian á los forzados, la mayor parte no habia navegado más que en los canales que rodean al Pará, y todos pedian precios imposibles.

En fin, despues de mil investigaciones infructuosas y á fuerza de ir nosotros mismos en busca de tripulacion, andando de *loja* en *loja* (1) reclutamos sucesivamente cinco hombres. Cada nuevo recluta era conducido á bordo del falucho, sin darle tiempo para reflexionar, pues la reflexion en el negro y en el indio conduce siempre al reposo, y allí nuestros criados los conservaban cuidadosamente, á fuerza de aguardiente de caña y demos-

---

(1) La *loja* es una especie de botillería ó taberna.

traciones amistosas, que, despues de todo, producen mejor resultado que los argumentos positivos usados en el país; pero sin temor de engañarme, puedo asegurar que ningun sargento inglés ha consumido con sus reclutas irlandeses tanto gin como aguardiente de caña tuve yo que emplear para tener tripulacion.

Los contrabandistas nos proporcionaron un piloto norte-americano, que tenia la más completa facha de bandido y de borracho que puede imaginarse, y al fin el falucho, bien arbolado y con su lastre correspondiente, se hizo á la vela el 20 de Abril de 1855.

Acompañábame á bordo mi huésped, Carlos K..., que despues de haber combatido mis proyectos, habia querido acompañarme hasta Cayena. Nuestro falucho, cuyo porte era de ocho toneladas, llevaba á nuestros dos criados, un jóven indio salvaje que habia comprado en el alto Amazonas, nuestros cinco hombres de tripulacion, indios y mulatos, armas, municiones, harina de yuca, y aguardiente de caña para un mes.

Navegábamos, segun la costumbre del país, echando el ancla durante las mareas contrarias, algunas veces en alta mar, y siempre que era posible, en un rio ó sobre una isla, delante de algu-

na habitacion. Bien recibidos generalmente, y contestando á numerosas preguntas acerca de la guerra de Crimea, que tanto engrandecia la gloria de Francia, caminábamos observándolo todo, informándonos del comercio y de las costumbres de aquellas poblaciones variadas, nómadas y poco conocidas, y siguiendo y anotando al mismo tiempo los preciosos trabajos hidrográficos de M. de Montravel.

Llevábamos ya diez y siete dias de navegacion, y ninguna peripecia desagradable habia turbado nuestro viaje, á no ser que contemos como tales dos ó tres baradas y otros tantos golpes de mar, acontecimientos dignos de figurar en el diario de un barquero del Marne. Habiamos visitado minuciosamente Vigia, centro del comercio de la cola de pescado; Marajó, la isla inmensa, tan rica en ganado como mal afamada por sus numerosas serpientes de cascabel; Mexiana, el cuartel general de los tigres; Jurupari, la isla del Diablo; Macapa, la Sebastopol del Brasil, y su guarnicion india, que duermen bajo el Ecuador, y ya salíamos de su hermosa bahía, dejando á la derecha á Cavianna, para hacer rumbo á Bailica y los grupos de islas que obstruyen la gran boca del rio, cuando una racha del Nordeste volvió á

echarnos sobre la isla de Jurupari, obligándonos á navegar á lo largo de Cavianna y á anclar luego bajo su costa, peligrosa por sus numerosos bajíos, y azotada de un extremo á otro por la *pororoca* (1).

Durante aquella noche de forzada inacción, impaciente por salir del río, sabiendo que en Cavianna habitaban algunos forzados fugitivos de Cayena, permanecí recostado sobre el puente de mi falucho, dominado por esa especie de somnolencia del que, bajo el peso de una preocupación constante, escucha durmiendo. De hora en hora me levantaba, prestaba oído á los rumores que venían de tierra, observaba el horizonte y la marea creciente, y volvía á recostarme más impaciente todavía. Era una noche verdaderamente ecuatorial, cálida, pesada, sofocante: ni un soplo de viento agitaba la atmósfera; la vela colgaba inerte á lo largo del palo, y el humo de mi cigarro subía recto hácia el cielo. En vano sumergía á cada momento en el río mis manos y mis piés desnudos, pues, más caliente que el aire, no prestaba el agua la menor frescura. El grito siniestro del *guariba* ó mono rojo resonaba en la profun-

---

(1) La *pororoca* es la barra del Amazonas.

didad de las selvas de Cavianna, en tanto que el *coro*, posado en las ramas de un árbol y viendo á lo lejos la tempestad, arrojaba á intervalos cortos é iguales su nota aguda, sonora y única, que atravesaba las tinieblas como un grito de angustia. En el último límite del horizonte, sobre las lomas de Marajó, lucian silenciosos relámpagos que reflejaban en las aguas del rio su pálida claridad; subia la marea, produciendo un ruido monótono, y de mi corazon á mi cabeza ascendia esa oleada de recuerdos, de esperanzas desvanecidas y de ideas melancólicas que durante la noche acometen generalmente al viajero y al desterrado, y que son producidas por el sentimiento de la patria.

---

---

## CAPITULO II.

### El encuentro.

Empezaban á percibirse las señales precursoras del día. Los gritos de los guaribas se hacian más roncós y frecuentes, y grandes murciélagos revoloteaban en torno de mi cabeza, rozando la vela y acariciándome con el viento de sus alas. El ruido de su rápido vuelo, que pasa y se borra sin la menor vibración, parecia el eco de un mundo invisible, y de cuando en cuando los cantos de algunos pájaros aislados atravesaban el espacio, llevados por la brisa que se levantaba con el día.

Empezaba á soplar el viento, y hácia Levante se distinguia una claridad pálida é incierta, que me permitia ver vagamente algunos pájaros que volaban hácia el continente, arrancados al sue-

ño por el sol y el hambre. De repente llegó hasta mí, viniendo de alta mar, ese leve rumor que produce una embarcacion hendiendo las olas: dejé caer al agua mi cigarro, cuyo fuego revelaba nuestra presencia, y sin levantarme ni cambiar de posicion, volvi la cabeza para observar al horizonte: en el desierto, la prudencia es la vida.

A una distancia de trescientos metros distinguí una barca de seringueros (1), que viento en popa se dirigía hácia el falucho. Tomé de la cámara mis pistolas; me deslicé hasta mi negro, que dormia al pié del palo, y tocándole con un pié para despertarle, le indiqué por señas que llamase al piloto: luego esperé. La barca avanzaba rápida y silenciosa, impulsada por la brisa, que hinchaba su roja vela, y en un momento estuvo á nuestro lado. Pasó rozando la proa del falucho, echó abajo su vela, y describió un círculo en torno de nosotros para darnos el costado.

Levantéme entónces bruscamente, pegándome al palo para ocultarme algo, y monté una pistola, haciendo crugir el muelle.

—Pasad de largo,—grité en portugués.

---

(1) Llevan este nombre los que se dedican á la explotacion de la goma elástica.

Mi criado negro y el piloto se habian levantado: en cuanto á los marineros, medio dormidos aún, no hacian más que mirar, sin tomarse el trabajo de ponerse en pié, pues cuando un indio viaja con un blanco, de nada se ocupa, y el blanco tiene que defenderle, alimentarle y cuidarle.

En tanto, la barca se habia colocado borda á borda con el falucho, entablándose el siguiente diálogo:

—¿Por qué os acercais tanto? ¿Por qué no respondeis?—dijo el negro con voz irritada.

Lino, que este era su nombre, tenia un carácter excelente; pero cuando turbaban su sueño, se convertia en un perro de presa: por otra parte, estando al servicio de un europeo, miraba con un profundo desprecio, á pesar de su color, á todo el que no era blanco de pura raza.

—¿Dónde está el patron?—preguntó una voz sonora y acentuada, cuyo timbre me sorprendió.

—¡Qué bárbaro!—exclamó Lino;—jeste maldito pregunta en vez de contestar!

—¿Dónde está el patron?—repitió la misma voz con idéntico tono.

—Aquí,—contesté;—¿qué quereis?

—¿Venís del Pará?

—Sí.

—¿Teneis á bordo algunos periódicos y queréis vendérmelos?

—No los tengo.

—¿Ha sido tomado Sebastopol por los aliados?

—No.

—Mil gracias.

Tantas veces me habian hecho esta pregunta, y no siempre con benévolas intenciones, que ya habia tomado la costumbre de contestar por monosílabos.

En aquel momento, Lino vió algun pescado en el fondo de la barca.

—¿Cuánto vale el pescado?—dijo con desdeñosa altanería.

—No lo vendo, morenillo,—repuso el desconocido;—pero baja y coje el que quieras.

Sin despegar los labios, Lino bajó con un marinero, y yo le dejé obrar; pero cuando hubo concluido, es decir, cuando ví sobre el puente una verdadera carga de pescado, dije:

—Dale mil reis. (1)

—Nada os he pedido y nada quiero,—replicó el de la barca;—os regalo esos peces á cambio de vuestra noticia.

---

(1) Mil reis valen próximamente tres pesetas.

—Pues yo no recibo nada gratis,—repuse;—  
Lino, saca tabaco y aguardiente.

—Ni aguardiente, ni tabaco,—replicó el seringero.

Pero Lino, sin hacerle caso, llenó de aguardiente un vaso de calabaza, y lo ofreció al indio, que lo rechazó con un gesto.

Era la primera vez que veía rehusar las tres cosas que lo pueden todo en el Amazonas: el dinero, el tabaco y el aguardiente. Me levanté para distinguir mejor á mis interlocutores, y luego, viendo á Carlos, que, medio despierto y ya pronto á burlarse, asomaba la cabeza por la puerta del camarote, le dije:

—Venid, venid á ver un milagro: un seringero que regala su pesca, y un indio que rechaza la bebida.

—Oh!—exclamó Carlos;—necesito verlo para creerlo. ¿Y por qué esa doble sanguijuela que se llama un seringero no quiere dinero ni caña?

—Porque la sanguijuela no admite nada de un judío portugués,—repuso el de la barca.

—Ya vereis,—dijo Carlos en inglés,—como los javalies del bosque hablan dentro de cuatro dias vuestra lengua como si fuera la suya.

—No seria extraño, puesto que hablan perfec-

tamente el alemán,—repuso el seringüero en portugués.

—¡Chúpate esa y anda por otra!—dije á Carlos, que era holandés.

Y volviéndome al de la barca, añadí:

—Señor poliglota, ¿quereis beber en nuestra compañía un vaso de Oporto? Brindaremos á la salud de los europeos, pues me figuro que vos lo sois tambien.

—Francés y parisiense como vos, señor mío. Adios, y gracias.

Y ántes que hubiera podido replicarle, soltó la amarra que le retenia y tomó el largo. La corriente le llevaba; el viento hinchó su vela, y su barca se alejó hácia Cavianna.

—¡Ya decia yo!—murmuró el incorregible Carlos;—¡no podia ser un portugués!

Por mi parte, confieso que aquel encuentro y aquella brusca partida me dieron en qué pensar.

—¡Pardiez!—exclamó Carlos;—¡la cosa no tiene nada de particular! Será un fugitivo de Cayena; bastante ha robado, y bien puede permitirse el lujo de hacer un regalo á un compatriota.

—Teneis razon,—repuse;—partamos.

---

---

## CAPITULO III.

### Un ancla enganchada.

En efecto, el sol habia aparecido, y con él se levantaba la brisa. La marea estaba casi tendida; los restos y ramas de árboles que continuamente pasaban con una velocidad de siete ú ocho nudos corrian más lentamente, y con ayuda del viento, que refrescaba de instante en instante, podíamos luchar contra el resto de la marea.

Dí al piloto la órden de levar anclas, y á fin de navegar con más seguridad á través de las bajíos que nos rodeaban, bajé á la cámara para tomar mis mapas y marcar el punto de la costa frente al cual habíamos pasado la noche.

Ocupado estaba en mi trabajo cuando oí que el piloto decia á Cárlos:

—Patron, no es posible levar el ancla.

—Es que trabajais como pollos dormidos,—respondió Carlos;—apostemos la caña que bebes durante el dia contra mi cigarro, á que la levanto yo solo, sin más ayuda que Lino.

Al mismo tiempo, Carlos cogió el cable de manos de un marinero y se puso á halar con todas sus fuerzas. El negro, orgulloso de la confianza de su amo, le ayudaba como un leon: habia afianzado sus piés contra el palo, y arrollado el cable á sus muñecas, hinchábanse sus venas como si fueran á romperse, y á cada esfuerzo, la proa del falucho entraba en el agua algunos milímetros; pero el ancla no garraba.

John y los marineros miraban impasibles, esperando tranquilamente el fracaso ó el éxito de sus sustitutos. La indolencia contemplativa domina completamente en el indio, y Carlos habria podido estar trabajando hasta la noche, sin que ninguno le hubiera ayudado.

No tardó mi amigo en comprender la inutilidad de sus esfuerzos, y dejando caer el cable, me dijo:

—El ancla está enganchada en un tronco de un árbol.

—Lo temo mucho,—respondí;—pero hagamos otro esfuerzo: John, bebed todos unos tragos de

caña, y disponed el cabrestante: hay que arrancar el ancla ó romper el cable.

Lino y los marineros dispusieron la especie de cabrestante que teníamos á bordo, é hicimos un nuevo esfuerzo, sin conseguir resultado. Les dí más caña, para aumentar su calor y su buena voluntad, é hicimos el último intento: uno de los hilos del cable se rompió al nivel del agua, y el ancla no cedió.

—Basta,—dije á John;—échate al agua y mira en qué está enganchada el ancla.

El piloto murmuró no sé qué, se sumergió, y apareció á los pocos segundos.

—Patron,—dijo,—no se encuentra fondo.

—Echate otra vez y le encontrarás.

Sumergióse de nuevo, permaneció bastante tiempo bajo el agua, y reapareció sin conseguir nada.

Cárlos y yo nos miramos con inquietud. Era la segunda ancla que perdíamos de aquel modo, y solo nos quedaba un mal razon, con el cual hubiera sido una locura afrontar las corrientes del cabo Norte, pues al primer esfuerzo, sus dientes se hubieran torcido como alfileres, dejándonos ir á la costa arrastrados por la marea. Era preciso, por consiguiente, salvar el ancla ó volver atrás.

Pero John no me inspiraba confianza: su pereza ó su mala fé me habian hecho fracasar muchas veces, y temia, encargándose el porvenir de justificar mis temores, que tuviera motivos secretos para impedir mi viaje. Sabia perfectamente que aquel ancla era la última que nos quedaba, y tal vez entraba en sus designios hacer que la perdiésemos.

Mandé echar al agua la sonda, que marcó cuatro brazas portuguesas, (1) y yo mismo buzé, siguiendo la direccion del cable; pero me ví obligado á subir á la superficie sin haber tocado el fondo. Tres veces me volví á sumergir, sin alcanzar más éxito que el piloto.

Salté á bordo, y Cárlos y yo celebramos consejo, para resolver lo que más nos convenia. Ir á Cayena, siguiendo la costa, no teniendo ancla, era perderse infaliblemente: volver á Macapa para adquirirla, era largo, peligroso y tal vez inútil: solo en Gurupa podíamos hallarla con seguridad; pero entre ir y volver teníamos que emplear quince dias. Era, pues, de todo punto necesario recobrar el ancla.

Nos quedaba, sin embargo, una esperanza. Lo

---

(1) La braza portuguesa tiene cinco piés y medio.

que no habíamos podido hacer en pleamar, tal vez lo conseguiríamos en la marea baja, pues la diferencia del nivel del agua en el flujo y en el reflujo en estos parajes es de diez piés, y con diez piés y la corriente de menos, podíamos llegar hasta el ancla, ver lo que la retenia y obrar en consecuencia. Por otra parte, el reflujo, es decir, la corriente del río, haciéndonos derivar, podía colocarnos en una situación mucho mejor para arrancar el ancla.

Resolvimos, pues, esperar seis ó diez y ocho horas, para ver de conseguir nuestro intento en dos mareas bajas, si acaso no lo conseguimos en la primera; y bien mirados los riesgos y las probabilidades, era el mejor partido que podíamos tomar, por más que no estuviese exento de peligros.

Para seguirlo era preciso afrontar la prororoca ó barra del Amazonas, que devasta periódicamente la costa de Cavianna. Más adelante diré lo que es la prororoca, y se verá si es ó no digna de temor. Quisiera mejor encontrarme en alta mar, en la chalupa de un buque naufrago, que en frente de la gran barra, por las cercanías de Cavianna ó de Curúa. Por fortuna estábamos en la víspera del primer día de prororoca, que es el menos terrible

de los seis que tiene de duracion, y podiamos afrontarla sin gran peligro, arriando el cable poco á poco. El falucho era sólido como el hierro y podia resistir el choque. Nos quedaba tiempo para sujetar los palos con lianas y cuerdas, meter bajo cubierta todo lo que podian llévarse las olas, y amarrarnos para no ser arrastrados. Si el cable se rompía, lo peor que nos podia suceder era ser arrojados á la costa de Juruparí, contingencia peligrosa, pero no desesperada; pero si, por el contrario, el cable resistía, la prororoca valia por todos los cabrestantes del mundo para arrancar el ancla.

Pasada la primera prororoca, nos dejaríamos llevar por la marea á la otra parte de la isla, para aguardar el fin de la barra, es decir, cinco días. Nuestro piloto conocia una *espera*, que así se llaman las radas ó puertecillos exentos de los estragos de la prororoca, sin duda porque en ellos esperan las embarcaciones el fin de la barra cuando se ven empeñadas en tales parajes durante los días de luna llena ó luna nueva. Cuando se tiene buen viento, buen barco y buen piloto, se va de una espera á otra, aprovechando los intervalos de las prororocas, y con un viento fresco del Oeste, podiamos ganar la espera de Bailica, situada á

una distancia de veinte leguas. Era esto difícil, pero posible, y en el mar, mejor que en tierra, la esperanza es la vida.

Mandamos echar al agua el botecillo de pescar, y envié dos hombres á tierra para ir á cortar leña y lianas en el bosque.

---

---

---

## CAPITULO IV.

### Un pantano.

—Hé aquí una buena ocasion para visitar á vuestros compatriotas los forzados,—dijo Carlos, cuando los marineros saltaban al bote;—el que hemos visto no tenia muy malas trazas: es francés, y tendrá vino y pescado: debemos volverle la visita.

—¿Y dónde estará?... Cavianna es grande...

—Ya le encontraremos.

—¿Sabeis que esos forzados son gente peligrosa?

—No; pero quiero saberlo.

—Hágase como deseais; pero como seria fácil que nos arrepintiésemos de nuestra cortesía, creo que debemos tomar precauciones. Conozco demasiado las aficiones náuticas y la infernal audacia de mis compatriotas de Tolon y Rochefort, para

dejar á su alcance el falucho, sin otros defensores que nuestros marineros. Es preciso que uno de nosotros permanezca aquí, en tanto que el otro practica un reconocimiento preliminar.

—Yo iré,—repuso Cárlos.—Quiero corresponder á las burlas de ese parisiense: no soy ningun chiquillo, y espero probarle que hablo el francés mejor que él.

Y dicho esto, cogió su puñal y su carabina, dió un fusil á su criado y partió. Al paso debía matar algunos ánades, de los cuales veíamos bandas inmensas á lo largo de la costa de Cavianna, y volver á la hora de almorzar. Despues ya veríamos.

Encendí un cigarro, ese eterno recurso del solitario y del viajero, y bajé á la cámara para trabajar. Al cabo de un cuarto de hora próximamente, oí varias detonaciones de armas de fuego; pero resonaban muy poco, porque el ruido se pierde sin ecos en esas soledades sin fin, y por otra parte, podian ser Cárlos y su compañero tirando á los ánades. Miré y nada ví; pero como las detonaciones fuesen más frecuentes, hice subir un indio á lo alto del palo, para que observase las malezas de la orilla, entre las cuales debía estar Cárlos.

—Patron,—dijo en cuanto estuvo arriba,—los que tiran son el señor Cárlos y su negro: están parados; pero no hay ánades cerca de ellos.

—¿Y qué?

—Nada: están sentados en el suelo y tiran al aire.

De repente José, que este era el nombre del indio, se cogió á la jarcia con una sola mano, enlazando el palo con las dos piernas, y con el cuerpo echado hacia atrás, rompió á reir á carcajadas, con esa risa infantil y franca, peculiar á los indios.

—¿Qué hacen?—le pregunté.

José continuaba riendo y no me respondió.

Al fin pudo decir, balbuceando:

—Patron, el señorito Cárlos se ha hundido en un pantano, y por eso tiran al aire: está metido hasta el vientre.

Y continuó riendo.

Comprendí el peligro que corría Cárlos. La precipitacion de sus disparos revelaba una situacion terrible, porque mi amigo era hombre intrépido y no se apuraba por cosas de poca monta; pero aún habia tiempo de salvarlos, puesto que continuaban tirando, lo que era prueba de que tenian los brazos libres.

—John,—exclamé,—echa al agua las pagayas

grandes, (1) y que dos hombres las lleven nadando á tierra para salvar á Cárlos.

José continuaba riendo; los demás, encaramados en los mástiles, le hacian coro, y Lino abria una boca enorme, sin hacerme caso ni escucharme, cuando un minuto perdido podia costar la vida de dos hombres.

—¡John!—exclamé entre dos juramentos muy usados entre los marineros.

El piloto se volvió tranquilamente y repuso:

—Patron, es inútil: Antonio, que está guardando el bote, acabará por comprender lo que pasa y acudirá con los remos.

—¡Obedece, animal!

John bajó y soltó una pagaya, en tanto que yo soltaba la otra.

En aquel momento, en medio de sus carcajadas, José, que no habia abandonado su observatorio, exclamó:

—¡Ya viene el seringuero con tablas! ¡Santísima Virgen, que cara debe tener Bento! ¡no se le vé más que la cabeza!

Trepé á lo alto de un mástil, y ví á dos hombres que se acercaban al sitio donde se habian

---

(1) La pagaya es un remo, de pala sumamente ancha, usado por los indios en la navegacion de los rios.

hundido los dos desgraciados, á quienes no distinguia sino como dos puntos negros que se destacaban sobre la superficie amarillenta del pantano. Estaban salvados.

El último chiste de José habia tenido un éxito inmenso, y la tripulacion entera reia hasta no poder más. Aquellos dos hombres sepultados en una tumba de cieno, á una distancia de quinientos pasos, luchando con una muerte tan segura como espantosa, disparando tiros de minuto en minuto como los buques que se van á pique, era para ellos un motivo de diversion, que les hacía reir á carcajadas, y no pensaban más que en la cara que debia tener Bento metido en el pantano.

Tal es el indio. Su carácter, sin embargo, es dulce y bondadoso; pero está organizado así, y los sufrimientos ajenos más bien le divierten que le conmueven. Si supiera historia, tal vez responderia que los romanos aplaudian en el circo al gladiador moribundo, y que en los días de ejecucion una multitud inmensa invade la plaza de Greve.

Una lancha impulsada por su gran vela roja se apartó de la orilla, y algunos momentos despues, Carlos, Bento, el seringuero y dos de sus hombres estaban á bordo.

Cárlos y Bento subieron sostenidos por sus salvadores é izados por nosotros. Sus vestidos y sus armas, cubiertos todavía de un lodo gris, su palidez lívida, sus rostros salpicados de barro y el temblor convulsivo que agitaba sus miembros, les daban un aspecto siniestro.

—El señor me ha salvado la vida,—me dijo Cárlos haciendo un esfuerzo para sonreír.

Estreché la mano del seringuero, que era el mismo que nos habia hablado desde su barca pocas horas ántes, é hicimos que Cárlos y Bento se acostasen. Se les fricciónó desde la cabeza hasta los piés con aguardiente de caña, y se les hizo beber un vaso de oporto, con lo cual al cabo de media hora se sintieron algo repuestos. Cárlos estaba rendido de fatiga; en cuanto á Bento, el pobre muchacho aprovechó aquella circunstancia para apoderarse de una botella de caña, que se bebió de un tirón, y algunos momentos despues dormía profundamente al lado de José, que á fuerza de probar la caña fricciónando á su camarada, se habia emborrachado con él.

Hé aquí lo que me refirió Cárlos: despues de saltar en tierra, habia matado un pato, que cayó en medio de un lodazal que obstruía la entrada de una reducida caleta. Olvidando la prudencia, so-

bre todo en un suelo bañado por la prororoca, se habia lanzado á cogerle; pero apenas puso los piés en aquel terreno esponjoso, se encontró metido en el fango hasta los muslos. Llamó en su ayuda á Bento, que participó de su suerte, y ambos se encontraron metidos en el barro á tres pasos uno de otro. Muy pronto se hundieron hasta el vientre, y entónces empezaron á hacer disparos para llamar al indio que habia quedado con el bote en la orilla del mar. A cada esfuerzo que hacian, hundíanse más y más, y al cabo de algunos minutos, metidos ya hasta el pecho, tuvieron que dejar de tirar y abandonaron los fusiles. Empezaron entónces á dar gritos; pero pronto la presion del lodo y el temor de una muerte espantosa extinguieron la voz en sus gargantas. Cárlos apenas respiraba; un frio horrible se habia extendido por todo su cuerpo, y al fin dejó de comprender lo que pasaba en torno suyo. De pronto respiró libremente, y reconoció al seringero.

En cuanto á este, habia acudido á la playa llamado por las detonaciones: vió dos hombres luchando con la muerte, y acompañado de uno de sus hombres y provisto de perchas y tablas, se lanzó á socorrerlos. Habian tenido que atravesar el fangal, andando sobre las tablas, que colo-

caban alternativamente delante de sí, y despues de salvar á Bento, cuya negra cabeza cubierta de barro era lo único que de él se veia, arrancaron á Carlos de aquella especie de sepultura, precisamente cuando acababa de perder el conocimiento. Los habian colocado sobre las tablas, y luego, ayudándose con sus perchas, los sacaron á tierra firme.

Una vez allí, la mujer del seringuero les hizo beber algunas gotas de aguardiente, y deseando Carlos volver á bordo, los habian metido en la barca, conduciéndolos al falucho.

---

---

## CAPITULO V.

### Una damajuana de aguardiente.

El seringuero y yo, dejando que Carlos recobrase las fuerzas durmiendo, subimos á cubierta; pero aun no habíamos tenido tiempo de sentarnos bajo el toldo, cuando se acercó á nosotros John, con un vaso de aguardiente en la mano, y borracho como una cuba.

—Patron,—dijo á mi compatriota,—bebed: es aguardiente del francés, y lo he guardado para vos... ¡pero no direis nada!

—Vete á acostar, borracho, y déjanos en paz,—exclamé.

John me miró con expresion estúpida; arrojó el vaso al agua y fué á sentarse al pié de un mástil.

De los marineros, tres estaban durmiendo so-

bre cubierta, completamente beodos; otros dos, sentados en la borde del bote, con los piés sumergidos en el agua, se relataban mutuamente, sin escucharse, cuentos de brujas, y los cuatro restantes, cogidos con una mano á la barquilla, permanecian en el agua algo ménos ébrios que sus compañeros. El primer movimiento del indio que, por falta de aguardiente, no puede llegar al último límite de la embriaguez, es arrojarse al agua, donde permanece en tanto que la borrachera no le abandona, nadando y revolviéndose como una marsopa en torno de un buque.

Una damajuana de aguardiente que encontré sobre cubierta, completamente vacía, me lo explicó todo: los hombres del seringuero y los nuestros habian fraternizado achispándose.

—Esto es hecho,—me dijo mi compatriota.

—Sí: dejémosles dormir, pues como no les quitemos la borrachera, estos malditos no sirven para nada.

John se levantó en aquel momento y se acercó á nosotros.

—Patron,—exclamó con una voz quejumbrosa,—no digais nada.

—Vete á dormir,—contesté.

Pero John se habia echado á los piés del serin-

guero, y con esa tenacidad del borracho dominado por una idea fija, sollozaba murmurando sin cesar:

—No digais nada, patron; no me perdais.

Mi compatriota le rechazó sin contestarle.

—Anda á dormir, animal,—repeti.

Pero John no me oia, y murmurando siempre lo mismo, continuaba abrazando con sus manos huesosas las rodillas del seringero.

Este se levantó de pronto, y rechazándole con el pié, exclamó:

—Déjame en paz, miserable.

John se puso en pié, fijó en el seringero una mirada extraviada, y se tiró al agua. Miramos acto continuo, temiendo que, borracho como estaba, le arrastrase la corriente; pero léjos de eso, le vimos nadando y sumergiéndose como un indio. Volvió á la superficie casi en seguida, y agarrándose con una mano al bote, se puso á enjugar con la otra sus cabellos y su barba como si nada hubiera pasado. De todos los borrachos que he encontrado en la América del Sur, John era sin disputa el más completo: su cuerpo, saturado de alcohol, absorbía el aguardiente como una esponja, y aunque un solo vaso bastaba para emborracharle, no retrocedía ante una botella entera.

El seringuero le miraba con una expresion de cólera y disgusto, que me obligó á preguntarle:

—¿Conoceis á ese hombre?

—Hace veinte años, —respondió;— cuando quiere, es un buen piloto.

—¡Vamos, me alegro!—murmuré á media voz.

—¿Por qué? Eso no impide que sea un miserable.

—¡Oh! ¡John me importa poco! ¡hace ya dias que he adivinado sus malos instintos!

Yo no podia ni queria decir á mi huésped que su antiguo conocimiento con John me habia tranquilizado, probándome que no era un fugitivo de Cayena, puesto que solo hacia tres años que estaban allí los deportados; pero sin duda me adivinó, ó tuvo un pensamiento análogo al mio, porque al cabo de algunos minutos repuso:

—Algunos de nuestros compatriotas se han venido de Cayena aquí; pero les he obligado á retirarse al otro lado de la isla.

—¿Y cómo lo conseguisteis?

—Es toda una historia; pero como en ella hay un homicidio, y es fácil que, una vez en Francia, llegueis á ser procurador imperial, os la contaré esta noche, despues de cenar.

—Supongo, pues, que pasareis el dia con nosotros.

—No, vuestros indios están completamente ébrios, y es mejor que os vengais conmigo á tierra.

—No es posible: Carlos está rendido, y estos malditos están demasiado borrachos para que pueda confiarles el falucho.

—Es verdad: un indio borracho tiene ideas más raras que las de los marineros de *La Salamandra*. Yo he visto á la tripulacion de un falucho del alto Amazonas poner fuego á su buque en medio del rio, y estar nadando á su alrededor divirtiéndose en verlo arder. Pasaré el dia con vosotros; pero iré á buscar caza y una tortuga.

—Enviemos un marinero.

—¿Y cuál? No hay ningun que esté en disposicion de tenerse de pié.

—Quitaremos la borrachera á Lino y á vuestro indio.

Hicimoslo así, y despues de haberlos regado copiosamente, les obligamos á beber, medio de grado, medio por fuerza, un vaso de agua con algunas gotas de amoniaco, gracias á lo cual se hallaban pocos minutos despues en disposicion de comprender y ejecutar las órdenes del seringuero.

---

---

## CAPITULO VI.

### Consecuencias de un encuentro.

Era mi huésped un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de cabellos y barba negros y de tez tostada por el sol y el aire del mar: algunos cabellos blancos lucian como hilos de plata en sus sienes y en su barba; su frente ancha y despejada, su nariz recta, su largo bigote, y sobre todo, sus grandes ojos de un azul oscuro, daban á su fisonomía un sello de resolucion melancólica. Era de aventajada estatura, y la forma de sus manos, aunque endurecidas por la pagaya, revelaba al hombre de buena cuna y de educacion distinguida. Segun la costumbre del país, llevaba los piés desnudos, y sus vestidos se reducian á una camisa abierta por el pecho, un pantalon y un sombrero de paja.

Cárlos continuaba durmiendo, y en tanto, el seringuero y yo permanecemos hablando sobre cubierta. Dijele quién era, de dónde venia y á dónde iba, y él, á su vez, me refirió que hacia veinte años que habitaba en América, que habia viajado durante mucho tiempo por las repúblicas españolas y el Brasil, y habia acabado por fijarse en Cavianna, donde vivia hacia cinco años, dedicado á la explotacion de la goma elástica y del aceite de andiroba, al mismo tiempo que á la caza y la pesca. Su conversacion anunciaba un hombre instruido, perfectamente educado y acostumbrado desde la niñez á una existencia fácil y suntuosa. El año anterior habia hecho un viaje á Europa, y con este motivo hablamos de la patria.

En el extranjero, en el desierto sobre todo, un compatriota es una fortuna. El seringuero habia pasado en Francia una parte del último invierno, y me habló de París, de nuestro verdadero París, de donde estaba yo ausente hacia tres años. Conocia nuestros teatros, nuestros círculos, nuestros salones, nuestros amigos, nuestras queridas, todos esos secretos de la vida de París que solo conocen los parisienses, y hablaba de ellos como un hombre que acaba de abandonarlos. Me refirió

algunos episodios de la guerra, esa tremenda tragedia que yo no conocia sino por los periódicos españoles ó brasileños, y así cambiamos todo un mundo de recuerdos, de ideas y de pensamientos comunes, sin ocuparnos ni acordarnos de otra cosa que de Francia.

Cárlos, que en aquel momento despertó, pidiendo el almuerzo, nos llamó á la realidad. Lino y el indio habian preparado un festin, al que hicimos completo honor; brindamos por la toma de Sebastopol, lo que hacíamos religiosamente todos los dias, y despues de encender los cigarros, nos disponíamos á continuar nuestra conversacion, cuando vimos que la marea bajaba, recordándonos que era tiempo de cuidarse del ancla. Hicimos levantar á nuestros hombres, regando copiosamente á los que aun conservaban algo de su borrachera; pusiéronse al cabestrante, y el ancla se mantuvo firme.

—Esperad un momento,—me dijo don Enrique, pues con este nombre designaban los indios á mi compatriota, y así le llamaré en adelante;—estoy acostumbrado á estos accidentes y conozco perfectamente este fondo; lo mejor, pues, será, que yo vea en qué está enganchada el ancla.

Y dicho esto, se arrojó al agua y se sumergió.

—Es un tronco de árbol,—repuso despues que subió á bordo;—cuando concluya de bajar la marea pondremos el ancla á pique, y el flujola arrancará ó hará que el cable se rompa: si la perdeis, yo os daré otra. En cuanto á partir, es absolutamente imposible: la prororoca empieza esta noche, y seria una imprudencia terrible que marcháseis, pues una racha podria arrojaros sobre Cavianna ó sobre los bancos de Braganza, donde pereceriais sin remedio. No hay en veinte leguas á la redonda un solo buque que se atreva á aventurarse en la boca del Amazonas durante la prororoca.

—Sin embargo,—repliqué débilmente,—una vez arrancada el ancla, ó provistos de la que nos ofreceis si se pierde la nuestra, podemos partir esta noche, si refresca el viento, para la espera de Bailica.

—Es casi imposible; yo mismo no me atreveria, y eso que tengo una lancha más lijera que una anguila.

Y estrechándome las manos, añadió:

—Por otra parte, deseo que me dediqueis aunque no sea más que un solo dia.

No habia nada que replicar; pues á pesar de mi deseo de llegar á Cayena, no me atrevia á aventurarme en la boca del rio cuando ya estaba

amenazándonos la prororoca. Por otra parte, nuestro huésped me inspiraba una gran simpatía, y además, Cárlos, que hubiera dado su toga de profesor por un día de descanso en tierra, exclamó alegremente:

—Está dicho: comeremos con vos, descansaremos en vuestra casa, y mañana nos divertiremos pescando: el que prefiera cazar, que cace: yo tengo un gran respeto al lodo, y no quiero hollarlo con mis piés.

Enrique volvió á tierra para hacernos preparar una comida digna del Café Inglés ó de los Hermanos Provenzales, segun anunció riéndose; pero dejó con nosotros uno de sus indios, el cual, una vez arrancada el ancla, debia guiarnos por un estrecho canal, hasta que estuviéramos delante de la casa de su amo.

Pregunté á John cómo habia conocido á mi compatriota; pero el yankée palideció, y por toda respuesta balbuceó algunas frases ininteligibles. John tenia varias fechorías sobre su conciencia, é indudablemente Enrique conocia alguna de ellas.

—Patron,—respondió hipócritamente,—despues de vos, con quien me he comprometido, don Enrique es el único hombre que tiene derecho de vida y muerte sobre el pobre Jhon.

Y me fué imposible sacarle una palabra más.

Poco antes de las dos, habiendo terminado el reflujó, hice poner el ancla á pique. En aquellos parajes, sometidos al influjo de la prororoca, la marea sube con una rapidez escesiva, y al cabo de un momento empezó el flujo. No sin alguna inquietud, nos colocamos á proa para ver cómo se portaba el falucho, que en vez de describir esa curva que traza una embarcacion arrastrada por la corriente en torno de su ancla, giró brusca-mente sobre sí mismo y empezó á cabecear sin moverse del mismo sitio. La proa fué poco á poco hundiéndose en el agua; pero el cable, reforzado con una liana, se mantenía firme. El falucho se hundía más y más; el agua subía sensible-mente, y ya había ganado la lista blanca que ordinariamente estaba á tres pulgadas sobre la línea de flotacion: cinco minutos más, y era pre-ciso cortar el cable para no zozobrar. De repente sentimos una sacudida brusca, é instantánea-mente el falucho se enderezó y deribó arrastrado por la corriente. Hice levar el ancla, que no ha-bía sufrido detrimento alguno; se largó una vela, púsose el indio al timon, y media hora despues estábamos anclados delante de la casa de don En-rique.

---

---

## CAPITULO VII.

### La casa de don Enrique.

Si sois, lectores míos, aficionados á soñar con los países lejanos, contemplando con los ojos de la imaginacion los bellos paisajes tropicales, mirad el que bien ó mal voy á describir. Figuraos primero una isla seis veces más grande que París, perdida á orillas del Atlántico, en la boca del rey de los rios, y en el extremo de ese inmenso desierto de la América del Sur; una isla cubierta de selvas vírgenes, de pantanos, oculta bajo una vegetacion sin igual en el mundo, y cuyas inhospitalarias playas son asoladas durante doce dias todos los meses por esa gigantesca tromba que se llama la prororoca; una isla desierta, en fin, y temida aún por los mismos indios: sobre un costado de esa isla suponed una llanura poco

elevada, tan estensa como las Tullerías y completamente rodeada de agua; sobre esa llanura colocad una cabaña espaciosa, es decir, un ancho techo de 25 á 30 metros cuadrados, formado de grandes hojas superpuestas, impenetrable á la lluvia como el tejado de una granja de la Beauce, sin muros ni puertas, construida con postes y estacas, para que el aire pueda circular por ella libremente; en el centro de la cabaña figuraos un recinto cerrado y oculto, formado con hojas entretegidas; alrededor algunas hamacas pendientes de los postes, por pavimento un entarimado de madera, por escaleras dos enormes troncos convenientemente tallados, y sosteniendo todo este edificio una série de pilotes de cinco piés de altura, que podian considerarse como los cimientos de aquella extraña construcción.

Ante nosotros, entre la casa y el canal que habíamos seguido, crecian algunos jazmines y rosales, pobres flores de los climas europeos, abrasados por el sol de los trópicos, pero que derramaban en torno suyo los perfumes de la patria.

Al lado izquierdo de la casa, un bosque de naranjos y limoneros estendia sus espesas ramas cargadas de flores y de frutos, y más allá, hácia el centro de la meseta, se contemplaba una selva

de bananeros con sus anchas hojas pálidas, sus troncos verdes, sus flores rojizas y sus abundantes frutos apiñados en gruesos racimos. Mas lejos, sobre los declives de la colina, se veían tierras sembradas de arroz, de maíz y de caña dulce, distinguiéndose igualmente un extenso campo de yuca, esa preciosa planta cuyas raíces proporcionan la base del alimento en los países intertropicales de América.

Al otro lado, á lo largo del arroyo, se elevaban inmensos mangles, cuyos troncos parduzcos aparecían sepultados bajo una bóveda de verdura, salpicada por verdaderos racimos de magüeis de piel dorada, esas manzanas de los trópicos que debieron ser en el Paraíso la fruta tentadora de la madre Eva.

Abrigadas por los árboles, se veían las chozas de los negros y los tambos de los indios; y en medio de esta naturaleza, fijando en nosotros sus miradas sorprendidas, se agitaban una multitud de niños, negros unos y cobrizos otros, completamente desnudos, así como algunos indios y negros, vestidos á la moda del país, es decir, con un pantalon ó una saya, segun el sexo.

Delante de nosotros, sobre la playa, estaba Enrique con una mujer alta, fuerte, morena,

hermosa todavía, con los cabellos sueltos y cundulantes sobre los hombros desnudos, y cuyo traje se reducía á una saya, una camisa y flores en la cabeza. Á su lado se veían dos niños de ocho á diez años, desnudos, vivarachos, robustos, tostados por el sol, con los ojos y los cabellos negros de su madre, y las facciones enérgicas de su padre.

La selva, es decir, un conjunto de árboles de gran elevacion, aislados en su base, pero enlazados en sus cimas por su frondoso follaje y una intrincada red de lianas y bejucos, era el marco de este cuadro, iluminado por los espléndidos rayos del sol poniente, y que formaba uno de los paisajes más seductores que he podido admirar en mi vida.

Cárlos y yo, aunque estábamos ya acostumbrados á las bellezas de la naturaleza americana, no nos cansábamos de contemplar aquellos hombres, aquellas mujeres, aquellos niños, toda aquella llanura cultivada, verdadero paraíso encerrado por la prororoca y colocado como un oasis en medio del desierto de Cavianna.

Saltamos á tierra, haciendo uso del medio de desembarque acostumbrado en el Amazonas, cuyas playas están cubiertas por el fango que arras-

tra el río; es decir, montados sobre los hombros de los indios, pues de otro modo estábamos expuestos á atascarnos en el lodazal, ó, ya que no á otra cosa peor, á presentarnos ante nuestro anfitrión y su compañera completamente cubiertos de barro.

Don Enrique adelantó hácia nosotros y nos dijo en español:

—Señores, la casa, los dueños y los criados están á vuestra disposición.

Muchas veces he oído burlarse de esta costumbre española de ofrecer la casa al huésped y aún al viajero desconocido y extraño. Yo, por el contrario, la considero como una fórmula bíblica que, si sienta mal en nuestro país de fondas y de posadas, sobrevive al menos como un recuerdo de la hospitalidad de las antiguas razas. Entre ellas, todo extranjero era un huésped, y para el gentil, lo mismo que para el cristiano, el huésped era el enviado de Dios. Yo tengo amor á esta fórmula, y cuando la escuché de labios de don Enrique, comprendí que íbamos á encontrar en su casa aquella cordial hospitalidad peruana que ya habíamos tenido ocasión de disfrutar, y de la cual me acordaré mientras viva; hospitalidad de la familia y del hogar doméstico, afable, sincera, sin

límites, y según la cual, la casa, los dueños y los criados están verdaderamente á nuestras órdenes.

Llegamos á la casa, y una india nos sirvió el café, en tanto que un negrito, con el braserillo en una mano y cigarros en la otra, permanecía de pié á nuestro lado. Continuábamos hablando en español, que era la lengua de la mujer de don Enrique.

—Señores,—dijo nuestro huésped,—está resuelto que permaneceréis aquí mientras dure la prorroca, y gracias á vosotros, nos parecerá corta por primera vez en la vida. ¿Cómo hemos de emplear los días que pasemos juntos? A vosotros toca decidirlo. Don Carlos, ¿quereis ir á pescar mañana?

—Como gustéis; pero conozco las aficiones de los Nemrods parisienses, y si preferís la caza, os acompañaré.

—No,—repuse;—pesquemos. No sobran en Holanda los cazadores atrevidos, y no debemos, por consiguiente, arriesgar la vida del más hábil y diestro de sus hijos.

Nada me complacía tanto como dar broma á Carlos con la poca afición que los holandeses tienen á la caza: á la menor palabra contestaba

generalmente con interminables relatos respecto á sus cacerías por la isla de Java, y como su imaginación era rica y fecunda, formaba con ellos un verdadero cuento de las *Mil y una noches*; pero sin duda el baño de la mañana había ahogado su verbosidad ordinaria, porque se limitó á responder:

—Pues bien, una vez que no quereis cazar, voy á dirigiros una proposición: mañana no haremos nada, nada más que dormir, comer y beber, brindando por cada uno de los soldados del ejército aliado. *Inter pocula*, don Enrique nos contará la historia de sus vecinos los forzados y nos enseñará su hacienda. Hé aquí mi programa.

Era un verdadero programa ecuatorial; pero se le podía corregir, dedicando algunas horas á matar palomas, pues nunca he sido muy aficionado á la pesca. Resignéme, pues, á este proyecto, al cual accedió D. Enrique, y luego, á pesar de los epigramas de Cárlos, volvimos á ocuparnos de nuestros eternos recuerdos de la patria.

La compañera de Enrique, doña Cármen, escuchaba en silencio, medio tendida en su hamaca y meciéndose con ese movimiento uniforme y dulce que sólo saben tomar las criollas: el primer

momento de silencio lo aprovechó ella para ofrecernos el *assai*.

¿Quereis saber qué es el *assai*, felices parisienses? Pues voy á deciroslo. Si algun dia vais al Amazonas, vuestro huésped os ofrecerá un cocimiento de frutos de palmera, semejante por el color á la hez del vino, y por el sabor á los posos de café; desconfiad: es el *assai*, una bebida muy usada allí por todo el mundo, incluso los extranjeros, que se toma á las once ó despues de la siesta, con azúcar ó sin él, segun la riqueza del consumidor.

Cárlos y yo rehusamos el *assai*; D. Enrique, en cambio, nos hizo traer algunos magüeis con un vaso de Oporto, y luego, mientras llegaba la hora de comer, nos propuso ir á ver la casa que habia hecho levantar para nosotros.

—Está á pocos pasos de aquí,—nos dijo;—pensé en un principio disponer vuestra habitacion al lado de la mia; pero la vida ecuatorial trae ciertas libertades que no os atreveriais á tomar bajo mi techo, y allí estareis como en vuestra casa.

Nos dirigimos allá, y bajo los mangles, á unos cincuenta metros de distancia, vimos un verdadero tambo indio, con sus esteras colgadas y su

techo de hojas de palmera, que por su frescura demostraban la reciente construcción del edificio. Una estera suspendida de las viguetas del techo dividía la habitación en dos departamentos, en cada uno de los cuales, suspendidas de los postes que sostenían la construcción, vimos dos hamacas, de red la una para el día, de lona la otra para pasar la noche. Sobre los troncos que formaban el piso había algunos de esos groseros asientos usados en el interior del Brasil, llamados *tururis*, cubiertos con pieles de jaguar ó de mono rojo, para hacerlos más cómodos.

Una lamparilla ya encendida y cuya luz incierta oscilaba á impulsos del viento, á pesar de la pantalla que la resguardaba, estaba colocada sobre una grosera mesa, con un bote de tabaco, pipas, una garrafa de agua y una botella de rom.

Este era todo el mobiliario de la casa, pues bajo el ecuador se considera incómodo todo aquello que no es de verdadera utilidad. Se vive para sí mismo y no para los demás, y esta es la razón por qué no son allí conocidas esas mil fastidiosas superfluidades que lleva consigo la civilización.

Nuestro huésped nos introdujo, diciendo:

—Compatriotas, esta casa ha sido levantada para vosotros, y será reducida á cenizas el día

que os alejeis. Uno y otro habeis viajado por las dos Américas, y me comprendereis: los objetos que han servido á un ser amado no deben servir á nadie más: esta es la antigua costumbre india, y como yo, habeis visto al] mayoruna del Perú quemar su casa al partir y al pawni de las praderas del Norte matar al caballo de su padre muerto. He leido, no sé dónde, que en el Indostan las viudas se quemaban sobre la tumba de su esposo: es la misma idea, bárbara tal vez, pero amante y respetuosa. Yo la he acogido para vosotros, y con esto lo he dicho todo.

Dímosle las gracias; pero Cárlos añadió:

—Por mi parte, me importa muy poco que despues de mi muerte todo se lo lleve el demonio: me tiene sin cuidado lo que mis herederos hagan con lo que les deje; pero pueden tener la seguridad completa de que habré hecho cuanto esté en mi mano para dejarles todo lo ménos posible.

—Comprendo vuestro modo de pensar,—repuso nuestro huésped;—sois soltero y despreocupado, y eso lo explica todo. La vida de las ciudades va teniendo cada dia más un marcado carácter de alquiler, y no me extraña que el que se va se cuide poco de lo que deja, puesto que siempre ha vivido entre objetos alquilados, que pertene-

cieron á otros antes de ser suyos, y que despues de su muerte pasarán á otras manos. En Europa son muy pocas las personas que tienen casa propia, y sólo los millonarios se mandan hacer muebles y ropa expresamente para su uso. Cada cual se mete en la primera casa y en la primera alcaoba que encuentra, y no tiene inconveniente en vestirse ropa que otros muchos se han probado. ¡Y llamais salvaje al que tiene para sí, solamente para sí, su casa su hamaca y su camisa!

—¡Bah! Tienen razon, mi querido huésped,—replicó Cárlos;—todo se alquila en este mundo, incluso el amor y la amistad. Por lo que veo, sois á la vez salvaje y misántropo: ¿y qué ganais con eso? Creedme; vale más reir que llorar.

—¡Quién sabe!—exclamé.

—Señores,—repuso don Enrique,—desde aquí veis mi casa y las chozas de los negros, que están al alcance de vuestra voz. Allá abajo, entre un bosquecillo, encontrareis vuestra sala de baño, con agua clara corriendo al aire libre sobre un lecho de arena, y una hamaca para dormir. Ahora, si gustais, vamos á cenar.

---

---

## CAPITULO VIII.

### Una cena bajo el Ecuador.

Volvimos á la habitacion, donde nos esperaba Doña Cármen.

—A la mesa, señores,—dijo Enrique;—no olvideis que comer bien es la mitad de la vida, y que tenemos tiempo de sobra.

Acercóse Carlos á la mesa, llenó una copa, y volviéndose á Doña Cármen—exclamó:

—Permitidme, señora, que beba á vuestra salud el vino de la pátria.

—Gracias, caballero,—respondió la criolla sin abandonar su hamaca.

—¿Por qué no te acercas, Carmencita?—dijo D. Enrique;—sabes que en Europa las mujeres comen con los hombres; y por otra parte, aunque estos señores vienen de Pará, no por eso son brasileños.

Doña Cármen se puso á la mesa, y nosotros la imitamos.

Conozco muchas personas que creen de buena fé que fuera de París no hay nada bueno: lean esas personas la descripcion de nuestro banquete, y juzgarán.

En primer lugar no estábamos sentados en sillas incómodas, ante una mesa demasiado alta ó demasiado baja, y oprimidos de tal manera que el vecino nos incomoda y le incomodamos; no teníamos la obligacion de comer de todos los platos, siguiendo el uso ó el orden prescrito por ese estúpido tirano que se llama la moda, ni nos hallábamos sometidos al capricho de un criado, que nos sirviesen á su gusto y no al nuestro.

Nada de eso. La mesa no tenia piés, y estaba, por consiguiente puesta en el suelo, colocándonos nosotros alrededor, en mangas de camisa, reclinados sobre esteras y pieles de tigre. Detrás de cada uno, de pié é inmóvil, estaba una negra esperando nuestras órdenes. La mantelería y el servicio eran como en París; pero las viandas venian ya trinchadas, y cada convidado tenia su jarra de agua fresca, su vino, sus encurtidos y sus galletas de yuca. Si uno de nosotros no se servia, Enrique ó Doña Cármen, que hacía los

honoros de la casa de una manera distinguidísima, nos hacian plato con la mayor galantería.

Empezó la comida: ante nosotros teníamos ostras de paletuvio, cocidas ó asadas, grandes como platillos de café; sopa de pescado ó de caza; *camarones* ó cangrejos de rio; *tumbaqui* del alto Amazonas, que es el salmon del país y el mejor pescado que conozco; tortuga asada sobre su concha y espolvoreada con harina de yuca; *paca* salpimentado, cuyo sabor es muy parecido al de la carne de cerdo; pequeños galápagos asados, que se comen con cáscara y todo, y finalmente *venado* ó corzo, condimentado con pimienta de Cayena y *tucupí*, que es una especie de mostaza hecha con harina de yuca fermentada: por asados nos presentaron *cujubi*, especie de pavo que tiene la carne blanca y perfumada del faisán; *hocco* ó *mutu-assu*, parecido al ánade, y *jacami*, que tiene el gusto de la pintada: las legumbres fueron *nabos palmistas*, cogollos de una palmera que tienen el sabor del albaricoque; *caras*, que casi se confunden con las patatas, y *maniocs* dulces asados. Por último, apagábamos la sed producida por las especias y el calor, con cerveza inglesa, Madera, Oporto y verdadero Champagne.

Terminados los platos fuertes, la mesa fué le-

vantada, reemplazándola otra cargada con las frutas silvestres más esquisitas y perfumadas del Ecuador; manzanas de Cayena, que tienen una pulpa azucarada como la jalea de grosellas; melocotones de los trópicos, de un tamaño enorme; *abacates* de la Guyana; riquísimas piñas, y últimamente, *mangues* de todas clases, esos frutos dorados cuyo penetrante perfume disgusta al europeo recién llegado, pero que dos meses después le parece exquisito; por último, confituras de guayaba, de limón y de coco, servidas con vinos de naranja, de ananá ó de cacao, que hubieran podido tomarse por vinos de Chipre, mezclados con vinos de España.

—Esta es una comida verdaderamente ecuatorial,—dijo Enrique;—pero he creído que estaríais ya cansados de conservas y que no os agrada-  
ría encontrarlas también aquí.

—Un verdadero banquete de príncipe, direis,—repuso Carlos;—y tal como de seguro no se encontraría otro, ni aun en nuestro decantado París.

—Ni en París ni en ninguna parte,—repliqué;—solo nuestro huésped puede tener el talento necesario para reunir así todos los productos del Ecuador. Tres años hace que viajo por la América

del Sur, y esta es la vez primera que encuentro una mesa tan bien servida.

Sí; era la primera vez, y fué la única.

Describiendo esta comida, he dado al olvido los innumerables dias en que mi hermano y yo no comíamos más que pescado seco ó bananas asadas, y esto sin dejar de andar, para huir de los mosquitos; he olvidado tambien aquellas eternas noches, en que, sin aire para respirar, no teniendo para beber más que el agua caliente del rio, agrupados bajo un espeso mosquitero y sofocados por el calor de nuestra lámpara, corregíamos la carta del rio, dibujada durante el dia; he olvidado, en fin, esos largos meses en que, sin diarios, sin cartas, sin noticias, hemos remontado y descendido ese gigantesco rio, escribiendo y dibujando bajo un calor de 45°, pasando las noches en playas desiertas y soñando sin cesar con la patria ausente. Pero ¿á qué evocar esos amargos recuerdos del pasado, si son más amargas todavía las decepciones del presente?

Nuestro huésped nos propuso tomar café al aire libre, y acto continuo nos levantamos de la mesa, reclinándonos en nuestras hamacas, alumbrados por lámparas improvisadas, bajo la profunda sombra de los mangles. Una negra nos trajo

el café, frío y apenas azucarado, exhalando todo su perfume, no hirviendo, y cargado de azúcar, como aquí se toma, y nos apresuramos á encender los cigarros, riendo, charlando y saboreando con alegría esas horas deliciosas que siguen á una comida.

---

---

---

## CAPITULO IX.

### Historia de unos deportados.

Para concluir una velada que habia empezado tan alegremente, nuestro anfitrión pidió á Carlos que relatase alguna de sus aventuras en Java; pero Carlos se ha convertido en un verdadero criollo, y lo que ama sobre todas las cosas, despues de comer, es el reposo. Excusóse, pues, pretextando la pobreza de sus recuerdos, y pidió á nuestro huésped la prometida historia de los forzados fugitivos,

—Eso no vale el trabajo de contarlo,—respondió D. Enrique.

Insistió Carlos, insistí yo, y doña Carmen se unió á nosotros, viniendo amorosa á sentarse al lado de su amante, en la misma hamaca. Todos saben lo que puede una mujer amada, y D. Enrique, pues, no tuvo más remedio que ceder.

Escuchámosle en silencio y hasta el fin con verdadero placer. Tal vez la comida, el dulce balanceo de la hamaca y la poesía de aquella tranquila noche ecuatorial entraron por mucho en el placer de que gozamos.... ¡Hay en este mundo tantas cosas que no tienen más que la decoracion!

De todos modos, hé aquí la historia, tal como la oí.

—Hace tres meses próximamente,—dijo nuestro huésped,—poco tiempo despues de mi regreso de Francia, fuí á pescar á los bancos de Curúa, emprendiendo la vuelta cuando empezó á subir la marea. Iban conmigo el negro Juanillo é Isidoro, el indio que esta mañana se embriagó en vuestro falucho. Es el que me acompaña siempre que emprendo alguna expedicion algo lejana: se ha criado en casa de Cármen, posee la fuerza de un antiguo gladiador, y tengo la debilidad de creer que me es sinceramente adicto.

Estamos en vísperas de la prororoca, y ya sabeis que las corrientes que la preceden son espantosas. Mi piragua corria al largo, llevada por la marea y empujada por una fuerte brisa del Noroeste, y de tiempo en tiempo entraban en ella las olas, que cortaba ligeramente.

De pronto me pareció oír á lo lejos, en la di-

reccion del viento, un grito de alarma: miré á Isidoro, y sin duda habia oido tambien, pues escuchaba con atencion. Recorrí con la mirada todo el horizonte; pero empezaba á caer la noche, y nada pude ver. Volví á escuchar, y nada oí. Entonces, deseando llegar cuanto antes á casa, volví á largar mi vela, que momentáneamente habia recogido, y la piragua continuó su desenfrenada carrera.

Muy pronto, sin embargo, llegó claramente á mis oidos un segundo grito. Más de una vez habreis oido al *caiarara* del Amazonas, cuando levanta el vuelo lanzando un chillido de alarma, penetrante como el sonido de la trompeta del juicio final y que despierta á todas las aves de las cercanías. Pues al grito del *caiarara* se parecia el que acababa de oír, aunque más débil, como si se perdiese en la distancia. Puse la proa hácia el punto de donde venia la voz, y por lo que pudiera acontecer, mandé á Isidoro que renovase el cebo de mi fusil, que el rocío de la noche podia haber humedecido.

Un tercer grito resonó á algunas brazas de nosotros: arrié completamente la vela, miramos, y vimos una *uba* india que deribaba á merced de la corriente.

Ya conoceis la *uba*, ese tronco ahuecado que solamente los indios saben guiar. Corria la pobre barquichuela describiendo círculos, al capricho de las olas, como esos columpios que años atrás se veian en los Campos Elíseos. Cogimos los remos y nos dirigimos á ella.

Contenia dos hombres, uno de los cuales, puesto de rodillas, nos pedia por Dios que le prestásemos socorro. Juanillo le echó una cuerda, la cogió con las dos manos, y nos pusimos bordo á bordo.

Entonces contemplé un espectáculo tristísimo. En el fondo de la uba yacia un hombre completamente desnudo y rígido como un cadáver: á cada oleada, el agua que medio llenaba la barquichuela le hacia rodar violentamente, y se oia el sordo ruido de su cuerpo chocando contra los costados de la uba. Yo le juzgué difunto.

El segundo, lívido, flaco, macilento, temblando como un epiléptico á causa de la fiebre que le dominaba, con los cabellos chorreando y pegados á las sienes, cubierto con un capote hecho girones, permanecia de rodillas, no atreviéndose á ponerse de pié en aquella estrecha embarcacion, temiendo hacerla zozobrar, y con una voz ronca á fuerza de gritar y en que casi nada habia de humano, nos pedia comer.

Saqué mi cantimplora llena de buen vino de Oporto, y eché en una taza algunas gotas, que le hice beber: luego, saltando á la uba con Isidoro, cogimos el cadáver y lo colocamos en el fondo de mi piragua. Me arrodillé á su lado y busqué el corazón, que latia débilmente, pero con regularidad. Entonces le puse en la boca mi cantimplora, y conseguí hacer pasar algunas gotas de vino á través de sus dientes apretados.

Su compañero, ayudado por Juanillo, habia ya entrado en mi barca: Isidoro achicó el agua que contenia la uba y la sujetó á popa para llevarla á remolque; hecho esto, empuñé el timon, y orientándome á favor de las estrellas, que comenzaban á aparecer, continué mi interrumpida marcha.

El náufrago que nos habia llamado gemía y se quejaba de una manera lastimosa, y dirigiéndose unas veces á Isidoro y otras á Juanillo, decia en una jerga que tanto tenia de español como de francés:

—¡Señores caballeros, por el amor de la Virgen Santísima, dadme un pedazo de pan, aunque no sea más que un pedazo! ¡Estoy enfermo, muy enfermo!...

Mis hombres le escuchaban impasibles.

Ya conocéis á los indios: su prudente desconfianza jamás los abandona; y en cuanto á los negros, nunca hablan delante de su amo sino para responder.

—Isidoro,—dije,—dale una gota de vino; pero nada más que una gota.

El náufrago creyó sin duda que yo prohibía que le diesen lo que deseaba, y se arrojó á mis piés, juntando las manos y exclamando con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Por el amor de Dios! ¡por el amor de Dios!

Jamás me han sido simpáticos esos dolores que se demuestran por quejas y lamentos ruidosos, pues generalmente revelan debilidad de espíritu, cuando no una falsa desgracia. Los grandes sufrimientos son generalmente silenciosos; y sin comprender por qué, aquel hombre me era fuertemente repulsivo: sin duda á fuerza de vivir entre los indios, he llegado á tener sus impresiones súbitas y su desconfianza característica.

Me volví á mis hombres, y haciendo uso de la lengua *quichua*, pues ambos comprendían ese viejo idioma de los indios peruanos, les dije:

—Ese hombre es de mi país; pero no le digais que soy su compatriota. Tú, Juanillo, háblale francés: preguntale quiénes son, de dónde vienen

y qué les ha sucedido: su respuesta me la repites en portugués.

Juanillo ha estado conmigo en Francia, habla un poco el francés, y para que le aprenda bien nunca le hablo más que en nuestro idioma.

—Está bien, mi amo,—me respondió en quichua.

Luego se dirigió al náufrago y le hizo las preguntas que le habia indicado.

—Venimos de Cayena,—respondió éste,—y fuimos deportados á la Guyana por opiniones políticas. Despues de muchas tentativas frustradas, hemos podido huir de la colonia, y hace ya quince dias que íbamos á la ventura, sin saber por dónde dirigirnos para llegar al Brasil, donde tratamos de refugiarnos. Encontramos esta barquichuela abandonada en una playa desierta, y nos embarcamos en ella, intentando ganar una tierra que veíamos delante de nosotros; pero ni mi camarada ni yo sabemos gobernar una lancha. Las corrientes nos han arrastrado, y hace dos dias que andamos perdidos, sin saber en dónde estamos. El agua es dulce, y sin embargo, no se vé tierra. ¡Qué país! Quince dias hace que no comemos más que frutas silvestres y cangrejos crudos, y las últimas cuarenta y ocho horas las hemos pasado

sin comer nada. ¡Por el amor de Dios, decid al señor que me dé un bocado de pan!

Juanillo me repitió una parte de estas palabras. Yo no tenía pan á bordo; pero tenía, en cambio, harina de yuca, y antes se la habría dado si no hubiese temido que le hiciera daño. En cierta ocasión ví ahogarse á un hombre por comer bruscamente despues de un largo ayuno.

Hice que le diesen un poco de harina, que devoró, y luego le presenté un vaso de vino, indicándole por señas que diese un poco á su compañero y se bebiese el resto.

Pero él se volvió hácia Juanillo, y tocando desdenosamente con el pié el cuerpo rígido de su camarada, dijo con un acento indescriptible:

—*El Tenebroso* tiene ya saldada su cuenta, y no vale la pena de darle de este vino. Mañana estará muerto: es mejor que yo me lo beba todo. Díselo al señor.

Y uniendo la acción á la palabra, vació el vaso de un solo trago.

Los refugiados políticos no eran más que forzados.

Mishombres comprendieron ó adivinaron, como yo, con qué clase de gente trataban, y ví brillar un fuego siniestro en los ojos de Isidoro: sin

embargo, no dijo una sola palabra. Juanillo hizo que el moribundo tragase otro poco de vino, y algunos segundos despues movió los brazos, y vimos girar en todos sentidos sus ojos extraviados. Dímosle unas fruiciones con rom en el pecho y los brazos, y al fin murmuró algunas palabras ininteligibles, y pareció volver á la vida.

Su compañero, en tanto, referia á Juanillo una verdadera novela. Segun decia, estaba desterrado de Francia porque habia tratado de impedir la esclavitud: su noble y opulenta familia lo habia sacrificado todo para proporcionarle medio de evasion, y estaba dispuesto á comprar al negro y darle luego la libertad, si este queria conducirle al Brasil.

Al decir esto, tomaba un aire de grave dignidad, que en otra ocasion me hubiera hecho reir; se pasaba con afectacion por los cabellos sus manos temblorosas, y trataba de reunir sobre su pecho los restos de su capote, que el viento volvia á dispersar.

Sospeché que aquel miserable debia haber sido cómico; y, en efecto, luego he sabido que habia representado en algunos teatros de último órden.

El negro no le miraba siquiera, y de vez en cuando se inclinaba sobre el enfermo, haciéndole

beber algunas gotas de vino. Al cabo de una hora pudo este incorporarse y hablar, y entonces le di un poco de harina mojada en vino.

La devoró con ardor, y cuando hubo concluido extendió un brazo y me tocó en una pierna, murmurando:

—¡Gracias, señor!

Aún me acuerdo de estas dos palabras, y á ellas debió que, hace dos meses, no le matase como un perro.

El otro me fastidiaba con sus mentiras, y dije al negro que le mandase callar.

En aquel momento, Isidoro me hizo observar que teníamos á Cavianna por babor: la uba, que llevábamos á remolque, dificultaba mi marcha, y la abandoné, seguro de que cuando bajase la marea la encontraría encallada en la playa.

Goberné para acercarnos á tierra, y durante en rato anduve costeano para reconocer dónde me encontraba. Habíamos llegado; pero en lugar de meterme en el canal que conduce á la habitacion, entré en el otro brazo y tomé tierra al final del plantío de yuca.

—Desembarca,—dije á Isidoro;—vete á casa, y sin decir que hemos encontrado á nadie, pide á Doña Carmen vino, rom, harina, dos blusas de

marinero, dos pantalones y dos sombreros de palma, y tráemelo todo aquí: anda ligero.

El forzado quiso bajar á tierra; pero dije á Juanillo que le hiciese permanecer á bordo. Su compañero se habia incorporado, y recostado sobre una banda de la lancha, lo miraba todo sin decir una palabra.

Me senté á popa y encendí un cigarro.

Algunos segundos despues oí que el gracioso decia á Juanillo:

—Tu amo es muy poco galante: cuando se recibe á una persona de calidad como yo, se le ofrecen cigarros: diselo de mi parte.

El negro tradujo estas palabras:

—Dile que se calle, que me fastidia,—le respondí.

El forzado murmuró algunas palabras en argot al oido de su camarada, y se calló.

Volvíme á Juanillo, y usando siempre el idioma quichua, para evitar que me entendiesen los forzados, le dije:

—Vigila, y si uno de esos pillastres trata de escapar, échale al agua.

Luego, merced á un golpe de pagaya, hice que la piragua se alejase de la tierra y eché el ancla.

Una hora despues volvió Isidoro: saltó á bordo, y nos dirigimos á Jurupari, á donde llegamos cuando acababa de subir la marea. Yo tenia allí una choza de seringero, que mis gentes habian abandonado hacia muy pocos dias y que estaba provista todavía de todo lo necesario para la explotacion del cautchuc. Saltamos en tierra cerca de la casa; Isidoro y el negro trasportaron al forzado que no podia andar, y su compañero desembarcó como le fué posible.

Les indiqué silenciosamente la choza, y enseguida les entregué todo lo que Isidoro me habia traído, haciendo que Juanillo les dijese que al dia siguiente volveria á verlos.

El gracioso se deshizo en muestras de agradecimiento, y volvió á suplicarme que les condujese al Brasil, donde me pagaria sumas inmensas y me presentaria al prefecto del departamento. Juanillo tradujo fielmente su discurso.

Yo no contesté una palabra.

Isidoro encendió fuego en la choza y les mostró el eslabon, los machetes, los anzuelos, las pipas, el tabaco, lo que se necesita, en fin, para vivir en el desierto. Luego volvimos á la piragua, y dos horas despues ya estábamos aquí.

—Ni una palabra sobre este encuentro,—dije á mis hombres.

No queria asustar á Cármen, y no la dije una palabra; ella, por su parte, segun su costumbre, tampoco me preguntó.

Al día siguiente, cuando empezó á subir la marea, me dirigí á Jurupari con Isidoro y Juanillo.

Encontré al gracioso fumando una pipa: el otro estaba tendido en tierra, y al verme se levantó.

Me acerqué á él, sin contestar al saltimbanquis, que me saludaba con toda la prosopopeya de un personaje de teatro: Juanillo continuaba encargado de su papel de intérprete.

—¿Qué enfermedad padeceis?—pregunté.

—Hambre solamente,—respondió el forzado.

—¿Os encontráis más aliviado?

—Creo que mañana estaré completamente bueno: ya hoy he tenido fuerzas para andar.

—¿Quereis permanecer aquí y trabajar?

—Estamos aun demasiado cerca de Cayena: preferiríamos marcharnos al Brasil.

—En el Brasil estais.

—¿Y dónde está la ciudad? No se vé más que agua y bosques.

—A cien leguas de aquí.

—Hacednos conducir á ella.

—No me es posible: no tengo buque ni tripulacion.

En efecto, en aquella época no tenia yo ninguna embarcacion disponible, y en cuanto á mi gente, estaba ocupada en hacer aceite de adiroba.

—Entónces trabajaremos. ¿Cuánto vamos á ganar?

—Segun lo que trabajéis.

—Y qué es lo que hemos de hacer?

—Goma elástica: Juanillo os enseñará cómo se hace. Si trabajáis bien y sois activos, podreis ganar seis pesos al dia, además de vuestra racion de harina de yuca y aguardiente.

—¡Seis pesos! ¡es muy poco!

—¡Si preferís no ocuparos en nada, será de vosotros lo que Dios quiera!

—Pues trabajaremos.

—Bien: ahí teneis harina de yuca, que es el pan del país, tortugas, una marmita y anzuelos para pescar: ahora se os darán dos frascos de aguardiente. ¿Necesitais alguna otra cosa?

—¿No quereis, pues, hacernos conducir al Brasil?

—No: dentro de una semana puede que haya cambiado de opinion.

El gracioso me acompañó hasta la lancha: en el camino oí que decia á Juanillo:

—¿Y quién puede vivir aquí con este calor? Haz comprender á tu amo que un hombre de mi rango no puede vivir del trabajo de sus manos.

El negro me repitió estas palabras.

—Pues dile,—contesté,—que entónces se morirá de hambre, que es la muerte de los holgazanes.

El gracioso escuchó estupefacto la respuesta de Juanillo, levantó las manos al cielo y se volvió á la cabaña.

Para aquel miserable el Brasil era el Eldorado, la tierra prometida para sus vicios, un país nuevo y nuevas gentes á quien poder explotar á su placer. El desierto y el trabajo le aterraban, y casi hubiera preferido el presidio. He notado que, cuanto más corrompido está el hombre, más horrosa le parece la soledad.

Les dejé á Juanillo, que debia enseñarles á fabricar la goma elástica, y me fuí á cazar á una hondonada pantanosa situada en el extremo meridional de la isla, donde son muy abundantes las becasinas.

Maté una docena, y al cabo de una hora volví para recoger á mi negro. Juanillo me dijo que no habian querido escucharle, y que sólo le habian hablado de llevarlos al Brasil, que era su constante deseo. Promesas, seducciones, amenazas, todo lo habian intentado para convencerle.

—Y bien,—le dije,—¿quieres conducirlos?

—¡Oh! ¡mi amo!...—replicó con acento de reproche.

Le dí un cigarro para hacerle olvidar mi pregunta: luego me tendí en el fondo de la canoa, me quedé dormido y no desperté hasta que llegué á casa.

Al cabo de ocho dias volví á Jurupari, encontrando la choza completamente vacía. Todo lo que habia dejado á los forzados habia desaparecido, y algunas huellas medio borradas que encontré en la playa me hicieron adivinar una fuga que debió realizarse dos noches ántes, por lo ménos, pues las señales de los pasos casi desaparecian bajo las huellas de algunos jaguares que despues de su partida habian corrido á lo largo de la orilla. Bendije entonces el azar desconocido que me habia libertado de mis peligrosos huéspedes, y regresé á mi habitacion.

Algunos dias despues, fuí despertado á media

noche por mis perros, que ladraban desesperadamente, como á la aproximacion de algun jaguar. Cogí mi fusil, imitóme Isidoro, que tambien habia despertado, y nos dirigimos al sitio donde los perros ladraban; pero estaba la noche sumamente oscura, y nada pudimos ver.

A la mañana siguiente me anunció un negro que en la playa, cerca del campo de yuca, habia encontrado huellas de zapatos perfectamente marcadas y aun recientes. Fuí á reconocerlas. En efecto, algunos hombres calzados á la europea habian, sin duda alguna, desembarcado en mis tierras durante la noche, pues ví distintamente en el lodo de la ribera las señales de su llegada y de su partida. Más tarde me previno Cármen que faltaban cuatro carneros.

Dispuse que durante la noche siguiente quedase un hombre en vela, y yo mismo dormí con un ojo, como dicen los españoles; pero no recibimos otra visita que la de un jaguar que dos noches seguidas vino á rondar cerca de las chozas de los negros y de los rediles del ganado, y que escapó espantado por las luces. La semana última ha matado Domingo dos, que durante un mes estuvieron viniendo á la isla todas las noches.

Pasados tres dias volvieron los perros á ladrar;

pero muy poco tiempo: por la mañana echamos de menos una tercera parte de las aves del corral, y entre otras, un pequeño *dorking* inglés, blanco, que habia comprado en Lóndres y que era el favorito de Cármen. Las huellas de zapatos y de piés desnudos que encontré impresas en la playa revelaban con toda claridad un robo nocturno: cuatro hombres, por lo menos, habian desembarcado en la isla, circulando sin precaucion alguna por mis tierras; un cuarto de carnero asado, del que quedaban algunos restos cerca del gallinero, explicaba el silencio de los perros. El fruto del primer robo habia servido de cebo para el segundo.

A la noche siguiente, dos horas antes de amanecer, mandé disponer una lancha, hice que me acompañasen Juanillo, Isidoro y otro indio llamado Rafael, y llevando conmigo dos fusiles, un rewólver de cinco tiros, y un machete y un cuchillo para cada uno de nosotros, marché en busca de los ladrones, dejando encargado á mis gentes que encendiesen una hoguera en caso de alerta.

Estaba decidido á no volver sino despues de haber encontrado á mis nocturnos merodeadores. Dirigíme primero á Jurupari, y tardé dos dias

en dar la vuelta completa á la isla, pasando la noche en tierra, pero lejos de la playa, en la selva, para que el fuego que encendia en mi vivac no revelase mi presencia: mis compañeros dormian al lado de la canoa, que sacábamos á tierra y ocultábamos entre la maleza. La primera noche dormí en la cabaña abandonada por los forzados; la segunda en el bosque.

Al tercer dia, despues de amanecer, puse la proa á Cavianna, decidido igualmente á dar la vuelta á la isla. Mi canoa navegó costeano, como habia hecho en Jurupari, y no dejé sin registrar ni una caleta, ni una hondonada que pudiera poner una choza al abrigo de la prororoca.

A una legua de mi habitacion próximamente, Isidoro me hizo observar una humareda en el fondo de una pequeña caleta.

Preciso era tener vista de lince ó de indio para descubrirla: yo no alcanzaba á verla, y me ví obligado á correr otra bordada á fin de acercarme á la costa. En efecto, una espiral de humo, tan ligera que apenas era perceptible, salia de un bosque de *mucus-mucus* y subia hácia el cielo, protegida de la brisa del Sur por grandes palmeras *miritis*.

Continué costeano, y á cien pasos de allí

abordé á un ancon lleno tambien de *mucus-mucus*. Ya conoçais esas enormes cañas cargadas de largas hojas, que crecen algunas veces en doce ó quince piés de agua: se pueden andar leguas enteras á través de sus flexibles tallos, que se abren ante la piragua y se cierran en pos de ella, sin conservar huella ó señal alguna de su paso.

Penetramos en el cañaverál: cerróse en pos de nosotros la verde cortina de cañas, y nos acercamos á tierra, en direccion á la humareda. El mástil, inútil ya, fué echado abajo y tendido en la canoa; mis hombres la hacian avanzar silenciosamente asiéndose de las cañas, y á cada esfuerzo la canoa se deslizaba, sin que se oyese el roce de los costados contra las hojas y los tallos que se apartaban á su paso. La finura y la flexibilidad de las cañas anunciaba un fondo de diez piés próximamente, pues no veíamos fuera del agua más que cuatro ó cinco piés de verdura, es decir, solo la cima de las cañas.

Al cabo de algunos minutos, el indio arrodillado en la proa me hizo seña de que llegábamos á tierra; entonces detuve la barca, é inclinándome hácia él, le dije al oído, al mismo tiempo que le indicaba la orilla:

—Anda.

El indio se quitó silenciosamente el pantalón, cogió un puñal, y deslizándose al agua á lo largo de una caña para no hacer ruido, se sumergió.

Encerrado en aquella vegetacion ecuatorial, yo adivinaba más bien que distinguia la oriilla, es decir, los troncos de palmeras, rectos como columnas y espesos como los postes de una empalizada, que en ella crecian. Al pié de uno de ellos ví aparecer la cabeza del indio, que salia del agua poco á poco, sin producir el más leve rumor y con todas las precauciones de que usan los de su raza cuando van al acecho. Al fin tomó tierra, y le ví frotarse ligeramente el cuerpo con el fango de la orilla, hecho lo cual, yo mismo le confundia con los troncos parduzcos de los miritis.

Enseguida se deslizó entre los árboles y desapareció.

Al cabo de cinco minutos próximamente oímos bajo el agua un ruido tan leve como el que produciria un pez que hubiera tropezado en la canoa. Cogí mi rewólver, y el negro é Isidoro se armaron con sus pagayas, dispuestos á todo; pero no vimos más que la cabeza de Rafael, que salia del agua al lado de la embarcacion. Hacia bastante tiempo que debia estar sumergido, porque

su rostro estaba amoratado y tenía los ojos inyectados en sangre. Sin embargo, apenas respiró, permaneciendo en el agua, asido á las cañas: me recliné sobre él, y miró hácia tierra diciendo con esa voz que no es más que un soplo:

—¡Blancos!

—¿Cuántos?—pregunté en el mismo tono.

Rafael levantó los cinco dedos.

—Guia hácia ellos en silencio.

Volvió á sumergirse y reapareció á popa: le seguimos. Rafael avanzaba sin hacer ruido, empujando la canoa con una mano y asiéndose con la otra á las cañas: nosotros le ayudábamos apartándolas con nuestras pagayas, y algunos momentos despues estábamos todos en tierra.

Se oía rumor de voces: avancé encorvándome, y reconocí el acento ligero y sarcástico del saltimbanquis. Sin duda refería alguna historia divertida, pues el auditorio se reía; pero un ancho espacio descubierto me separaba de la canoa y me impedía adelantar sin ser visto.

Volví á la canoa y dije á Isidoro:

—Toma un fusil: ocúltate y espera: no hagas fuego sino en el último extremo y á tiro seguro. Rafael te acompañará.

Cambié las cargas de mi revolver y le coloqué

armado en el bolsillo interior de mi blusa. Miré si mi puñal salía fácilmente de la vaina, é indicando á Juanillo que me siguiera, me interné en la espesura en direccion opuesta á donde sonaban las voces, á fin de acercarme más á través de la espesura.

Quería ver qué hombres eran aquellos con los cuales iba á entenderme: los forzados de Jurupari estaban allí; pero ¿quiénes eran sus compañeros? Si podía llevar los primeros al bosque por medio de una estratagema cualquiera, apoderarme de ellos y hacerlos embarcarse para el Pará, de los otros me desembarazaría fácilmente, pues debían ser naturales del país. Era, pues, necesario concluir cuanto antes: si no, con los instintos de esta raza, y estando dirigidos por los presidarios, antes de tres meses habria aquí un ejército de filibusteros.

Después de caminar unos cincuenta pasos, volví hácia la cabaña atravesando el bosque y deslizándome de árbol en árbol. Al fin los tuve á la vista: el gracioso continuaba hablando; le veía por intervalos, meciéndose en su hamaca y gesticulando, pero no podía ver á sus acólitos ni oír sus palabras.

En fin, ora arrastrándome, ora ocultándome

tras los troncos de las palmeras, alcancé un grueso miritis que servia de sosten á la choza. Juanillo me habia seguido paso á paso, como si fuera mi sombra.

Busqué con la mirada á Isidoro y á Rafael, y los ví un poco detrás, hacia mi derecha. Isidoro estaba de rodillas, con el fusil preparado, y oculto entre la maleza; á tres pasos de él, tendido en el suelo, sepultado entre la yerba, estaba Rafael; ambos inmóviles, fijando sus ojos negros y terribles en la cabaña, recogidos sobre sí mismos, como el tigre que se dispone á saltar sobre su presa: á mi lado se encontraba Juanillo, armado con una pagaya de *itauba*, tan pesada como una maza antigua: valíamos tanto como diez hombres.

Me llevé un dedo á los labios, mirando á Isidoro, y di un paso hácia adelante, para ver el interior de la choza. Entre el tronco del miritis y el muro de hojarasca y ramaje que la cerraba las inclemencias de la atmósfera y el trascurso del tiempo habian abierto anchas brechas, por las cuales pude contemplar al enemigo.

No se habia engañado Rafael: eran cinco, es decir, los dos forzados de Jurupari y tres nuevos personajes. Los veia perfectamente á dos pasos de mí, y estendiendo el brazo á lo largo del

tronco, hubiera tocado con la mano al que hablaba. A cada oscilacion de la hamaca, sus facciones agudas y pronunciadas, su piel terrosa, sus ojos grises siempre en movimiento, su barba clara y lacia, aparecian de perfil ante mis miradas. Con la voz y el gesto enfático de un actor, acababa de referir una historieta, que sin duda habia alcanzado gran éxito, pues el auditorio empezó de pronto á gritar:

—¡Bien! ¡bravo por la Fuina!

Y repetidas palmadas acompañaron á estas palabras.

Cerca de él, arrimado al tronco de un árbol y fumando en una pipa, estaba el Tenebroso, á quien reconocí por sus facciones demacradas y sus ojos vagos, apagados por la miseria ó la embriaguez. En frente del gracioso, á mi derecha, estaban sus dos nuevos camaradas, medio tendidos sobre un lecho de hojas de palmera: en sus semblantes se adivinaba al criminal, pues esos hombres tienen generalmente un sello característico que revela sus perversos instintos. Uno de ellos tenia pintada, ó por mejor decir, grabada en el brazo derecho una pequeña guillotina; era fornido, de barba crespa y espesa, nariz chata, frente deprimida, y ojos redondos como los de un

gato: una verdadera figura patibularia. El otro era pequeño, joven, pálido, delgado, con los cabellos rubios, pero de espresion atrevida y cinica.

En el fondo del cuadro estaba nuestro comun amigo John, con su facha de borrado, sin comprender una palabra, pero mudo como los demás.

En medio de la cabaña, una tortuga, perfectamente dispuesta en su misma concha, se asaba en aquel fuego cuyo humo los habia hecho traicion. En un rincon estaban muchos de los objetos que habian sacado de mi choza de Jurupari, pero tirados en el mayor desórden; más arriba, las pieles de mis carneros se secaban clavadas en un poste. Los muros de la cabaña estaban abiertos por todos lados, y una hoja de la palmera *boiuassu*, cuya altura no bajaba de quince piés y que antes habia formado parte de la techumbre, colgaba hasta tierra, separada de las otras por la influencia del tiempo.

Levantóse el gracioso, y con la amable espresion de un director de escena que anuncia al público una variacion en el programa del espectáculo, dijo que, para abrir el apetito y con el permiso del auditorio, iba á cantar una romanza compuesta en París.

Yo esperaba, buscando un medio oportuno ó

una ocasion favorable para atraerle fuera de la cabaña, sujetarle y aparecer en seguida con mis hombres. Dueño de él, hubiera obligado con mucha facilidad á sus compañeros á dejar la isla, pues John más bien me era útil que peligroso. Le conocia demasiado para temerle: le habia visto en otro tiempo en una de esas situaciones que jamás se olvidan, y estaba seguro de hacerle obedecer mis órdenes: de él me valdria para trasportar aquellos perdidos al Pará.

Quedó el forzado pensativo durante algunos momentos, que fueron para mí siglos, y lo mismo debieron parecer á su auditorio, porque el rubio empezó á gritar:

—¡El telon! ¡arriba el telon!

Y se puso á silbar, como si se encontrase en el paraíso del teatro de los Bufos.

Al fin, el cantor empezó: aún tengo en los oidos su voz cascada y su romanza, como llamaba á la cancion .

Era esta una cancion de presidio, obscena y estúpida.

Dos meses han pasado desde que la oí, y no solo no he podido olvidarla, sino que me persigue continuamente como una pesadilla. Podria repetiros palabra por palabra las dos estrofas que

oi; pero no quiero haceros pasar un mal rato. Sin embargo, el auditorio estaba entusiasmado: el de las barbas saltaba de alegría sobre su lecho de hojas, y el rubio gritaba:

—¡Bien! ¡bravo! ¡bravo!

En cuanto á mí, habia oido bastante: aquella cancion obscena me repugnaba; aquel hombre manchaba la majestad del desierto.

Quise concluir, y dando vuelta al árbol, entré en la cabaña y me paré en frente del cantor.

El forzado se turbó y palideció ligeramente.

Pero, dominándose en seguida, continuó meciéndose y dijo:

—¡Calla! ¡el español!

El jóven rubio se incorporó murmurando:

—¡Vaya una facha!

Los otros dos me miraron sin despegar los labios.

John desapareció.

—¡Quédate!—le dije en inglés.

Inmediatamente volvió á entrar y me contestó en la misma lengua:

—Patron, yo no tengo la culpa: además, yo no he ido con ellos á vuestra casa.

No le repliqué.

Juanillo me habia seguido: le toqué en el hombro y le dije en español:

—Pregúntales por qué me han robado.

El negro repitió mis palabras.

El gracioso habia recobrado su audacia. Eran cinco: yo estaba sólo con mi negro y nos creian sin armas.

—Dí á tu amo,—respondió el forzado,—que le he robado sus carneros porque él no me los hubiera regalado. En cuanto á sus gallinas, si quiere las plumas, ahí están.

Todos se echaron á reir. Me dominaba la cólera, y comprendí que me ponía pálido como un muerto; pero aunque era mucho mi furor, me conservé tranquilo en la apariencia.

—Dile á ese hombre,—dije á Juanillo,—que si vuelve á acercarse á la habitacion, le mataré.

El negro tradujo estas palabras:

—¡Calle!—repuso el forzado;—¡el español se enfada! Pues no hay motivo ciertamente: sus carneros y sus gallinas eran muy buenos, y por ellos le doy las gracias. Oye, negrito, si tu amo tiene todavía de aquel vino que me dió el otro día, dile que me mande algunas botellas: tanto al Tenebroso como á mí nos ha gustado mucho. Nosotros somos aquí los embajadores de la

Francia, y los salvajes nos deben tributo. Diselo así.

Y pronunciando estas palabras con voz enfática, se puso de pié, levantándose con las dos manos el cuello de su camisa.

—Mi amo,—me dijo Juanillo en lengua quichua,—podeis marcharos: Isidoro y yo bastamos para escarmentar á estos tunantes.

—No,—respondí;—dile que si dentro de una hora no ha salido de la isla, su castigo será terrible.

El negro se volvió á ellos para repetir mis palabras; pero el saltimbanquis abandonó la hamaca y se dirigió á Juanillo, diciéndole:

—Escucha bien, cara de carbon: si con un gesto, si con una palabra haces comprender á tu amo lo que voy á decir, te mato.

Luego se volvió hácia sus compañeros, y añadió:

—Queridos colegas; el salvaje que está ante nosotros,—y me saludó,—tiene un vino exquisito, y probablemente tendrá tambien algunas doncellas de cabellos negros. En agradecimiento al favor que al Tenebroso y á mí nos hizo sacándonos del agua, queria desembarazarle de todo eso; pero una vez que, segun parece, le desagrada nues-

tra vecindad, tengo pensamiento de arreglar las cosas de una manera amigable. Vamos á darle un adios.... eterno.

Y me saludó de nuevo.

—Ocuparemos su canoa,—continuó,—que debe estar cerca de este sitio, y en ella iremos á visitar su casa. El negro nos conducirá, y por precio de su trabajo, le daremos un vaso de vino y la libertad: yo soy negrófilo, señores.

Y se llevó la mano al pecho, levantando la cabeza con aire arrogante.

—Aprobado,—gritó el rubio.

El gracioso se volvió á Juanillo.

—Negrito,—dijole,—anuncia á tu amo que vamos á discutir su proposicion. Ni una palabra más: ten presente que sé el español y que te escucho.

Pero el Tenebroso se levantó y repuso:

—No quiero que le mateis: al fin me ha salvado la vida. Sujetadle, si lo creéis conveniente.

—¡Bah, bah, bah! ¡el Tenebroso sueña, sin duda! ¿Dónde tenemos cuerdas para sujetarle? Por otra parte, desde que estoy en este pícaro país voy perdiendo la mano, y ya no sé ni matar un carnero.

Vamos ¿está dicho?

—Sí, sí,—gritaron los dos que me eran desconocidos.

—Pues yo no me mezclo en eso,—repuso el Tenebroso.

—Bueno: tampoco probarás el vino, ni entrarás en el reparto de las mujeres.

—¡Vaya! Sea; pero concluyamos pronto.

—Un momento: arreglemos el orden de la función. Tú, negrito, ¿sabes lo que te pasa si chistas.

Juanillo no pestañeó: había tomado ese aire indiferente y pasivo del esclavo.

Yo estaba pálido y callaba; pero me ahogaba la cólera. Sin embargo, quise esperar hasta el fin para no ser el primero en herir.

El forzado reflexionó un momento y dijo:

—*Tenebroso* y *Monte de oro* cogerán al pollo cada uno por un alon, y yo le degollaré con la mayor limpieza.

Y se levantó las mangas de su blusa.

—Hay que tener cuidado de no echar á perder la ropa que me ha dado este benévolo salvaje,—añadió con sarcasmo;—tú, *Pelos de zanahoria*, vigilarás al negrito. Cuando yo diga: *gracias*, manos á la obra.

Los dos forzados que permanecieran sentados se levantaron.

Me preparé á todo, y llevándome la mano al pecho, empuñé mi revolver, aunque sin dejarle ver.

El gracioso se volvió hácia mí, y saludándome profundamente, me dijo en su lenguaje medio español:

—¿Quereis fumar el calumet de paz?

Y dicho esto, se desprendió la pipa, que tenia sujeta en un ojal de su blusa, y se inclinó sobre el fuego, como para encénderla. Luego, con aire de negligencia, recogió un machete que estaba en el suelo, y se puso á remover las ascuas con la hoja.

—Ya ves,—me dijo sonriendo,—que no quiero hacerte pasar un mal rato, puesto que caliento la herramienta para que no sientas frio.

Yo no perdía ni uno de sus movimientos; permaneció así algunos segundos, se alzó, y apoyándose en el machete, me dijo guiñando los ojos:

—¿Con que no quieres fumar el calumet? Entonces, *gracias*.

Y se dirigió á mí con aire indiferente.

Los otros dos hicieron un movimiento: yo me apoyé con la mano izquierda sobre mi pagaya y di un salto atrás.

En seguida saqué mi revolver, y apunté al forzado, que se puso pálido como un cadáver y retrocedió, lanzando una exclamacion de rabia.

Disparé, uno tras otro, dos tiros, y mi enemigo cayó. Entónces me volví á sus compañeros: uno de ellos, el Tenebroso, derribado por un terrible golpe de pagaya, se revolvía debajo de Juanillo, que le estrangulaba; el otro, herido levemente en la cabeza, caía á los piés de Isidoro, que habia disparado al mismo tiempo que yo.

En cuanto al tercero, es decir, el jóven rubio, Rafael habia saltado sobre él como salta un jaguar sobre su presa, y con las dos rodillas le sujetaba los brazos contra el suelo. No se veían más que las piernas y los piés del forzado, que se revolvía furioso, haciendo esfuerzos para levantarse, en tanto que Rafael, con una mano en los cabellos de su víctima, buscaba con la punta de su puñal la vena yugular, para degollarle como se degüella á un carnero.

—No le mates,—dije;—sujétale bien, y átale.

Luego hice una seña á Isidoro, que viendo en el fondo de la cabaña un rollo de lianas, las cogió y se puso á ayudar á Rafael.

Me dirigí á Juanillo, que tenia cogido por el cuello al Tenebroso.

—Déjale levantar,—dije.

El negro soltó su presa: el forzado, medio estrangulado por los férreos dedos de mi servidor, se llevó ambas manos al cuello, respiró ruidosamente y se incorporó.

Me incliné sobre el saltimbanquis. Estaba muerto: una de mis balas le habia entrado por un ojo, saliendo por la parte posterior de la cabeza; la otra le habia roto la nariz.

En cuanto al cuarto, la bala de Isidoro no habia hecho más que rozarle la frente, y si permanecia en tierra, era sólo por miedo. Se lo indiqué á Juanillo, y dije:

—Atale.

—¡Perdon!—exclamó el miserable;—¡no he sido yo! ¡fué la Fuina quien lo hizo todo!

—Cállate.

Juanillo le ató, ayudado por Isidoro. El rubio juraba y maldecia, trincado ya como un fardo.

En tanto, el Tenebroso habia recobrado su respiracion. Levantóse, y de pronto le ví saltar sobre el fusil que Isidoro habia dejado en tierra. Le apunté con mi revolver; pero antes de que pudiera hacer fuego, el indio se arrojó á él y le derribó.

—¿Le mato, mi amo?—me dijo.

—No,—respondí;—quítale el fusil.

El forzado luchaba para desprenderse de los membrudos brazos de Rafael, que le oprimian el cuerpo.

—Si no te estás quieto,—le dije en francés,—te salto la tapa de los sesos.

El forzado dejó el fusil y se sentó en el suelo.

—Ahora,—les dije,—vais á ser conducidos lejos de aquí, y tened entendido que si uno de vosotros vuelve algun dia á esta isla, le mato como á un perro. No quiero hoy trataros con más dureza, porque soy francés como vosotros y me acuerdo de mi patria.

—Ya tengo un pretexto,—murmuró entonces el rubio.

Y añadió en alta voz:

—A fuer de compatriota, pido que se me aflojen un poco las ligaduras de las piernas y de los brazos.

No le hice caso, y pregunté:

—¿Donde está John? Búscale, Rafael.

Pero John apareció instantáneamente.

—¿Tienes ahí tu lancha?—le dije.

—Sí, patron.

—Ve á buscarla y tráela al lado de la mia: Rafael te guiará.

Partió John, acompañado del indio, y volviéndome al Tenebroso, dije:

—Carga con ese cadáver, y anda delante de mí para llevarle á la lancha. Si te resistes ó haces un solo movimiento para huir, te mato.

El forzado cogió en sus brazos el cuerpo del saltimbanquis, y sin decir una palabra, lo llevó á la playa.

La lancha de John llegó á los pocos momentos, y en ella se embarcaron Isidoro y Rafael con los dos forzados, el cadáver y todos los utensilios de seringüero. Juanillo puso fuego á la cabaña; John y el Tenebroso entraron en mi barca, y salimos de la espesura de mucu-mucus.

Desde allí puse la proa á un banco de cieno, del mismo género que el que esta mañana hizo pasar tan mal rato al señor Carlos; hice echar en tierra el cadáver del gracioso, y volviéndome á los prisioneros, dije:

—Si hay entre vosotros uno que conserve todavía alguna creencia y sepa alguna oracion, que la diga.

—Si quereis,—me contestó el rubio,—yo rezaré por la Fuina como rezan los curas; pero habeis de dejarme cojer su blusa.

Por órden mia, el Tenebroso le desató las ma-

nos. El forzado se levantó, extendió durante algunos momentos sus brazos en todos sentidos, como para ensayar sus fuerzas, y luego empezó á rezar. Era una oracion mutilada y estropeada, que tal vez habia aprendido en su infancia sobre las rodillas de su madre, y que á través de una existencia dedicada al crimen habia vivido en su memoria como una reminiscencia de otros tiempos; pero sólo los lábios recordaban aquellas fórmulas sagradas: el corazon las habia olvidado por completo.

De pronto le ví poner un pié sobre la banda de la lancha; luego miró en torno suyo con una indecible expresion de astucia satisfecha, y dando un verdadero salto de tigre, se lanzó á tierra. El bosque empezaba á algunos metros de nosotros, y sin duda esperaba alcanzarlo rápidamente atravesando el pantano; pero ya sabeis que ni los mismos pájaros pueden andar por esos insidiosos lamedales. Hundióse hasta el vientre apenas tocó tierra; debatióse un momento, y luego se volvió hácia mí diciendo con un espanto imponderable:

—¡Salvadme, señor, salvadme! ¡por Dios, os lo suplico! ¡No huiré; me someteré á todo; volveré á Cayena, si así lo quereis!

Me repugnaba aquella mezcla de cobardía y de audacia. Era efectivamente el hombre degradado por los vicios de las grandes ciudades y aniquilado en la flor de su existencia por el presidio. Mandé que le echasen una pagaya y una cuerda, lo que hizo Juanillo, y al fin pudo volver á bordo, desanimado y taciturno.

—Coge un remo y entierra á tu compañero,—le dije.

Inclinóse sobre el cadáver; desabrochóle la blusa y trató de quitársela; pero lo impedía la rigidez del cuerpo: entonces echó una pierna fuera de la lancha, y poniendo el pié sobre el cadáver, lo despojó de su pobre vestido.

¿Habeis visto un perro ó un buitre con una pata sobre su presa, arrancándola pedazos de carne y levantando á cada momento la cabeza y el pico? Pues el mismo horrible espectáculo tenia delante de mis ojos. Aquellos seres degradados y embrutecidos por el crimen no tenian de hombres más que la figura.

—Entiérrale pronto,—dije.

Ayudándose con una pagaya, retiró la tierra á los dos lados del cadáver; pero viendo que no desaparecia en el fango tan pronto como deseaba, apoyó encima las manos para hacer que se hundiese.

¡Triste cuadro! ¡Aquel forzado sobre el cadáver, como un vampiro de las leyendas; en torno nuestro, el silencio del desierto, ese silencio del medio día que reina en la naturaleza cuando el sol vierte sobre la tierra todo el calor de sus rayos de fuego; sobre nuestras cabezas, los *urubus* negros, esos famélicos sepultureros de la América del Sur, olfateando la muerte y describiendo anchas espirales en el espacio!

Algunos minutos después todo había concluido: el forzado sacudía el lodo de sus manos, Juanillo lavaba su pagaya, y el pantano había recobrado su superficie unida y brillante. ¡Cuán poca cosa es el hombre! ¡Aquella criatura humana que una hora antes vivía en la agitación y el movimiento, había sido reducida á la nada; nadie se ocupaba ya de ella, y su misma tumba había desaparecido!

Mandé atar de nuevo las manos y los brazos al Tenebroso y al rubio, que se sometieron sin replicar una palabra, y llevando aparte á Isidoro, le dije:

—Conducirás estos hombres á Marajó, desembarcándolos en la parte de los seringales, y les dejarás seis serones de harina y todos sus útiles de seringueros.

Hice entrar á Juanillo y á John en mi barca, dejando al Tenebroso con sus compañeros en la otra lancha; luego, dirigiéndome á los forzados, les dije:

—Podria mataros á los tres, puesto que, á más de haberme robado, habeis querido asesinar-me; pero no quiero verter vuestra sangre, y vais á ser trasladados á una isla con víveres suficientes para dos meses. Ocupaos en la pesca y en la fabricacion de goma elástica, y yo enviaré quien os compre el fruto de vuestro trabajo. Isidoro y Rafael van á conducirlos: si durante el viaje haceis un solo movimiento para huir ó tratais de rebelaros, tienen orden de mataros sin compasion. Acor-daos de que yo no perdono más que una vez, y jamás volvais á encontraros cerca de mi habitacion.

Volví á mi casa, é hice encerrar á John en una choza. Isidoro y Rafael volvieron al cabo de tres dias. Durante el viaje, que habia durado un dia y una noche, los forzados no habian tratado de resistir. Rafael desataba por turno á uno de ellos, dejándolo suelto dos ó tres horas, y luego le ataba, para soltar á otro.

Llegados á Marajó, los habian desembarcado con sus efectos y víveres, desataron al Tenebro-

so, é inmediatamente volvieron á hacerse á la vela.

Devolví su lancha á John, y antes de partir me hizo saber quiénes eran los forzados de que acababa de librarme.

Los que habia encontrado en la uba eran fugitivos de la Montaña de plata. Cuando se escaparon tenian otro compañero: durante todo el dia habian permanecido sin comer, metidos hasta la barba en el cieno de un estanque situado en la falda de la montaña; ganaron durante la noche los bosques de paletuvios, franquearon el Oya-pock á nado, y atravesando las selvas, llegaron á orillas del rio Cassipur. Por espacio de algunos dias siguieron á lo largo del rio, y habiendo encontrado algunas chozas de indios, les robaron una canoa, en la cual se embarcaron, ganando con ella el lago de Mapa. Allí pasaron un dia en una cabaña, no pudiendo comer otra cosa que raíces y frutas silvestres; pero los tapuyos de Mapa habian tratado de reconducirlos á Cayena, y tuvieron que huir, siendo cogido uno de ellos, que probablemente seria entregado á las autoridades de la Guyana. En cuanto á los otros dos, no habian comido en quince dias más que frutas y cangrejos del rio, segun ellos mismos dijeron,

y estaban ya á punto de morir cuando yo los encontré.

Sus camaradas se habian escapado igualmente de la colonia francesa, aunque John ignoraba de qué manera, y los habia traído á Mexiana uno de esos aventureros que se encuentran en todas las comarcas fronterizas; un contrabandista medio francés, medio brasileño, que se abrigaba segun sus intereses bajo una ú otra bandera, que pasaba en el Pará por fugitivo de Cayena y en Cayena por emigrado del Pará, y á quien conocian y protegian los cónsules de las dos naciones. Este hombre, muy conocido en el Pará y en Cayena, decia en alta voz que habia cooperado á la fuga de los forzados á condicion de que vendrian al Amazonas á trabajar por su cuenta en la fabricacion de la goma elástica.

En efecto, trabajaron durante algun tiempo; pero tenian discusiones frecuentes con su patron, reñian sin cesar con todos los seringueros de Mexiana, á quienes querian robar descaradamente el producto de su trabajo, dieron muerte á un brasileño de Pernambuco que se atrevió á resistirlos, y en el espacio de algunas semanas se convirtieron en el terror de la isla.

Se dirigieron repetidas quejas á la autoridad

brasileña; pero el jefe de la policía del distrito, que ha muerto hace poco, era acreedor del contrabandista de Cayena por la suma de mil doscientos francos, y no faltó quien le hizo comprender que, si prendía á los forzados que trabajaban por cuenta de su deudor, este se encontraría en la imposibilidad de reembolsarle.

Por otra parte, aun cuando el jefe de policía hubiera querido prenderlos, nadie se hubiera atrevido á encargarse de tan peligrosa mision. Dejóseles, pues, libres, y únicamente se les rogó de una manera amistosa que pasasen á Cavianna, donde la recoleccion de goma elástica debia ser más abundante. John, que se encontraba entonces en estos parajes para su comercio de contrabandista, los habia conducido en su canoa, y al costear la isla para buscar un buen punto de desembarco, habian distinguido una noche el resplandor de un fuego en Jurupari. Dirigiéronse allá, esperando encontrar tal vez algo que robar, y habiéndose reunido á los dos forzados de la Montaña de plata, volvieron todos juntos á Cavianna, donde John, si bien á pesar suyo, tuvo que prestarles su canoa para venir á robarme.

John partió para Belem, donde sin duda le habeis contratado para tripular vuestro falucho,

y debéis comprender cuál sería su terror al verme esta mañana en vuestra compañía.

En cuanto á los forzados, he sabido despues que han vuelto á Cavianna, aunque al otro lado de la isla, á la costa del Océano, y que están de nuevo con el contrabandista que los trajo, y no los creo con deseos de hacerme una visita. Por otra parte, trabajan en la goma elástica, y segun me han dicho, ganan de cuarenta á cincuenta francos diarios.

No estábais mal informado creyéndolos en la isla; solamente que han cambiado de lugar. Vosotros, en un principio, me tomásteis por uno de ellos; yo, por mi parte, formé tambien mala idea de vuestro falucho y de sus habitantes, y su recuerdo maldito ha estado á punto de privarme de vuestra agradable compañía. ¡Bendita sea la afición del señor Carlos á la caza! ¡Bendita sea la prororoca! Ahora, mis queridos huéspedes, que escuchándome hasta el fin, habeis conquistado brava y noblemente el derecho de entregaros al descanso, voy á conducirlos á vuestra habitación.

---

---

## CAPITULO X.

### Dos sueños.

Era ya tarde, los acontecimientos del dia nos habian impedido dormir la acostumbrada siesta, y estas dos circunstancias nos obligaron á despedirnos de nuestros huéspedes. Carlos se dirigió á nuestra cabaña, y yo fuí á echar una mirada al falucho, donde no encontré más que á John y á Isidoro, que debia pasar allí la noche, segun la orden que á mis ruegos le habia dado don Enrique.

Me era perfectamente conocida la absoluta confianza que en él tenia su amo, y sabiendo que estaba á bordo, podia yo dormir con toda tranquilidad en tierra, lo que no habia hecho desde nuestra salida del Pará, pues en aquel viaje llevaba conmigo mis mapas, mis apuntes, mis co-

lecciones, toda la cosecha recogida en tres años de correrías, y no tenia sino muy poca confianza en los individuos que componian mi tripulacion. Inquieto como un avaro que teme le roben su tesoro, todas las noches iba á dormir á bordo; pero en casa de don Enrique casi me consideraba en Francia, y como un gendarme parisiense, Isidoro me prometia una seguridad completa. La confianza es como la simpatía: ó no se inspira jamás, ó nace súbitamente, y domina... hasta el dia de los desengaños.

Todos los hombres de la tripulacion estaban en tierra, y como los antiguos paganos, celebraban sin duda alguna los misterios de la buena diosa. Este es el primer holocausto que ofrecen los indios al desembarcar: el dios rom es adorado despues. Yo conocia demasiado las costumbres ecuatoriales para que esto pudiera sorprenderme, y me tendí en mi solitaria hamaca.

Durante algunos minutos me balanceé suavemente, sucumbiendo poco á poco á esa somnolencia que es ya el reposo, pero que aun no es el olvido; momento feliz en que los pensamientos se desvanecen, como al declinar el dia se desvanecen las sombras en la noche, y en que, bajo la misteriosa influencia del sueño, se siente domi-

nada el alma por esas encantadoras ilusiones, por esa embriaguez del amor, por esas sensuales esperanzas que promete el profeta á sus creyentes y que el ópio dá á sus adeptos.

El ardiente clima del ecuador, la hamaca y sus suaves oscilaciones, presdisponen á los sueños mucho más que el lecho que usamos en nuestra fria Europa; y, vision ó realidad, yo veía una mujer de pié al lado de la hamaca, con una alcarraza de agua fresca en la mano, que con voz dulce y lenta murmuraba:

—¿Quiere el blanco refrescarse antes de entregarse al reposo? Su sueño seria así mucho más dulce.

Y á la luz de mi lámpara nocturna distinguía una mulata, hermosa como una ilusion; con un color de tonos dorados como debidos á los rayos del sol; de ojos rasgados, lascivos y entornados por el amor bajo sus largas pestañas; de labios sensuales y rojos como el coral; con flores en los cabellos, desnudos los hombros, y velada la garganta bajo una batista entreabierta y trasparente. Todo su ser, en fin, revelaba esa voluptuosidad de los sentidos que emanaba de Agar cuando Abraham reflexionó por vez primera sobre la esterilidad de Sara.

Como la más deliciosa de las costumbres suramericanas es, en mi concepto, la de levantarse temprano, salté de mi hamaca á las primeras luces del alba; y levantando la estera que me separaba de Cárlos, entré en lo que podemos llamar su dormitorio, sin anunciarme, segun la costumbre del desierto, y á la pálida claridad de la aurora creí ver una forma, una sombra, negra como la noche que la ocultaba, huyendo presurosa por el otro lado de la choza.

A pesar de sus indolentes proyectos de la víspera, Cárlos estaba ya despierto y silbaba alegremente una sonata de caza con un indescriptible aire de fatuidad. Y es que, bajo el cielo intertropical, hay en la perfumada frescura del amanecer un encanto embriagador que despierta y seduce á todas las criaturas.

—¿Sabeis, compadre,—me dijo Cárlos,—que la hospitalidad de vuestro compatriota es verdaderamente patriarcal? Anoche, cuando el sueño empezaba á cerrar mis ojos, una esclava de Nubia, negra como el ébano, vino de su parte á ofrecerme el café... y yo le tomé. ¿Acaso don Enrique es hechicero para haber adivinado mi afición al café africano?

—Todo consiste, mi querido Cárlos, en que os

habeis convertido en un verdadero criollo, y en que mi compatriota conoce las aficiones de los criollos.

En aquel momento llegó don Enrique.

—¿Cómo habeis pasado la noche bajo el ecuador?—nos preguntó sonriendo;—¿los buenos sueños han acariciado á mis huéspedes?

—Sois un profeta casi divino,—respondió Carlos,—y á fuer de verdadero creyente, he dormido en el más bello de vuestros paraísos.

—Pues bien,—repuso Enrique,—al lado teneis la sala de baño; haced vuestras abluciones como buenos orientales, y luego, si quereis fumar á lo turco, os haré traer nargilés y tabaco perfumado.

—Sois un huésped adorable: pensais en todo, y al pasar los mares, habeis sacudido vuestros zapatos, arrojando de vos, como un polvo inútil, las preocupaciones europeas. Lo comprendeis todo: la voluptuosidad, la gula y la pereza.

Don Enrique no contestó y echó á andar delante de nosotros.

—Mi querido Carlos,—repliqué,—haceis mal en llamar preocupaciones á ideas y costumbres que vos no podeis tener, puesto que habeis tomado las de los criollos.

—Compadre, sois un europeo obstinado y terco, y no comprendéis una jota de la vida ecuatorial. ¿Para qué sirven los viajes sino para tomar de cada pueblo sus mejores costumbres y despojarse de las viejas ideas? Pero vosotros, y los franceses sobre todo, estais dominados por preocupaciones y escrúpulos indecibles. Por ejemplo, en nuestra sociedad está admitido, sin peligro para la moral, favorecer ciertos vicios del huésped ó del amigo: si es aficionado á los placeres de la mesa, le prodigais banquetes sobre banquetes, en los cuales corre el vino á oleadas, hasta que le embriagais; si es jugador, le ofreceis cartas y dados para que pueda arriesgar su fortuna desde la mañana hasta la noche; pero en cambio, no tenéis compasion para la voluptuosidad.

—Es que en Europa, mi querido Cárlos, creemos que es muy triste dar el cuerpo sin dar el alma; es que en el mundo todo puede ofrecerse, menos el amor.

—¡Tonterías, compadre, tonterías! La voluptuosidad se compra como todo. Y en cuanto á ese amor de que hablais, ¿dónde puede encontrarse? ¿Acaso en vuestra Europa, con el matrimonio tal como os lo imponen la vanidad y las necesidades de vuestra civilizacion moderna? Ese amor

del alma y de los sentidos, ese bello ideal realizado, el más dulce que en el mundo se puede soñar, es imposible encontrarlo en vuestra patria. La civilización lo prohíbe fuera del matrimonio, y el matrimonio no es más que un tráfico mercantil, para el cual nunca son consultados ni el corazón ni los sentidos. Cuando, por casualidad ó por intención, se han encontrado dos fortunas que se convienen, dos notarios formalizan seriamente un contrato de desconfianzas y especulaciones para el caso de la muerte de uno de los cónyuges. Vienen entonces las amonestaciones y los edictos, que profanan en su principio el sagrado misterio de una felicidad que debiera ser la más secreta de todas. Luego, con un numeroso acompañamiento, vestido de negro como para asistir á unos funerales, vais á jurar fidelidad y amor perpétuos á una mujer que no conocéis y que no os conoce, y que jura ante Dios amaros eternamente tal vez en el instante mismo y en la misma iglesia en que se cantan las preces de los difuntos sobre el cadáver del que ella amaba. ¡Y á eso llamáis amor legítimo! Mirad: todos los días veo los periódicos europeos anunciando en la misma columna los matrimonios, y las defunciones: pues los periódicos tienen razón, porque el matrimonio, tal

como vosotros le realizais, es una primera muerte, y pueden muy bien anunciarse juntos los muertos y los casados. Por mi parte, prefiero vivir aquí, amando libremente y olvidando: por lo menos, tengo el derecho de elegir mis amores, y vos mismo, por dominado que os tengan las rancias preocupaciones de vuestra Europa, volveréis un día ú otro al desierto para abrazar mis costumbres.

—Que vuelva al desierto, puede ser; que abraze vuestras costumbres, no es posible, pues más que mis labios las rechaza mi corazón. Venid á Francia, venid, y os convertiremos; un día ú otro encontrareis por el mundo alguna hermosa niña de largos cabellos, de frente tranquila, de mirada serena, cuya belleza encante, cuya pureza seduzca: entonces renegareis del pasado, y os postrareis de rodillas ante ese arcángel de amor. ¡Cuántas veces hemos visto á los más tremendos libertinos doblarse bajo la mirada de una niña!

—Compadre, puesto que creéis eso, casaos: yo prefiero vivir con mis pasiones, pues no podría plégame á las necias preocupaciones de vuestra civilización. El hombre es como el caballo: los caballos salvajes del desierto pueden vivir errantes y solos, gozando de su libre existencia; pero los

que han nacido en la caballeriza y en ella quieren permanecer, tienen que engancharse de dos en dos, para curarse uno á otro las llagas causadas por el látigo y sostenerse mutuamente cuando les faltan las fuerzas, por más que vivan disputándose el pienso y maldiciendo su cadena hasta el momento en que, hartos de golpes, estenuados por el trabajo y desollados por los arneses, el uno tira á la derecha y el otro toma por la izquierda.

—Ideas de viejo verde, mi querido Carlos: es una ley de la naturaleza que los seres no vivan aislados, y esa ley la cumple el hombre lo mismo que los animales. El matrimonio es con mucha frecuencia la dicha, pues, por más que se diga, no es imposible encontrar el *anima dimidium meæ*; pero, aunque no se la encuentre, dos almas que están unidas para siempre se plegan la una á la otra y se hacen mutuamente dichosas por costumbre ó por cálculo. Los lazos eternos no lastiman; pero los que el primer capricho puede romper llegan á cansar un día, porque todo cansa en este mundo, y entonces, debilitados por el hastío, se rompen al choque de un átomo.

—No: yo soy como el indio: amo mi libertad ante todo y sobre todo. Los lazos, por dulces que

sean, me espantan: vivo en el desierto para ser plenamente libre; pero si me encontrase en Europa, viviria como aquí, entregado á mis pasiones, sin cuidarme del mundo ni de sus vanos juicios.

—Sí; eso sería posible durante algunos años; pero al fin se envejece, y cuando el fuego de las pasiones se ha apagado en el cansancio y el hastío, el alma se replega sobre sí misma y sufre. Por fuerte que el hombre sea, hay momentos en que siente la necesidad de dar expansion á sus penas ó á sus alegrías, reclinando la frente sobre un pecho amante, pues las amarguras y los dolores que uno guarda para sí sólo, obran sobre el corazon como el óxido sobre el hierro: corroyéndolo. Esas uniones efímeras y pasajeras no dan al alma amor, sino tristeza; despierta un dia llorosa y cansada de vivir en el aislamiento, y es inútil precipitarse, para aturdirla, ya que no para curarla, en el torbellino de los placeres sensuales, porque al fin hay que volver necesariamente á la soledad del hogar. Siéntese luego el cansancio del mundo y de sus falsas alegrías, y súbitamente el hombre se encuentra viejo y enfermo, entre su perro y su criada, que sólo esperan la ocasion de aprovecharse de su debilidad: las desgracias compartidas entre dos le parecen entonces una

dicha de los cielos, se arrepiente de haber malgastado su vida y dice: «¡Si yo lo hubiera sabido!» ¡Oh! Esto es triste, tan triste que sólo pueden vivir así los que han nacido sin corazón ó le tienen ya seco. Si el matrimonio y sus eternos lazos os espantan; si teneis miedo del atalaje, como le llamas; si temeis que salga el número contrario en ese juego que no tiene revancha, huid por lo menos del aislamiento. Mas bien que vegetar en el árido desierto de vuestra vida, es preferible fingirse ó imitar los dulces lazos del amor, de la amistad, de la costumbre, que se forman según los impulsos del corazón, que jamás deben concluir y que concluyen siempre; sueños divinos, cuando viven del amor que los hizo nacer; sueños humanos, cuando oscilan entre el amor y el dinero, que los sostiene; lazos que el mundo tolera con frecuencia, y para los cuales escribió Jorge Sand estas palabras:

«¿Qué hay de impuro entre esas dos criaturas abandonadas del resto del mundo? ¿Por qué vituperar la santa union de dos seres á quienes Dios inspira un mútuo amor?

—Pues yo,—repuso Carlos,—yo, bajo el sol de los trópicos, os digo: ¿Qué hay de impuro en buscar los placeres que inspira un cielo abrasador?

¿Por qué censurar esos goces que á nadie pe rjudican? Las horas son cortas: pues démonos prisa. El sol que nos abrasa excita nuestros sentidos... olvidémoslo todo en el mar de los placeres sensuales: amemos, amemos, y riámonos á mandíbula batiente de los nécios escrúpulos de la vieja Europa.

Y Cárlos, negrófilo á lo criollo respecto de las africanas, empleó largo tiempo en hacerme comprender las virtudes tropicales de las negras y mulatas y sus principios respecto al amor.

Pero... ¿á qué acudís á mi memoria, dulces recuerdos de la hospitalidad americana, vision desvanecida entre las sombras de una noche ecuatorial?... Quedaos entre los trópicos y no trateis de deslizaros bajo los puntos de mi pluma, pues esos hombres embriagados por los ardientes rayos de un sol de fuego y emancipados de todo freno en la salvaje libertad del desierto, tienen costumbres é ideas que no se comprenden ni pueden referirse bajo el nebuloso cielo de la fria Europa.

---

---

---

## CAPITULO XI.

### Una habitacion bajo el Ecuador.

Nos dirigimos al baño que D. Enrique nos habia indicado, y aun estábamos en él cuando vino á proponernos visitar su granja y sus tierras.

—Ya sabeis,—dijo,—que esta excursion forma parte del programa de ayer, y que es una de las obligaciones fatales de todo propietario: concluiremos pronto.

Jamás me han gustado esos paseos interminables á que visitantes y visitados están eternamente sujetos; admiradores á su pesar los unos, y cicerones falsamente modestos los otros, de los mil detalles de un dominio cualquiera. ¡Cuántas tonterías, cuántas estupideces, cuántas necedades hay que elogiar antes de ver una cosa

verdaderamente bella! Aquí es un muro recién levantado, cuyo único mérito es impedir una perspectiva agradable; allá es un árbol derribado porque prestaba alguna sombra á un pequeño Sahara: y, sin embargo, hay que extasiarse y elogiar sobre todas las cosas las felices ideas del huésped, porque un propietario es como un padre, que no perdona la crítica ni aun la indiferencia respecto al mérito de sus hijos. A pesar de esto, seguimos á D. Enrique.

No perderé el tiempo describiendo las mil diversas cosas que necesariamente hay que encontrar en una habitacion levantada á orillas del Amazonas, porque se las adivina fácilmente.

En Francia, tanto en las ciudades como en los campos, tenemos quien satisfaga alternativamente las diversas necesidades de nuestra existencia, y nos basta con poseer aquellos muebles de uso cotidiano; pero en el desierto el hombre tiene que hacerse por sí mismo su casa, su hamaca, su ropa, sus redes y su comida, pues si los habitantes de estos felices climas tuvieran nuestras infinitas necesidades, sería necesaria una tribu entera para servir á un hombre. Bástame decir que todos los gremios de oficios hubieran podido encontrar en casa de D. Enrique alguno de los

útiles necesarios para el ejercicio de su profesión.

Vimos primero, abrigado bajo un ancho cobertizo, un viejo negro de piel arrugada, de barba y cabellos blancos, fumando su larga pipa india, sentado en el suelo y tejiendo un sombrero de paja. A su lado, un tapuya de fornidos miembros hendía sin fatiga, aunque soplando como un fuelle, un tronco de miriti, destinado á proporcionar tablas para el piso de una cabaña. Jamás he visto carpinteros más hábiles que los indios del Amazonas: acostumbrados á hacerlo todo con el hacha, cortan con una destreza admirable maderas que con frecuencia mellan el acero, como la raíz venosa del copaiba, el guayaco ó el murapinima. En torno de estos dos hombres y mezclados en desórden se veían una grosera fragua, un torno, un banco de carpintero, y otras mil herramientas que constituían el gran taller de la vivienda ecuatorial.

A orillas del agua, algunos montones de nueces de andiroba rodeaban una infinidad de vasijas de tierra destinadas á recibir el aceite de aquellos frutos, y varios serones de junco contenían nueces de urucurikaia, con las cuales se prepara la goma elástica, y que estaban ya dispuestas

para ser llevadas al seringal. El frágil techo de hojas de palmera que las abrigaba se apoyaba en una especie de granero cubierto con hojas de boiu-assu, bajo el cual se veían montones de arroz, semejante á la avena cubierta aun por su túnica blanquizca. Del techo, formando grandes racimos, pendían centenares de espigas de maíz, amarillas unas como granos de oro, rojas tras como gotas de sangre, y medio ocultas aun bajo sus ásperas cortezas: el viento de la mañana, meciéndolas blandamente, hacía crugir las secas hojas del maíz, y mi huésped me dijo al pasar:

—¿No os parece oír el viento agitando las hojas muertas de los árboles en el fondo de nuestros bosques?

—Sí, —contesté;—pero ¡ay! ¡no es la brisa de la patria!

—Es verdad; pero tampoco es el viento del invierno. Creedme; ha de llegar un día en que echeis de menos el clima ecuatorial, y esta atmósfera de fuego, y este sol que maldecís, y en que los invoqueis como invoca á su madre el niño que sufre. Los que han vivido bajo este cielo de bendición y vuelven á Europa, pueden compararse á un pobre enriquecido que de nuevo recae en la pobreza. Cuando, en las noches del invier-

no próximo, heladas y tristes, como todas las de Europa, atraveséis los boulevares para volver á vuestra casa, pisando nieve y tiritando de frio dentro de vuestro abrigo, acordaos de don Enrique.

—¡Amigo mio! ¡Si supiérais cuánto me acuerdo de Francia desde hace tres meses!

Pasado un campo de cañas de azúcar, vimos el molino, tan sencillo como antiguo y poco costoso, que se encuentra en todas las habitaciones de las comarcas ecuatoriales. Era igual á los que habia visto en el Perú. Dos troncos de árbol, cepillados y justapuestos, sostenidos por dos postes y movidos á brazo por medio de una cigüeña, muelen entre sí las cañas, cuyo jugo es recojido en vasijas de cobre colocadas sobre hornillos de tierra, para convertirse en azúcar ó en melaza. Un grosero alambique de madera y hierro se adapta á una de estas vasijas el dia que se quiere hacer rom.

—¿Reconoceis el *trapiche* del Perú?—me dijo Enrique;—es algo grosero; pero de otro modo hubiera tenido que traer aquí una tropa de ingenieros y trabajadores, y mi Tebaida hubiera sido conocida y asolada; prefiero contentarme con el *trapiche*. Despues de todo, yo no planto ni recojo

más cañas que las precisas para hacer el rom y el azúcar necesario para el consumo de mi casa, pues por mucho que ganase con la industria azucarera, gano mucho más recogiendo goma elástica.

---

## CAPITULO XII.

### El cazabe.

Detrás del molino vimos un monton de raices de yuca, que esperaban la série de operaciones que habia de convertirlas en cazabe. Todo el mundo conoce este pan de la América del Sur y de la mayor parte de los países situados entre los trópicos. Es una raíz muy semejante á un rábano negro, aunque algo más largo, que crece en seis ú ocho meses, y de la cual brota un arbusto de siete piés de altura. Hay quince ó veinte especies distintas, dulces unas y amargas otras: se la planta entre Mayo y Julio generalmente, y cuando ha llegado á la madurez, se cortan los arbustos y se arrancan las raices, que se encuentran en grupos como las patatas.

Los indios del Amazonas elijen para sus plan-

taciones de yuca las islas del rio, para no tener que preparar la tierra antes de confiarla la semilla. Cuando las aguas empiezan á bajar, despues de la inundacion ó crecida anual, abandonan su aldea y se dirigen á alguna isla, cuya playa, abandonada pocos dias antes por las olas, caldeada por un sol de fuego, empapada por las aguas del Amazonas y cubierta de un limo fertilísimo, les ofrece el terreno más conveniente para su plantacion. Ocho dias despues de la siembra aparecen las hojas de la yuca y á los seis meses están ya maduras las raices, durante cuyo tiempo viven allí tribus enteras, esperando el momento de la recoleccion. Cuando el agua vuelve á bañar la playa, cada cual arranca sus raices, maduras ó verdes, y regresa á su aldea ó á su cabaña. Tal es la vida del indio, nómada, indolente y tranquila, no comprendida en Europa, relegada ya por la marea ascendente de la civilizacion al centro del continente americano y destinada tal vez á desaparecer por completo en un término breve.

Recogidas las raices, se las raspa con una especie de rallador de cobre ó de hierro, parecidos á los que se usan para rallar el pan; pero el rallador de los indios, para quienes son descono-

cidos los metales, se reduce á la asperísima raíz de una palmera, ó á una especie de rodillo revestido de resina endurecida, en la cual están incrustados pequeños guijarros ó huesecillos, como los dientes en la mandíbula de un tiburón.

En seguida se toma el *tipiti*, que es un tubo ó manga de cuatro piés de largo por cinco pulgadas de diámetro, hecho de corteza de uarumamiri, fuerte como hilos de acero y elástica como el cautchuc. Se le llena completamente con las raspaduras de la yuca, que se parecen entonces á la harina de patata, y gracias á la elasticidad del tipiti, se aumenta su diámetro á espensas de su longitud, apretando fuertemente las raspaduras de yuca. Se le sujeta entonces á una de las vigas del techo, y un hombre tira con fuerza del extremo inferior, como un campanero tira de la cuerda de la campana. El tubo se alarga entonces, oprimiendo las raspaduras de yuca, cuyo jugo brota á través de las apretadas mallas del tipiti. Se la deja esprimir así el jugo durante algunos dias, y despnes se la retira para preparar el cazabe.

Esta operacion es indispensable, porque el jugo de la yuca es un veneno muy activo; pero con ayuda del tipiti, que seria posible y fácil reempla-

zar por una prensa cualquiera, el jugo venenoso se separa y no queda más que la harina. Los criollos afirman que la corteza de la raíz de yuca es el antidoto del jugo, y dicen que si se raspase esta corteza con la harina, se la podría hacer secar al sol ó al fuego sin temor alguno á los efectos del veneno. En apoyo de este aserto, citan el hecho de que las vacas, los tapires y otros animales comen impunemente la yuca sin preparacion alguna; pero como en nuestros bosques he visto al ganado comer las setas y hongos venenosos sin resultado fatal, é ignoro absolutamente las semejanzas que puede haber entre el estómago de un hombre y el de una vaca, nada me atrevo á afirmar respecto á este punto.

Al mismo tiempo, no puedo comprender por qué esta raíz que con tanta abundancia crece, que proporciona buena leña, cuyo gusto es agradable, que es casi tan nutritiva como el trigo, y que además produce la exquisita tapioca que todo el mundo conoce, no ha sido ya aclimatada en el Mediodía de Francia, y sobre todo en la Argelia, cuando ya lo está en el Piamonte. Si el peligro que ofrece es lo que hace que se la proscriba, hay por lo ménos una de sus variedades, conocida vulgarmente con el nombre de *macachera* ó *yuca*

*dulce*, que nada tiene de veneno y con la cual se podía hacer un ensayo. ¿Quién sabe cuántos servicios podría prestar un día la yuca, ese trigo de la América ecuatorial, á las poblaciones de la vieja Europa?

De la misma manera que el trigo, la yuca sirve para diversos usos. El veneno extraído por medio del tipiti, cocido y mezclado con pimienta, proporciona una especie de salsa ó condimento conocido en el Amazonas con el nombre de *tucupi*. Además, los indios hacen, cociendo las raíces de yuca, una bebida bastante agradable al paladar y muy usada en la América del Sur, cuya fabricacion es un completo cuadro de las costumbres indias. Esta bebida es la *chicha*, especie de aguardiente muy capital, con el cual se embriagan frecuentemente.

Las raíces de la yuca sirven igualmente para hacer el licor conocido en el Brasil con el nombre de *beiju*, y otras distintas bebidas dulces ó fermentadas, que varían según los países. Por lo demás, el cazabe se emplea bajo la forma de harina ó bajo la de pan.

En casi todo el Brasil se come la harina tal cual es. Si en Francia se emplease, sería de agradable uso, por lo menos para espesar ciertas sal-

sas; pero como pan no pasa de mediana. En el Amazonas se la sirve á los blancos en una taza, y á los negros en un capacho ó cestillo de paja, y amos y esclavos la toman en los dedos, seca ó mojada, sea en agua, sea en caldo. En Cayena, en las colonias, en el Perú, en Bolivia, en el Ecuador y entre muchas tribus indias de la América meridional, se hace con esta harina una especie de pan en forma de galleta, á que se da el nombre de *cazabe*.

Los pobladores de las orillas del gran rio fabrican dos especies de harina, que circulan en el comercio en serones de quince á treinta kilogramos. Una, la *farina secca* ó harina seca, no es otra cosa que la yuca seca al salir del tipiti. Con esta harina se hace tambien la tapioca, que es el glúten del cazabe. Para obtenerla, se lava la harina en agua, con lo cual, la fécula se precipita: se tira el agua con las partículas leñosas, se pone á secar la fécula, y queda hecha la tapioca. La harina de agua se tritura primero con agua en una vasija, y luego se pone á cocer hasta que se seca completamente, con lo cual se conserva mucho tiempo sin sufrir el menor deterioro. Esta harina sirve de pan en toda la extension del Brasil regada por el Amazonas, y con el pescado salado for-

ma el principal alimento de los negros y de los indios, que hacen de ella un consumo superior á toda exageracion.

Cada vez que un indio come ó bebe, y comen y beben como los patos, va al seron de la harina y llena hasta los bordes su ancha taza, de un tamaño casi igual al de las jícaras que usaban los frailes para tomar chocolate. Si come, á cada bocado de carne ó pescado que traga, hunde sus cinco dedos en la taza y lanza en su boca, desmesuradamente abierta, un puñado de harina; si quiere beber, se acerca á la orilla del rio con su taza llena de cazabe, y la expone á la corriente hasta que se llena de agua. La harina es arrastrada por la corriente; y cuando el indio se decide á retirar su taza, deslíe con los dedos el cazave que queda, bebe lo que puede sin descansar y tira al rio lo que sobra de aquel brebaje. Esto se llama hacer el *mingao*. Como el precio medio de la harina de yuca es de 40 reis, ó sean 12 céntimos de peseta el kilógramo próximamente, el mingao no es costoso; pero, aunque lo fuese, al indio le importaria poco: de todos modos, es necesario que el agua se lleve la mitad de la harina.

El que empieza á navegar por el Amazonas se rebela contra estas costumbres; un mes más tarde

se resigna á ellas, y al cabo de un año hace tambien el mingao, lava su harina como el indio, viendo cómo se la lleva el agua, y se bebe plácidamente este espeso brebaje, la más insignificante merienda que he visto en mi vida. ¡Qué quereis! El ejemplo es un tentador que, desde Adan hasta nosotros, arrastra y seduce á todo el mundo.

---

---

---

## CAPITULO XIII.

### La Guyana y las ganaderias.

Despues de visitar los campos de caña dulce, de maiz, de yuca y de arroz, vimos algunas vacas del país, pequeñas y gordas, que pastaban libremente en un prado de yerba de Guinea, que, bañada por las grandes mareas, permanecia constantemente verde. Pregunté á mi huésped por qué hallándose en Cavianna, donde hay extensas praderas, como en Marajó, no tenia algun ganado, el necesario al menos para su consumo.

—A pocas leguas de aquí, hácia el centro de la isla,—me respondió,—tengo una pequeña vacada de trescientas cabezas, que me dá más de lo que necesito para mi consumo, pues además de que podemos comer carne constantemente, todos los años vendo algunas cabezas de ganado. Despues

de la goma elástica, el ganado es el mejor comercio de esta comarca, y no comprendo cómo las Guyanas no están cubiertas de rebaños. Las praderas ó sábanas que á lo largo del mar se extienden desde el Amazonas al Orinoco, podrian alimentar ganado para el mundo entero; y es muy triste ver desiertas tan hermosas llanuras é incultas unas tierras tan fértiles, cuando en Europa la poblacion se apiña más cada dia, haciendo imposible la vida. Si Francia quisiera, ¡qué porvenir el de esta colonia!

—¡Bah!—exclamó Cárlos, que conocia la Guyana sólo por lo que habia leido y con todas las preocupaciones europeas, como tantos otros;—vuestra Guyana es un sepulcro, donde se muere y se morirá siempre con mucha facilidad. Yo no comprendo que pueda servir más que de cementerio. Se han hecho ensayos de todos géneros, de emigraciones, de cultivos, de ganaderías, y ha habido que abandonarlos por el mal éxito que han alcanzado.

—Contestais lo que contestan siempre los franceses cuando se les habla de la Guyana: «¡Se han hecho ensayos, y han tenido mal éxito!» ¡Y nadie examina por qué, cuándo y cómo! ¡Desventurada Guyana! ¡Si los deportados de Sinnamary expian

sus delitos en sus inhospitalarias playas, tambien se vengan cruelmente denigrando su clima y su suelo! ¿Acaso sin los cuidados de vuestra madre, sin la influencia natural y necesaria del tiempo, hubiérais llegado á ser el Carlos fuerte y enérgico que estamos viendo? ¿Pensais que la Holanda, ese pantano cultivado, ha estado en todo tiempo cubierto de campos, de jardines y de tulipanes? ¿Creeis que Europa ha contenido siempre el enjambre humano que hoy la puebla? ¿Os parece, por ventura, que una colonia brota y crece como una seta? ¡Qué locura! Decís que se han hecho ensayos de distintos géneros: es verdad; pero, ocupándonos solamente de los que tenian relacion con la cria de ganados, os contestaré que alcanzaron el éxito más completo. No hubo en manera alguna necesidad de abandonar las ganaderías, y si hoy no existen, se debe á que muchas y muy diversas causas las han arruinado. Vuestras revoluciones han venido á destruir las fortunas de los infelices criollos, y la imprevisión y las necesidades á cada momento más exigentes de una poblacion miserable, han aniquilado una fuente de riquezas de que ya no podian aprovecharse. Yo no los vitupero: cuando hay que buscar el modo de vivir, se prescinde de todo y

se vende hasta el techo paterno, si es necesario.

—Pues si la ganadería es tan ventajosa,—exclamó Cárlos,—¿cómo no os dedicais á ella?

—Porque me conviene más la explotacion de la goma elástica, que sin desembolsos y casi sin cuidados me dá de 25 á 30 pesetas diarias por cada jornalero; pero si me hallase establecido en la Guyana, sería ganadero.

—¿Por qué, pues, no lo son los criollos de Cayena? Alguna vez se vé llegar al Pará un buque cayenés pidiendo carne á los brasileños, que la conceden como una limosna y la venden á precios escesivos. ¿No sería más conveniente que venir á buscar reses, corriendo sin cesar del Orinoco al Amazonas, comprar ganado y establecer ganaderías?

—Así se hará más tarde ó más temprano, amigo mio. Yo conozco mucho la Guyana; he atravesado muchas veces sus sábanas, que se parecen á las nuestras; he vivido con los *fazenders*, como se llama aquí á los ganaderos, y aunque en pequeña escala, yo tambien lo soy. Creedme: la ganadería es uno de los comercios más lucrativos de estas comarcas. El cálculo es sencillísimo: de cien vacas que echeis á la dehesa, por lo menos sesenta paren al año; de estos sesenta terneros

veinte mueren antes de la edad de la reproducción, que es á los tres años, arrebatados por el tigre ó por las enfermedades; quince bastan para la renovación del rebaño, y quedan veinticinco para la venta anual. Aquí se calcula que un rebaño cuyos productos se acumulan, no consumiendo sino las reses inútiles ya para la reproducción, se ha doblado á los cuatro años, y durante este tiempo las pieles y la carne de las reses degolladas pagan los gastos de pastoreo y dan de 5 á 10 por 100 del capital de compra del rebaño. Todas estas cifras se aplican igualmente á la Guyana. En 1763 se introdujo en Cayena un rebaño de mil quinientas cabezas: ¿sabeis á cuánto se elevaba seis años despues? A siete mil cabezas. Del Arawari al Oyapock, territorio que nos pertenece sin ningun género de duda, hay más de ochenta leguas cuadradas de campos absolutamente desiertos; del Oyapock al Orinoco, toda la costa está cubierta, en una extension de dos leguas al interior, de sábanas interminables, que no contienen la centésima parte de las reses que pueden mantener. En el estado actual, una legua de sábana puede alimentar mil cabezas, y hay que tener en cuenta que la sábana, como todas las praderas, cuantas más reses sos-

tiene, más puede alimentar. La colonia francesa solamente podría sostener hoy cien mil reses de ganado mayor. Y sin embargo, la carne de vaca vale en Cayena dos francos veinte céntimos el kilogramo, y no se encuentra todos los días, en tanto que en el Brasil se vende, en la dehesa, en vivo, á doce céntimos el kilogramo, y en el Pará, á pesar de los derechos del gobierno y de las enormes ganancias de los ganaderos, á cuarenta y ocho céntimos el mismo peso.

—Creia, sin embargo,—dijo Cárlos,—que la costa nordeste de Marajó, y, sobre todo, la de Macapa, centro de las grandes ganaderías, estaban más cerca de Cayena que de Pará, en razon del viento y de las corrientes.

—Es verdad; pero ya conoceis el proverbio español: *el que tenga el cuidado, que ande el camino*; ó en otros términos, eso es negocio del gobierno francés y no mio.

—Pues entonces,—repuso Cárlos,—si en la Guayana no hay ganados, como los hay en Pará, nadie tiene la culpa sino los mismos criollos de Cayena, como la tiene igualmente si su colonia decae, en lugar de prosperar.

—¿Y con qué dinero habian de comprar los ganados? ¿Por qué medio habian de prosperar?

¿Creeis que una colonia puede engrandecerse á pesar de las revoluciones y de las explotaciones de todo género que se las hace sufrir? Lo que me sorprende es que aun exista. Es muy fácil predicar y decretar la abolicion de la esclavitud, á costa de los pobres criollos, arruinados con un rasgo de pluma, alegando sus pretendidas crueldades y las desgracias de los negros, para decir despues que han sido pagados porque se les ha arrojado una indemnizacion engañadora y miserable. En Europa, cuando el Estado se apodera de una tierra ó de una casa, paga su valor al propietario, teniendo siempre en cuenta la renta que produce, y si el propietario no se conforma con el precio que se le ofrece, hay un jurado que decide entre el Estado y él. ¿Se han tenido estas consideraciones con los propietarios de esclavos al decretar la emancipacion? Se me dirá que los negros no son casas: es verdad; pero considerado el asunto desde el punto de vista de la propiedad, ¿no están en el mismo caso? ¿Acaso los criollos no habian comprado sus negros, garantizados por las leyes de su patria? ¿Acaso su propiedad no era tan sagrada como otra cualquiera? Europa ha declarado abolida la esclavitud, en nombre de la humanidad y del cristianismo, y ha tenido

razon, porque la libertad humana es el primero y el más sagrado de los derechos; pero al hacerlo así, todos debieran imitar á nuestros vecinos de Inglaterra, emancipando á los esclavos con una mano y con la otra indemnizando largamente á los dueños. En vez de esto, se ha decretado bruscamente la abolicion de la esclavitud, dando á los criollos una indemnizacion ilusoria; es decir, se los ha arruinado brutalmente, sin piedad, sin remedio, y luego se les ha arrojado una limosna, como si fueran mendigos. ¡Y á esto se llama justicia!

—Todo eso es verdad,—exclamó Carlos;—pero, ¿por qué las demás colonias, como la Martinica, por ejemplo, se engrandecen y tienen vida propia, en tanto que la Guyana, á la cual se acaba de conceder la deportacion, permanece estacionaria, y pereceria por completo si el gobierno de la metrópoli le retirase su mano protectora?

—¡Oh!—exclamó Enrique,—no creais que no puedo contestar á eso, y completamente; pero mejor quiero deciros, como los españoles: «¿Quién sabe? ¿Quién sabe lo que sucederá?» En primer lugar, es preciso que la Guyana tenga brazos: con brazos todo se puede hacer en América. Pero ¿ha llegado la hora de nuestra colonia? Lo igno-

ro. Los pueblos son como los hombres: su hora pertenece á Dios. Pero estoy fastidiándoos, mis queridos huéspedes, con mis afectos coloniales: venid á ver mis canoas, pues tengo casi una flotilla, y luego volveremos á casa.

---

## CAPITULO XIV.

### La serpiente sucuriju.

Atravesamos un campo de ananas. Algunas salian de la tierra como alcachofas sin tallo; otras estaban ya más crecidas, aunque verdes todavía y cubiertas por su túnica de hojas, pues cuando la piña empieza á ponerse dorada, está ya madura y en disposicion de ser cortada.

Pasamos rápidamente ante el cercado donde estaban los cerdos y las gallinas, y allí nos detuvo don Enrique.

—Para haber vivido en el Perú y en la América del Norte,—me dijo,—haceis muy poco caso de estos animales.

—Es que estoy cansado de verlos, amigo mio, obstruyendo las calles de las ciudades y aldeas, y por esa razon no me cuido de mirar vuestros

cerdos, á pesar de que están magníficamente cebados. En las poblaciones de las repúblicas españolas no se puede transitar por las calles sin encontrarlos á docenas, echados en los baches, como una barricada viviente erizada de colmillos, y saludando á los transeuntes con un gruñido hostil y belicoso. En Nueva-York, á lo menos, aunque pasean libremente por las calles, Broadway les está prohibido, y á fuer de animales bien educados, jamás franquean este límite.

—En este corral,—dijo don Enrique,—he pasado el mayor miedo de toda mi vida. Han trascurrido cuatro años desde entonces, y no puedo menos de estremecerme al recordarlo. Tenia yo aquí encerrados animales de todas especies, y en una sola noche desapareció casi la tercera parte de ellos. Fuese quien fuese el ladron, de todo habia cogido: patos, gansos, gallinas, lechones; y era indudable que tal devastacion no habia sido obra del tigre, porque no habia huellas cerca del corral, que está cerrado por la empalizada ó por el rio, ni se podia atribuir el daño á los caimanes, porque no los hay aquí. Mis negros no sabian qué decir, y yo empezaba á sospechar que habrian tenido á costa mia un banquete nocturno. En fin, á la noche siguiente la brisa trajo hasta mi oido

un concierto espantoso, producido por los gritos de los animales que me quedaban. Me levanté, cogí un fusil, le cargué con municion menuda y salí decidido á castigar al culpable. El concierto continuaba, aunque más débil. Me aproximé sin hacer ruido, y á la claridad de la luna distinguí una enorme serpiente sucuriju, ocupada en tragarse un cerdo.

Era un animal espantoso: estaba tendido en medio del cercado, y su cuerpo parecia uno de esos macizos troncos verdesos que arrastran con frecuencia las aguas del Amazonas. Su asquerosa cabeza, un poco levantada, tenia medio tragado un cerdo, cuya mitad posterior colgaba fuera de sus espantosas mandíbulas. Los otros cerdos, refugiados en el rincon más lejano, locos de terror, empujaban la valla para huir, en tanto que las aves, que se habian encaramado en las ramas de los árboles, lanzaban gritos de espanto, que se mezclaban á los aullidos tristes y dolorosos de los perros.

No tuve tiempo de mirarle despacio: sea que me hubiese sentido, sea que al apoyarme en la empalizada hubiese hecho algun ruido, el mónstruo levantó la cabeza y empezó á balancearla de un lado á otro, aunque sin soltar el cerdo, con

ese movimiento de ferocidad bestial que habeis podido ver á los osos blancos del Jardin de Plantas. El resto de su cuerpo, que se sumergia en el rio á diez pasos de su cabeza, se estremeció é hizo agitar el agua sobre la orilla. Luego imprimió á su cuerpo gigantesco una ondulation, una sola, y sin dejar su presa se alargó hasta tocar la empalizada por el sitio donde yo estaba. Dominado por un miedo cerval, lo confieso, me hice rápidamente atrás, y por un instintivo movimiento de defensa, preparé mi fusil. Si llego á disparar, estoy perdido sin remedio. Por una casualidad providencial, mi fusil estaba desarmado, y al montarlo reflexioné que mis perdigones harian tanto efecto á aquel horrendo animal como si los disparase á la luna. Corrí á mi casa, cogí una escopeta de dos cañones cargada con balas y volví al corral. El mónstruo, libre de mi presencia, continuaba tranquilamente su comida, y apenas se veia ya el cerdo que estaba devorando. Me eché la escopeta á la cara y le envié sucesivamente mis dos balas. A través del humo ví su cabeza y toda la parte anterior de su cuerpo levantarse á una altura de doce ó quince piés, y caer luego con un ruido mate y sordo, como un árbol que se corta por el pié. Retrocedí para volver á cargar; pero

no se movía, y ví que de su cabeza brotaba un torrente de sangre. Esperé algunos instantes, inquieto todavía, con el arma preparada: en seguida llamé, y Juanillo, Isidoro y dos ó tres negros, despertados por mis disparos, acudieron corriendo. Entramos en el cercado, y Juanillo dió con el pié á la serpiente, que estaba muerta: mis balas la habian roto la cabeza. Hice sacar su cola del agua, y para medirla cómodamente quise sacarla del cercado y llevarla al campo, mas á pesar de ser cinco hombres, nos fué imposible moverla.

Eran entonces las diez de la noche próximamente, y resolví esperar el día siguiente para desollarla y guardar su piel. Al amanecer volví con toda mi gente; pero me encontré con que los cerdos, sin duda para vengarse á su manera del susto que durante la noche habian pasado, se habian comido cerca de la tercera parte. Sin embargo, se la pudo medir, y tenia treinta y dos piés de largo y dos piés de diámetro en la parte más gruesa del cuerpo. Es la mayor que he visto. Un día, en el Perú, uno de mis indios mató una que tenia treinta piés de longitud; pero era mucho más delgada. Juanillo me ha referido que hace algunos años, cerca de Cameta, en la orila

del rio Tocantins, se habia dado muerte á una serpiente que media cuarenta y siete piés de largo, con un diámetro igual al de una pipa de vino de diez arrobas.

—Es perfectamente exacto,—dijo Cárlos;—he leído el acta de su muerte, levantada y firmada por el cura, el gobernador y algunas personas notables de la poblacion: habia sido muerta como la vuestra, de un tiro en la cabeza, y se necesitaron once hombres para levantarla.

—Ya lo creo,—repuse;—me han prometido en Cameta enviarme á Francia una de las vértebras dorsales de esa serpiente, de la cual han hecho un taburete. Por mi parte, no he tenido la fortuna de ver ningun reptil que alcance semejantes dimensiones: el más grande que he encontrado en todo mi viaje es un boa que mide diez y siete piés y que tengo disecado á bordo. Ya sé que esto nada prueba, puesto que el boa es mucho más pequeño que el sucuriju, y en las cercanías de Santarem mis indios me hicieron notar en la orilla del Amazonas un camino abierto en la maleza y que revelaba el paso de una serpiente colosal.

—Bueno,—dijo Cárlos;—y sin embargo, al volver á Paris sereis de los primeros en burlaros de la famosa serpiente de mar del pobre *Constitu-*

*cional*; como si el océano y sus insondables profundidades no pudiesen encerrar mónstruos marinos cuya inmensidad sea inconcebible para vuestras pobres imaginaciones europeas.

—Sea lo que quiera,—replicó Enrique,—por lo que hace al que yo maté, todas mis gentes os confirmarán la perfecta exactitud de lo que acabo de relataros.

---

---

## CAPITULO XV.

### La choza del negro y el tambo del indio.

Continuamos nuestra marcha, y D. Enrique nos mostró á lo léjos, cerca de su casa, las chozas de los negros, separadas de los tambos de los indios por la extremidad del bosque de mangles bajo el cual habíamos dormido.

—Desde aquí,—nos dijo,—podeis apreciar el genio de las dos razas, pues la diferencia profunda que reina entre esos dos hijos del desierto está marcada hasta en sus habitaciones.

La choza del negro es pequeña, baja, estrecha, y está cerrada por todos lados: esclavo acostumbrado desde la infancia á encogerse, á vivir replegado sobre sí mismo, dominado por un amo, el negro se encierra y parece como que tiene miedo de todo, del aire, del sol, de la luz. Por el con-

trario, el tambo indio no tiene más que techo, es espacioso y está abierto á todos los vientos. Rey de la selva, libre y vagabundo, incapaz de someterse á un amo, sin otra ley que su capricho, sin otro objeto que las necesidades del dia, el indio vive al aire libre y á plena luz: es como la cebra de extraño pelage, feroz, inquieta, indomable. Nuestra raza blanca, ávida y atrevida, que domina el globo entero, ha sabido capturar al negro, plegándole á la esclavitud, y á pesar del grito de libertad que nuestra gran familia francesa ha hecho rodar por todos los ámbitos del mundo, el negro es todavía esclavo. ¡Pero el indio!... Le hemos arrebatado la mitad de su territorio; tarde ó temprano le arrebataremos el resto; ¡su libertad no se la quitaremos nunca! Hijo de la naturaleza, altivo y salvaje, cuando se le llama, huye al desierto; cuando se le sujeta, muere. Su raza desaparece; pero no se rinde. Es como esas plantas de los trópicos, que tienen espinas en vez de hojas, y que solo echan una flor, brillante, magnífica, espléndida, preciosa, pero inútil, sin virtud y sin perfumes, que no puede cogerse y que con solo un soplo se marchita. ¡Esa flor es su salvaje libertad!

—Es verdad,—le dije,—y el solo medio de ser-

virse de ellos es dejarles esa libertad. Pero ¿cómo habeis hecho para reunir tantos? Los indios no son aficionados á vivir á orillas del océano.

—Voy á explicároslo. Tengo algunos indios: sus amigos y sus parientes llegan, pasan aquí ocho dias, se emborrachan tanto como pueden, y parten tres ó cuatro juntos en una canoa para volver seis semanas ó seis meses despues, trayendo goma elástica, castañas, tortugas ó pescado seco. Cuando no traen el equivalente del cazabe que se han llevado, me enfado y no los recibo: ellos lo saben, y rara vez caen en falta. Tambien vienen algunos completamente salvajes, cuyo idioma ignoro y que no entienden el portugués: esos son los más fieles. Nos entendemos por señas, y el diálogo es muy corto. Llega una canoa trayendo hombres, mujeres y niños, todos desnudos; en sus pinturas conozco si son urucayanes, apamas ó pertenecientes á otras tribus de las que viven entre el Brasil y la Guyana. El más viejo salta en tierra, y me enseña silenciosamente un hacha, un cuchillo, un espejo, lo que quiere. Entonces le llevo al depósito de herramientas y mercancías; reúne lo que le place y lo lleva á su canoa; luego vuelve y mira á todos lados, siempre en silencio. Al fin vé la goma elástica, las habas

tonkinas ó las nueces tucas; separa una porcion análoga á la que trata de ofrecermé y me mira. Si rehusó, moviendo la cabeza, aumenta la porcion, y algunas, pero raras veces, torna á su canoa, me devuelve lo que ha tomado y parte. Cuando consiento, por medio de ese movimiento afirmativo que es igual en todos los pueblos, me indica la luna, si brilla en el horizonte, y si no, me indica el cielo volviendo la espalda al sol, y levanta un dedo, ó dos, ó diez; lo que en la lengua del desierto quiere decir: dentro de una, de dos ó de diez lunas, te traeré tus castañas, tu goma ó tus nueces.

Después de esto le doy un trozo de tabaco, carga su pipa y me mira. Luego va al hogar, coge un tizon encendido que lleva á su canoa, larga su vela y parte, sin pronunciar una palabra, sin hacer un solo gesto. Creeríase que sus compañeros no habían entendido absolutamente nada; y sin embargo, no hay uno que ignore lo que se ha convenido. En el plazo fijado, día por día, llega la misma canoa tripulada por los mismos hombres, y entre todos llevan á mi casa la cosecha prometida, sin engañarse en más ni en menos. El jefe muestra su pipa, para que le dé tabaco, y un vaso tan ancho como las copas de los héroes de Home-

ro; se llena la copa de aguardiente de caña, beben todos por turno, y al fin, el más viejo va al hogar á buscar un tizon para encender su pipa. Despues de esto, parten como han venido, para volver de la misma manera, segun su capricho ó sus necesidades. Así obran siempre; así obran todos; y en los veinte años que llevo tratando con indios salvajes, ni uno solo me ha faltado á la palabra empeñada. Sin embargo, no confieis nada á los indios civilizados, y todavía menos á los blancos, pues será muy posible que os engañen, guardándose vuestras mercancías ó vendiéndolas y gastando sus productos, de la misma manera que en Europa se encuentran á cada paso tramposos sin pudor que pasean por todas partes sus brillantes libreas y su insolente boato.

---

---

---

## CAPITULO XVI.

### **Las embarcaciones del Amazonas.**

Muy pronto vimos en un remanso natural ocho ó diez embarcaciones, baradas unas, y meciéndose otras en algunos piés de agua.

—Mirad,—nos dijo don Enrique:—aquí, representado por esos barquichuelos, está el Amazonas entero, con sus mil doscientas leguas de curso; regando con sus aguas ó con las de sus ciento cincuenta afluentes cinco repúblicas, tres colonias europeas y un imperio; trayendo hasta aquí, á los puertos de nuestra Guyana, sin gastos y sin peligros, los productos de todo un mundo: el oro del Ecuador y de Nueva Granada, el cobre y la plata del Perú, la quinina de Bolivia, los algodones y el café del Brasil y los cacaoes de Venezuela; y llevándose en cambio nuestros hierros, nuestras

telas, nuestros vinos y todos los productos de la industria europea.

Esta *uba* viene de las fuentes del Amazonas, cerca de Lima, casi á la vista del Pacífico: me ha traído oro, coca, vainilla y sombreros de Guayaquil, y voy á enviarla cargada de vinos y fusiles de Francia, que han pagado un 50 por 100 de derechos á las aduanas brasileñas. Esta otra llega de los orígenes del Napo, cerca de Quito: traía café y veinte onzas de oro en polvo, y he dado por ella pescado seco, harina de yuca y aceite de andiroba. Esta tercera, medio rota é inútil ya para la navegacion, ha sido construida en Bolivia, cerca del lago Titicaca, á cuatrocientas leguas de la otra, y en ella me ha traído Rafael un cargamento de pieles de llama y alpaca, haciendo un viaje de mil quinientas leguas por el Ucayali y el Amazonas. Esta *egaritea* se construyó en Venezuela, á orillas del Orinoco, á setecientas leguas de la uba y ha venido por el Casiquiare y el rio Negro, trayendo hamacas y cuerdas de piasaba. Esa otra que veis medio rota viene de Bolivia: llevó un cargamento de sal y tejidos, ha remontado el Madeira y el Beni hasta las pampas de Santa Rosa, en pleno Bolivia, en el centro de América, donde se vende un caballo por diez francos, y ha vuelto

por el mismo camino trayendo doblones españoles, quinina y tabaco: pronto partirá para el otro extremo del Brasil, para Mato-Grosso, siguiendo el Madeira y el Guaporé hasta el pié de las montañas donde nacen los afluentes del Plata, á ochocientas leguas de aquí. Esta *coberta* ha venido por el Tocantins desde Sertao, en el centro del Brasil, y la he comprado con su cargamento de pieles por setenta arrobas de goma elástica, que hace un año valia á 7 francos el kilogramo, y de la cual, en aquella época, recogia yo más de doscientos kilogramos al dia.

La *vigilinga* se ha construido en las orillas del Jary, en el territorio de nuestra Guyana, pues el curso superior del Jary, que es el gran centro productor de la goma elástica, atraviesa las comarcas que el Brasil nos disputa. El Amazonas, pues, trae hasta aquí, es decir, á quince horas de Cayena y á veinte dias de esa Francia que tanto olvida este rio, todos los productos de este vasto continente, de este mundo que se llama la América del Sur. Pero me extravió; pues, como ha dicho un espiritual habitante de la Guyana, tanto pienso en el pasado y el porvenir de estas hermosas comarcas que pudiera creerse que por mis venas, en vez de sangre, circula el agua del Amazonas.

Ahora volvamos á casa ó refugiémonos bajo los mangles, pues el sol de las diez es el más ardiente...

—Mi querido huésped,—repliqué,—el sol no nos asusta. Vuestras embarcaciones son una verdadera fantasía de viajero: dejad que las veamos des-pacio.

—Por mi parte,—dijo Carlos,—voy á visitarlas una por una.

La *vigilinga* de don Enrique, como la que yo montaba, cargaba ocho ó diez toneladas, tenia tres palos y arbolaba cuatro velas teñidas de rojo, segun la costumbre de los marineros del bajo Amazonas. A popa tenia dos anclas y cuatro grandes remos de pala ancha y redonda, muy útiles en las calmas y en los lugares donde no se pueden emplear las velas. Todos los cordajes eran de piasaba, esa cabellera rojiza de las palmeras del rio Negro, impenetrable al agua, elástica y resistente hasta tal punto que vanamente se buscarian para los buques cables más fuertes y de más duracion. Bajo el puente estaban colocadas grandes masas de goma elástica, dispuestas para ser trasportadas al Pará, que es el gran centro de este comercio.

Al lado de la *vigilinga* mecian las aguas el

flotante edificio de una *coberta*, parecida á los juncos chinos y cuyo porte era de veinte toneladas. Su puente, calafateado y colocado á flor de agua, sostiene una vasta cámara, aireada por cuatro ventanas abiertas hácia popa, donde vive el patron con sus negros, sus indios ó sus hijos. El centro y la proa están ocupados por una cabidad abovedada que contiene las mercancías, sobre la cual hay una plataforma donde va la tripulacion. Dos palos, uno de los cuales sostiene una vela inmensa, casi cuadrangular, la permiten aprovecharse de los vientos regulares del Amazonas, en tanto que sus diez grandes remos, que manejan los indios desde lo alto de su plataforma, hacen más rápida su marcha ó la impulsan contra las mareas y las corrientes. Sin embargo, la especial construccion de la *coberta*, que se eleva unos quince piés sobre el nivel del agua, hace que este buque sea muy peligroso en pleno rio, donde los golpes de viento son tan fuertes y repentinos, y no navega segura sino en el dédalo de estrechas canales de que está sembrado el inmenso delta de las bocas del Amazonas.

Dos *egarités* ó canoas de rio, cubiertas todavía con sus toldos de hojas, colocados como el de una galera, estaban amarradas á la *coberta*. En esta

embarcacion, el patron permanece á popa, bajo el toldo más elevado. Detrás de él, fuera del toldo, de pié en la extremidad de la popa ó colocado sobre aquella techumbre, el piloto gobierna la canoa. El resto de la embarcacion hasta la proa tiene un toldo de mimbres cubierto de hojas, que no dá sombra más que al centro del *egarité*, dejando á cada lado descubierto, á lo largo de las bordas, un espacio de un pié próximamente de anchura. Allí se sientan los indios, ocupando las extremidades de los bancos que van de una á otra banda de la canoa, y desde aquel sitio, sin esfuerzos, con movimientos acompasados y precisos, como los de un mancebo de botica que machaca en un mortero, hunden en el rio sus pagayas de ancha pala, que toman el agua casi bajo la misma canoa. Esta extraña manera de remar permite pasar por canales estrechísimos, invadidos por la vigorosa vegetacion ecuatorial.

Al lado de los *egarités*, una *jangada* de Pernambuco secaba al sol su gran vela blanca y triangular. Al ver aquella armazon de troncos de árboles sujetos con lianas, con su cabaña de paja, sus grandes remos, su flexible palo y su ancla de piedra, ¿quién creeria que un tan débil esquife podia surcar el mar á cuarenta leguas de la costa,

desafiando los arrecifes, los golpes de mar y las rachas de viento, sin zozobrar jamás y sin rendirse ante los tremendos huracanes que barren la costa septentrional del Brasil?

Amarradas á la jangada, cuatro ubas, de cuarenta piés de longitud y tres de anchura, se mecían blandamente á impulsos del débil oleaje. De muy poco calado y fuertes como el hierro, estas largas piraguas indias son muy útiles para franquear las rápidas ó deslizarse sobre los bancos de arena; pero no pueden navegar á la vela, ni resistir el violento y brusco oleaje del Amazonas, que á cada momento las llena de agua.

Anclado en medio de la ensenada, el falucho de don Enrique eclipsaba á todas las demás embarcaciones, lo mismo que en un puerto, en torno de un navío, la canoa del comandante eclipsa á las chalupas y los botes pegados al costado del enorme buque. Aún me parece verle, sobre todo, tal como la ví por última vez, cuando don Enrique se separó de nosotros; aún veo la *Juana*, que tal era su nombre, tomando el viento con sus grandes velas rojas, con Isidoro á la caña y su dueño de pié, apoyado contra uno de los mástiles y sin separar de nosotros su mirada profunda y melancólica.

---

---

## CAPITULO XVII.

### Juana.

Nos alejamos de las embarcaciones, dirigiéndonos hácia los mangles, y dejando á Carlos á la orilla del agua. A diez pasos de la ribera ví entre la yerba algunos troncos de árbol enlazados por lianas.

—Si estuviera en el Perú,—dije á Enrique,—habria tomado estos troncos por una balsa del Huallaga. Pero, ¿qué haría aquí esa pobre alma-día de las cordilleras?

—Es una balsa, en efecto,—respondió,—y en ella he venido desde Chasuta hasta aquí. La conservo como un dulce recuerdo, porque sobre una balsa ví por primera vez á la hermana de Carmen, Juana, á quien tanto he amado, á quien tanto he llorado; que solo Carmen ha podido hacer que la

olvide, recordándomela incesantemente. ¡Oh! Juana, Juana mía! ¡Don Emilio, si hubiérais conocido á Juana!... ¡Si supiérais la dulce vida que juntos pasamos durante dos años!...

Volví á encontrarla en Lima en un baile, sonriente y graciosa, con su *manta* sobre el rostro. Hija de un francés y de una española, tenia los magníficos ojos y las pequeñas manos de su madre, con toda la embriagadora hermosura de una criolla francesa. Al verla, no sé lo que sentí; pero Lima está lleno de distracciones y no tardé en olvidarla.

Dos meses despues, atravesando á caballo las calles de Caxamarca, esa tumba de los Incas, volví á encontrarla, siguiendo el mismo camino. Se habia quedado huérfana algunas semanas antes, y acompañada de dos ó tres esclavos, que constituian toda su pobre herencia, iba á reunirse con una hermana de su madre, retirada en Tarapoto. Ya conoceis la libertad de las costumbres peruanas: yo me dirigía á Moyobamba, la reina del Perú, y teníamos que caminar juntos por espacio de un mes. Juana era hermosa, y estaba triste y abandonada; yo era jóven, apasionado y rico... ¿qué habia de suceder?

Al cabo de quince dias de aquella vida solita-

ria, nos amábamos con verdadera pasión, y para que pudiese amarme sin remordimientos, un viejo misionero olvidado en la montaña, que encontramos en el camino, nos unió ante el Dios de nuestros padres y me la dió. ¡Oh, dulces recuerdos! ¡no me abandoneis jamás! Emilio, cuando la edad haya agotado vuestras fuerzas y marchitado vuestras ilusiones, los recuerdos, esa sombra del pasado, serán para vos la vida entera. Yo era rico, lo bastante para no cuidarme de nada, y por otra parte, la vida es muy dulce en las montañas del Perú. Juana vino á serlo todo para mí: patria, familia, pasado, fortuna, pasiones; todo mi sér, toda mi existencia se habia resumido en aquel amor, y hoy no daría por mi vida entera el dulce y melancólico recuerdo que de él me queda. ¡Con qué rapidez pasaba el tiempo para nosotros! Con frecuencia leía conmigo nuestros poetas, ó las sublimes concepciones de Shakespeare ó el Dante, y cuando el libro de Francesca se nos caía de las manos, nadie iba á interrumpir nuestra felicidad. Otras veces, cansados de reposo, porque el reposo tambien fatiga, nos íbamos de caza por las pampas, vagando á caballo por aquellas verdes llanuras durante semanas enteras. Aunque nos acompañaban algunos indios que llevaban vive-

res en abundancia, vivíamos generalmente de caza y frutos silvestres. Por la noche, nuestras gentes nos tendían la hamaca en el bosque, bajo un verde tambo, al borde de un torrente, y allí dormíamos, acariciados por esa templada brisa de las cordilleras, impregnada de perfumes. Otras veces, en fin, sobre una balsa de veinte troncos, ancha como un salón antiguo, y con su toldo de verdes hojas, bajábamos por el Mayo ó el Huallaga hasta la pesquería más próxima: Juana, con sus manos de hada, echaba al agua el *barbasco*, ese sutil veneno que embriaga al pez sin matarle, y luego venía conmigo á coger con su mano los salmones aletargados. Llegada la noche, remontábamos lentamente el río, y acompañada por el dulce murmullo de las aguas, Juana cantaba estos hermosos versos de Lamartine.

¡O lac! l'année a peine...

¡Triste presagio! ¡La desgracia tarda poco en caer sobre las grandes felicidades! Juana murió, y murió llevando á la tierra el hijo que ambos esperábamos.

Palideció don Enrique, y sentí que su brazo temblaba bajo el mío.

—¡Oh! ¿Por qué no me quité la vida cuando

perdí al sér á quien tanto amaba? No puedo decirlo,—continuó.—Dos dias, dos larguísimos dias permanecí á su lado, sin llorar, sin dormir, sumergido en una especie de idiotismo. Me acuerdo de aquel momento y de aquellos dias, como si hubiera sido hoy. En fin, al tercer dia mis manos no bastaban para quitar las hormigas que acudían de todas partes, y que empezaban á cubrir aquella cabeza adorada. ¡Es tan ardiente el calor bajo el cielo tropical! Yo la amortajé y la enterré; yo solo, sin admitir la ayuda de nadie. ¡Oh, amigo mio! ¡libreos Dios de oír el ruido que hace la tierra cayendo sobre el cadáver de un sér querido!

Cuando todo estuvo acabado, me levanté feroz, loco de dolor y desesperacion. Ví á mi lado á Isidoro, que lloraba, apoyado en su pagaya, y le llamé. Es hermano de leche de Juana, y á veces brilla en sus ojos el mismo fuego que brillaba en los de mi adorada. Le mandé prepararlo todo para partir: las ideas de los indios influían en mi ánimo, y queria hacer lo que ellos cuando la embriaguez ó el dolor los enloquece: afrontar las cóleras del rio. La canoa estuvo dispuesta muy pronto, y partimos. Era casi de noche. Diez tremendos golpes de pagaya bastaron para lanzar mi uba en medio del torrente... ¿Habeis pasado los pon-

gos del Huallaga, esos terribles torbellinos?...

—Sí; pero cerca de la orilla y en la época de la baja.

—Pues nosotros los pasamos por el centro de la corriente, en plena crecida y de noche. ¿De qué manera? No lo sé: nadie hasta entonces lo habia hecho sin morir; pero hay momentos terribles en que la muerte rechaza al hombre. Remamos hasta perder las fuerzas; yo loco de dolor y de cólera y alentando siniestras esperanzas; Isidoro respetando mi insensato capricho, aceptando la muerte, pero luchando contra ella en silencio. Nuestros esfuerzos nos salvaron: íbamos arastrados por las olas desencadenadas, volando por los revueltos torbellinos, y á las pálidas claridades de la luna veíamos huir los árboles, las montañas y las rocas, tan rápidamente como los muertos de Lenor. Pasamos así toda la noche, y al amanecer, rendido de fatiga, me quedé dormido en la playa.

Isidoro me ha dicho despues que los cabellos blancos que veis en mi cabeza me salieron durante aquella noche.

En tanto que yo dormia, mi pobre indio, atento siempre á todo, me habia preparado la comida. Almorzamos sin decir una palabra y volvimos á

embarcarnos. Seguimos la corriente del Huallaga, alcancé el Amazonas, y casi sin descansar llegué hasta la desembocadura del Ucayali. Generalmente se emplean ocho dias en hacer ese trayecto; yo no tardé más que tres. Allí me detuve: mis fuerzas se habian agotado y ya no podia más. Isidoro me construyó un tambo en la isla que está en frente del Ucayali y allí permanecí muchas horas sin saber nada, sin comprender nada, devorado por la fiebre, moribundo. Felizmente las enfermedades, aun las mortales, son rápidas en América: al cabo de ocho dias me levanté restablecido, pero triste para siempre: Juana me habia hecho olvidar todo, y yo no podia olvidar á Juana.

Empecé á remontar el Ucayali con Isidoro, y me aventuré en su compañía por las silenciosas soledades de aquella *Madre de los rios*, como le llaman los peruanos. Así fuí hasta más arriba de Sarayacu. Algunas veces encontrábamos indios *campas* y *mayorunas*, que nos veian pasar sin que nuestra presencia pareciese inquietarlos: durante el dia cazábamos y pescábamos, y por la noche dormíamos en la playa.

De dia en dia, segun remontábamos el rio, eran más numerosos los indios que encontrába-

mos, y su silencioso paso bastaba para turbar mi soledad. Casi enfrente del Pachitea tomé por uno de los brazos del Ucayali y me lancé á través de los lagos y las pampas que se extienden por los confines del Brasil y de Bolivia, la comarca más desierta de la América del Sur. En aquella solitaria correría fué donde aprendí la verdadera existencia del desierto, y hoy la conozco tan bien como los mismos indios. ¡Cuántas escenas de la vida salvaje ví desarrollarse ante mis ojos durante aquellos días y aquellas noches de lúgubre tristeza!

Después de diez meses de vida errante, empecé á dominarme el deseo de volver á ver la tumba de Juana. Bajé por el Jurua, que forma uno de los desagües del Ucayali y llegué al Amazonas. Hacía ya mucho tiempo que nuestros vestidos no eran más que miserables harapos, y fuí á proveerme de otros á Tabatinga, en casa de un francés establecido allí hace veinticinco años. Experimenté un placer inexplicable oyendo hablar el idioma de nuestra patria: creía encontrarme en Francia, y me parecía que la muerte de Juana y los tristes meses que acababa de pasar huían de mí como un mal sueño. ¡Ay! ¡por tristes que sean los sueños, los sobrepujan las tristezas de este

mundo! Volví á Chasuta, donde reposa Juana. La crecida del Huallaga habia sido extraordinaria aquel año y sus olas rodaban sobre la tumba de mi amada. Pasaba el tiempo viendo bajar lentamente las aguas, como si el rio, volviendo á su cauce, hubiera debido devolverme mi amor. Al fin bajó, y entonces hice venir de Moyobamba una parte de mis gentes, que habian quedado acompañando á la tía de Juana.

Sabiendo mi regreso, la buena señora fué á verme, llevando en su compañía á Cármen, una hermana de mi pobre difunta, que poco tiempo antes habia llegado de Lima. Palabras, súplicas, lágrimas, todo lo ensayaron para hacerme volver á Moyobamba; pero rehusé obstinadamente. Jamás he podido ver sin llorar los sitios en que he sido feliz, y el llanto me hace sufrir de una manera horrible.

Hice construir una choza sobre la misma tumba de Juana, y esperiménté una voluptuosidad salvaje en vivir y dormir en el mismo sitio donde sus cenizas reposaban. Allí permanecí tres años, cazando, pescando, leyendo, escribiendo mi vida y mis recuerdos. A veces, cuando el sufrimiento se me hacia demasiado insoportable, entraba en una piragua y remontaba el rio hasta más arriba

de Chasuta, donde las corrientes son rápidas y peligrosas, aunque no mortales, como las de los pongos, y en este peligro encontraba una felicidad indecible.

Doña Arévalo y Cármen llegaron á tener noticia de mis locas correrías por el río; fueron á Chasuta y se instalaron en mi casa. Yo las dejé hacer. Algunos meses despues, la buena señora murió de vejez. Entonces, ¿qué habia de suceder? Cármen estaba sola: era jóven, hermosa y el vivo retrato de Juana: me amaba, y acabé por amarla. Un dia partimos juntos, pues no podia vivir con ella donde reposaba su hermana. Al fin nos establecimos aquí, y ya veis nuestra existencia: yo la amo; es la madre de mis hijos, es la hermana de Juana, ¡pero no es Juana!...

Enrique calló, y durante algunos minutos nos paseamos en silencio; Cárlos vino á reunirse con nosotros bajo los mangies, donde nos hallábamos, y poco despues nos dejó don Enrique para dar algunas órdenes á sus gentes. Durante su ausencia referí á Cárlos en pocas palabras la triste historia de nuestro huésped.

—¡Pobre Enrique!—exclamó;—¡y yo le hacia feliz! ¡Bah! ¡La felicidad no existe en la tierra! ¡en el fruto de mejor aspecto se encuentran siem-

pre gusanos! Ese recuerdo le atormenta; su corazón le mata. Sigo en mis trece: no hay nadie tan feliz como el indio: sus recuerdos de la víspera desaparecen, borrados por las necesidades de día, y vive sin pasado y sin porvenir. Enrique tiene la vida del indio; pero conserva el alma del europeo. Si por casualidad hubiera pensado cambiar mi libertad por una cadena cualquiera, por dulce y ligera que fuese, su historia me detendría: en el desierto es preciso vivir sin lazos de ninguna especie.

—No, Carlos, no; en esta vida, el corazón queda demasiado vacío, y por más que en el mundo sea la suerte común el sufrimiento, vale más sufrir que entregar el corazón á ese reposo, á esa especie de marasmo que es casi la negación de la vida. Enrique lo ha dicho: cuando la juventud ha pasado y ya no tenemos amor, nos queda su recuerdo.

—¡Vaya un recuerdo agradable!—replicó Carlos, lanzando una carcajada de burla.—Amargas tristezas ó desesperación infinita: creedme, compadre, y puesto que aún sois joven, aprovechaos de mis consejos: los hombres más felices son los que viven al día, ahogando su corazón en el placer de los sentidos, y olvidados de ellos mismos y del mundo entero.

—¡No, y mil veces no! ¡La muerte es preferible á esa vida! ¡Tal vez la muerte no es más que un sueño; pero vuestra existencia sensual es menos que la nada!

---

---

## CAPITULO XVIII.

### En marchá.

Aun estábamos hablando cuando vino á interrumpirnos el ruido de la prororoca. Imaginaos las tres primeras sílabas de esta palabra *prororoca*, tronando hasta el infinito con el crescendo de un concierto moderno, y perdiéndose luego poco á poco en la soledad del desierto, y tendreis una idea del tremendo rugido de la prororoca. Dicen que la marea se oye á lo largo del Amazonas hasta una distancia de diez leguas: no puedo asegurarlo: jamás la he oido á tal distancia, y solamente sé que en el momento en que pasa la ola es imposible hablarse ni aun al oido: es un ruido igual al de la catarata del Niágara, pero más atronador y más ronco.

Despues de la primera ola, que es la mayor y

más violenta de las tres que se suceden con cinco minutos de intervalo, Enrique vino á reunirse con nosotros. Su rostro conservaba aún la palidez producida por el recuerdo de Juana, y le estreché silenciosamente la mano. La segunda oleada de la barra pasaba entonces, lamiendo nuestra isla y arrojando ante sí un verdadero huracan de espuma. Sentí que la mano de Enrique estrechaba con fuerza la mía y ví que sus ojos resplandecían. Así que el ruido se extinguió devorado por la distancia, inclinóse hácia mí sin abandonar mi mano, y me dijo:

—Don Emilio, ¿quereis venir á ver la prororoca?

—Sí por cierto.

—Tened en cuenta que hablo de verla por completo, es decir, fuera del rio, sobre el Oceano y afrontándola, si es necesario. ¿De qué manera? No lo sé; pero quiero verla: me parece que viéndola volveré á ver el Huallaga y mi adorada Juana.

—Partamos,—repuse.

Nuestro huésped se volvio hácia Carlos.

—¿Teneis nervios, señor Carlos?—le preguntó.

—Debí nacer con ellos; pero, como dicen los criollos, dejé un poquito en las Indias, otro poquito en Java, y poquito á poquito fui perdiéndolos todos. ¿Y vosotros?

—Nosotros llegamos de Paris por el Niágara y las cordilleras: ya veis que no puede quedarnos ni aun ese poquito que dicen los criollos; pero, en cambio, se nos ha aumentado la curiosidad de una manera excesiva. ¿Quereis venir á ver la gran marea de pasado mañana, sobre la punta de Cavianna, á orillas del mar?

—Está dicho,—contestó Cárlos;—¿cuando marchamos?

—Ahora mismo; primero almorzaremos, nuestras gentes en tanto harán los preparativos necesarios, y en vez de dormir la siesta en nuestra hamaca la dormiremos en las canoas, á fin de aprovechar la subida de la marea. Hasta pasado mañana no nos sobra tiempo, pues tenemos que atravesar la isla entera, á fin de llegar á la punta Nordeste, que es el lugar más conveniente para ver la marea. La barra se levanta á lo ancho de Maraca por encima del cabo Norte, y lamiendo la costa, viene á morir en la gran boca para tomar su camino á lo largo de nuestra isla y chocar con toda su fuerza sobre los bancos de Braganza.

Enrique ordenó á Isidoro que hiciese preparar una uba, dos canoas y todos los útiles necesarios para cazar y pescar durante la travesía. Almorzamos rápidamente, y se convino que Isidoro

y Lino quedarían en la granja para custodiar mi buque, y que nos acompañarían cinco de los criados de Enrique, tres de mis marineros, con el viejo John, el criado de Carlos y un indio salvaje. Enrique dijo á doña Cármen que íbamos á visitar un *seringal* situado en la parte opuesta de la isla, y que, segun todas las probabilidades, estaríamos fuera algunos dias. La dama nos creyó sin dificultad en el primer momento; pero sin duda luego la asaltó alguna sospecha, porque exclamó de pronto:

—Señores, señores, *hablais en francés* y veo en vuestros semblantes una seriedad que me asusta. Os lo suplico; no vayais á buscar querrela á vuestros perversos compatriotas. Me parece que los tres os habeis conjurado para engañarme.

—Señora,—dijo Carlos;—os juro por mi honor que nuestro solo objeto es contemplar la naturaleza y bañarnos: esto es todo.

Carlos habia nacido sin duda para disfrazar la verdad como un abogado.

Doña Cármen movió la cabeza con espresion de duda. Y es que seguramente el corazon de la mujer tiene una especie de presciencia nacida del amor, que le hace adivinar los dolores ó los peligros de las personas á quienes aman.

Nuestros hombres estaban dispuestos; pero ninguno sabia á dónde íbamos. John y los negros se habian embarcado en las dos canoas, y nosotros con los indios ocupábamos la uba. Tres de estos se habian pintado para el viaje, y llevaban las mejillas teñidas de encarnado, como una elegante de nuestros dias cuando sale del tocador; la barba y el pecho estaban guarnecidos de listas rojas circulares, y por todo traje llevaban sus pantalones remendados, pues los indios consideran el remiendo como un adorno, y á algunos he visto coser gravemente un pedazo de tela á un vestido nuevo. En cambio, son limpios en extremo; se bañan dos veces por lo menos todos los dias, y aunque van medio desnudos, jamás se los vé súcios.

Una de las canoas llevaba los viveres y en la otra iban nuestras hamacas, algunas cuerdas, redes de pescar y municiones.

Nuestra uba no tenia toldo; pero eso no importaba, porque, á escepcion de algunos lagos que teníamos que atravesar, debíamos viajar casi constantemente por riachuelos llenos de sombra. Por otra parte, don Enrique y yo, acostumbrados al ardiente sol de los trópicos y bronceados como los indios, no abrigábamos temor alguno por

nuestro cútis, y en cuanto á Cárlos, aunque ciudadano de la gran Belen, tenia una completa indiferencia por el color de su piel. Nuestras carabinas estaban colocadas á lo largo de los costados de la uba, é iban cargadas con municion zorrera en un cañon y con bala en otro: además, llevábamnos en el cinto nuestros cuchillos de monte. Dirigimos un saludo á doña Cármen, que permanecia en la playa, no del todo tranquila, y á una señal de don Enrique nuestras ligeras navecillas se pusieron en movimiento.

Recostados en el fondo de la uba, sobre un fresco lecho de hojas, encendimos los cigarros y poco á poco fué dominándonos el sueño.

Era esa hora en que todos los que viven de las jugadas de bolsa se dirigen en las ciudades europeas hácia ese templo comun de Pluto y de Mercurio; jugadores enloquecidos por la idea del interés, Argonautas sin Medea, que un dia y otro mienten é inventan noticias, y continuamente se arrancan las plumas unos á otros, siempre engañando, siempre soñando en el vellocino de oro. La necesidad del europeo es el movimiento; pero bajo el ecuador la siesta es la mayor felicidad que puede concebirse. Para el americano del Sur ó el europeo que visita estas comarcas, nada vale

tanto como ese dulce sueño de la hamaca ó de la canoa, que cae como un velo sobre los párpados, y á través del cual se adivina sin ver, se percibe sin oír, y se siente á la vez vivir y dormir. Si hay quien no comprende esta felicidad, que lea los versos del cantor de *Namouna* y verá que siempre los orientales han sido aficionados á dormir y soñar.

De pronto nos despertó el estampido de un tiro: era que uno de los indios habia tirado á un paca que atravesaba el rio. A pesar de estar herido, el animal nadaba vigorosamente, sumergiéndose por intervalos y marcando un rastro con su sangre en las amarillentas aguas.

Un disparo de Carlos le remató.

—Preciso es ser un mero cazador de aficion,— dijo Enrique,—para tirar á un paca herido en el agua: ya se va á fondo y se perderá.

Pero ya Rafael se habia arrojado al rio y no tardó en coger la caza. Llevóla á la canoa de los negros, y en seguida continuamos nuestra marcha. Algunos minutos despues oimos detrás de nosotros un grito de dolor: era Benito, el criado de Carlos, que casi llorando nos enseñó una de sus manos completamente ensangrentada.

—Patron, el paca acaba de morder á Benito,— dijo Juanillo.

—¿Cómo ha sido eso?

—Creía que estaba muerto é iba á desollarlo para la comida, respondió Benito,—ya le tenía el cuchillo en el cuello cuando me ha cogido el dedo entre los dientes y me ha mordido.

Los indios se reían silenciosamente, pero con ese desprecio desdeñoso que tienen los hijos del desierto para los dolores que se revelan con lágrimas y quejas. Reconocimos el dedo de Benito, que sangraba bastante, pues el diente del paca es tan afilado como una aguja. Por orden de don Enrique, uno de los indios sacó de su morral un frasco lleno de sasafrás, del cual vertió algunas gotas en la herida del mulato. Esta esencia, límpida y amarillenta, con un fuerte olor de trementina, es un poderoso astringente muy usado por los indios del río Negro.

Hacia algún tiempo que la marea nos había abandonado y no avanzábamos sino á fuerza de remos. En ambas orillas del río se alzaban seringas y murutis, cuyos troncos brotaban de un suelo completamente empapado. Numerosas lianas de nudoso tallo se enroscaban en torno á ellos, perdiéndose entre las frondas y dividiéndose en numerosas ramas, que corrían en todos sentidos, enlazando los árboles, confundiéndose con ellos,

ó replegándose sobre sí mismas para formar una red inestricable. Otras lianas parásitas, nacidas en las mismas ramas, bajaban desde lo alto de las palmeras hasta la superficie del agua, asemejándose unas á verdaderas cuerdas, y formando otras preciosas guirnaldas de hojas y flores de colores vivos, cuyos restos alfombraban las orillas del río.

Numerosas y variadas aves poblaban las verdes espesuras. Unas veces, por cansancio ó por pereza, las dejábamos pasar sin levantarnos; otras, por capricho, por el solo placer de tirar ó por esos instintos feroces que duermen en el corazón del hombre, disparábamos contra alguna de ellas. Los negros iban á buscarla, la llevaban á su barca y la preparaban convenientemente, no desplumando más que el cuerpo y tirando desdinosamente los miembros; un rastro de despojos y de plumas arrancadas quedaba en el río detrás de nosotros y revelaba al desierto el paso del europeo insaciable y destructor.

La noche llegó rápidamente, y entonces enviábamos delante una de las canoas para buscar en la orilla un terreno seco y á propósito para establecer el campamento.

El criado de Carlos cogió nuestros fusiles para

guardarlos en las fundas, pues en aquellas comarcas, donde reina una humedad perpétua, una noche de descuido enmohece un arma más que años enteros en nuestros climas. Conservábamlos, sin embargo, al alcance de la mano las pistolas y los cuchillos, y de nuevo nos tendimos sobre nuestros lechos. Dos ó tres horas pasaron así: hambrientos á impacientes, mirábamlos sin cesar á lo largo del rio, en tanto que Cárlos sacaba á cada momento su reloj, consultándolo á la luz de su cigarro, y nos decia las horas en medio de juramentos marinos que revelaban los deseos de su estómago.

Eran ya más de las nueve.

La noche estaba oscura y silenciosa; solo el ruido de las pagayas, golpeando el agua con movimientos acompasados, y las enérgicas quejas de Cárlos turbaban el solemne silencio del desierto. Al fin Rafael nos advirtió que se acercaba una canoa, y en efecto, poco despues la de nuestros negros se habia reunido á nosotros.

—Patron,—dijo Juanillo,—hemos ido muy lejos sin encontrar terreno seco. Pero la marea no llega á este sitio; la tierra bajo los árboles no está muy mojada y podemos encender fuego, pues en el camino hemos recogido leña y tenemos casi llena la canoa.

—Señores,—dijo Enrique,—¿qué os parece?

—Los remeros están fatigados,—le contesté,—  
Cárlos se muere de hambre: desembarquemos,  
pues, colgaremos las hamacas de los árboles, y  
nuestros hombres dormirán en las canoas.

—Sí, sí,—exclamó Cárlos;—cenemos primero  
y luego pensaremos en lo demás. No perdamos  
tiempo: atraca, Rafael.

---

---

---

## CAPITULO XIX.

### Una caza de jabalíes.

Acercóse la uba á la playa y saltamos á tierra. En el mismo instante oimos ante nosotros un monstruoso concierto de gruñidos, y luego un ruido de pasos precipitados, como el que produce un rebaño que emprende la fuga, mezclado con el crugido de ramas rotas, que decreció rápidamente, pasando como una tromba, y se desvaneció muy pronto en el silencio de la noche.

—Bueno,—dijo Cárlos;—si el ruido no me engaña, tenemos delante una gran manada de jabalíes: buena caza se nos presenta para mañana.

—Amigo Cárlos,—repuso Enrique,—no vendais la piel del oso antes de matarlo: los jabalíes han huido y deben estar ya muy lejos: no se oye el menor ruido.

—Basta: mañana os despertaré antes de amanecer, y ya vereis qué buena caza tenemos; ahora cuidémonos de la cena.

Pocos minutos tardó en encenderse una verdadera hoguera, tal como debían hacerlas los antiguos burgiaves de Alemania cuando servían á sus huéspedes un buey entero asado, y como se hacen todavía en las márgenes del Amazonas. Cuando los indios no llevan leña en sus canoas, recogen las ramas secas de los árboles para encender el fuego, añaden á ellas las que encuentran en tierra y en algunos minutos se inflaman como las otras.

Enrique habia cuidado de que se embarcase en las canoas una verdadera provision de víveres escogidos, y teníamos caza fresca, vino y conservas de Francia. Media hora despues la cena estaba dispuesta; pero se hallaba la tierra demasiado mojada para que ni aun sobre hojas pudiéramos sentarnos en ella, y fué necesario que nos sirviesen en la uba.

Cenamos con muy buen apetito, como se podia esperar de hombres que habian esperado hasta las diez de la noche y que tenían delante los más sabrosos manjares; y una vez terminado el banquete, teniendo ya las hamacas tendidas bajo

los árboles, unas al lado de otras, nos tendimos en ellas para fumar un cigarro y entregarnos al sueño.

En el desierto, tanto el atavío de noche como el de día no tienen nada de complicados, pues se reducen á quitarse el sombrero antes de tenderse en la hamaca y á darse un chapuzon en el río despues de levantarse. Los más frioleros pasan la noche envueltos en su capa ó en una fina manta de lana americana; los demás se contentan con su hamaca, y unos y otros se entregan al sueño.

Enrique y yo nos levantamos antes de amanecer, que es bajo la línea equinocial á las cinco y cuarto de la mañana en todos los meses del año. Cárlos dormía aún.

—Si quereis,—dijo Enrique,—en cuanto salga el sol seguiremos la pista de los jabalíes y veremos de matar alguno. Si han huido demasiado lejos nos volveremos. Despertad á Cárlos y preparaos: en tanto voy á llamar á los indios.

Fuí á llamar á mi compañero, que tendido en su hamaca dormía tan profundamente como los quinientos dichosos de que habla Goethe. Lo toqué en el hombro, abrió los ojos y me miró de una manera vaga, como el que mira sin ver.

—Vamos de caza,—le dije al oído.

El dormilon se volvió, me miró de nuevo y gritó en francés con una voz capaz de poner en fuga á todos los animales del Amazonas.

—Idos al diablo vos, los jabalíes, la caza y el hijo de la bruja que la inventó.

Le puse una mano en la boca y dije:

—Gritais como un guariba y vais á espantar la caza en una legua á la redonda. Por última vez, ¿quereis venir?

Cárlos se envolvió completamente en su manta y no me contestó. Mi pobre amigo es el dormilon más terrible de nuestros tiempos, y le habia cogido en lo mejor de su sueño. Toda nueva tentativa para despertarle era por completo inútil.

Me volví á mi hamaca, cogí mi puñal y entregué al jóven indio salvaje mi morral de caza, que contenia revueltos y confundidos cartuchos, un eslabon, un frasco de amoniaco, una lanceta, mi pipa y un trozo de tabaco.

Benito me dió mi fusil, y en seguida me reuni á D. Enrique, que me esperaba impaciente por emprender la partida y me mostró el sol, que aparecia en el horizonte.

—Cárlos duerme,—le dije en voz baja.

—Entonces marchemos,—me respondió.

Luego, volviéndose á los indios que debian acompañarnos, añadió:

—El primero de vosotros que descubra los jabalíes, que lance el grito del coro y se detenga: D. Emilio y yo iremos á colocarnos en sitio conveniente, y vosotros echareis la caza hácia nosotros; despues de esto quedais en libertad de obrar como mejor os parezca. Juanillo, vente con nosotros.

Nos pusimos en marcha. El camino era fácil de seguir, pues la manada habia abierto á través del bosque un ancho sendero sembrado de hojas y ramas rotas, como al dia siguiente de una tempestad, y pisoteado por millares de plantas como la calle de una aldea despues del paso de numerosos rebaños.

Sentando cuidadosamente los piés para no hacer ruido y reteniendo el aliento, caminamos durante un cuarto de hora, precedidos por los indios. De repente sentí que me tocaban en el hombro: era Bicho, mi jóven salvaje, que sin decir una palabra extendió el brazo hácia la izquierda y se llevó una mano al oido. Me detuve; don Enrique hizo otro tanto, y comprendiendo el gesto del indio, lanzó el grito del coro. Escuchamos y nada oimos; pero el niño hizo de nuevo señal de que

algo oía. Miré á los otros, y escepto Rafael, cuyo rostro revelaba una ligera excitacion, ninguno de ellos parecia haber percibido nada.

Don Enrique se inclinó hácia mí, y me dijo en voz baja:

—Vuestro indio es un verdadero salvaje del desierto y debe tener razon: sigámosle.

Con una seña ordené á Bicho que nos guiase. El indio avanzó, prestando atento oído á los rumores que se producian entre la espesura y deteniéndose á cada paso. Le seguimos en silencio, y al cabo de tres minutos de marcha oimos un gruñido sordo y prolongado, que sonó delante de nosotros en el fondo del bosque.

Mandamos á nuestras gentes que esperasen algo más de media hora, en tanto que nosotros íbamos á apostarnos, encargándoles que pasado este tiempo obrasen de manera que echasen la caza hácia nuestro apostadero. En seguida Enrique y yo, acompañados de Juanillo y de Bicho, tomamos la contraria del viento, que nos daba por la izquierda, á fin de rodear la manada y acercarnos hasta tenerla á la vista, si esto era posible, y si no, para apostarnos cerca de uno de los claros del bosque y esperar su paso.

Uno y otro habíamos tomado parte tantas ve-

ces en cacerías de este género que conocíamos las costumbres del jabali de los bosques tan perfectamente como los mismos indios. Estos animales viven en las dos orillas del Amazonas, reunidos en manadas de ciento á quinientos, y á veces de mil ó mil doscientos. Sus formas son parecidas á las del jabali europeo, del cual sin embargo se diferencian en el color rojizo de sus cerdas. Desde que apunta el día, los pequeños se revuelcan en el lodo, en tanto que los mayores hacen crujir sus dientes unos contra otros y aguzan sus colmillos frotándolos en las raíces de los árboles. Dicen que el ruido de sus mandíbulas se oye á un cuarto de hora de distancia; pero yo no me atrevo á asegurarlo.

En tanto que el sol permanece bajo el horizonte ninguno abandona su camastro; pero en seguida que sus rayos penetran á través de la espesura, la manada entera se levanta y se dispersa, aunque sin separarse nunca tanto que no puedan llamarse unos á otros. Van con el hocico pegado á la tierra, olfateando á derecha é izquierda, destrozando todo lo que su diente puede alcanzar y devorando frutos de palmera, nueces, tallos, raíces, cortezas, los tiernos retoños de los árboles y otras mil cosas, por poco comestibles que sean.

Si uno de ellos oye ó ventea algo que pueda hacerle sospechar un peligro, la manada entera se reúne y replega inquieta é irritada, y se oyen crugir sus colmillos con un ruido siniestro. Si el tigre que los persigue no ha sido bastante listo para coger su presa, si el cazador imprudente se ha dejado ver ú olfatear, desgraciados de ellos: la manada entera se lanza como una abalancha, y tigre ó cazador son atropellados sin remedio y hechos pedazos; pero si son sorprendidos ó el miedo les domina en el primer momento, lo que sucede casi siempre cuando se les corta la retirada y se les asusta gritando, entonces huyen como carneros, en línea recta, empujándose unos á otros, chocando contra los árboles, arrojándose á través del bosque como un torrente, sin dirección y sin objeto. Todas las criaturas animadas que pueblan el mundo tienen puntos de semejanza, que el hombre desdeñoso y vano se niega á reconocer; pero á pesar de todo son ciertas y palpables, y yo recuerdo en los tristes días de nuestras discordias civiles haber visto al pueblo más bravo del mundo arrastrado unas veces por pánicos repentinos y otras por furiosos arranques de valor.

El bosque era demasiado claro para poder aproximarse á los jabalíes á distancia de tiro: era

preciso, pues, que nos apostásemos de manera que quedasen entre los indios y nosotros, observando la direccion del viento, á fin de que no nos oyesen ni nos venteasen. Despues de caminar con el mayor silencio durante veinte minutos describiendo un semicírculo en torno del lugar de donde partian los gruñidos, Enrique y yo nos colocamos á treinta pasos uno de otro y esperamos.

Al cabo de media hora próximamente se oyó entre la espesura un rugido sonoro, una especie de grito de llamada, al que siguió inmediatamente un inmenso y formidable concierto de gruñidos, y dos minutos despues la manada entera, loca de terror, lanzada en una carrera furiosa, vino sobre nosotros como un huracan.

Protegido por el tronco de una palmera rodeada de lianas, á la cual podia subir de un salto, dejé pasar los primeros, y luego, en el momento en que el descampado que tenia ante mis ojos estuvo lleno de animales, que corrian oprimiéndose y empujándose como una oleada viviente, disparé sobre ellos los dos tiros de mi carabina. Ni uno cayó.

En aquel momento oí el crugido característico que produce un fusil cuando falta el tiro, y luego un voto fuertemente acentuado. Arrojé mi

carabina á Bicho, tiré del cuchillo de monte, y me lancé sobre la banda; pero aquellos condenados animales parecían tener alas y no pude tocar más que á uno, que lanzó un gruñido furioso y huyó con más ligereza todavía que antes de que le alcanzase mi puñal.

Tenia yo demasiado conocimiento de aquella caza para obstinarme en una persecucion inútil, y me volví á mi puesto, á donde llegué al mismo tiempo que Enrique. Este, despues de haber faltado sus dos tiros, se habia lanzado tambien en persecucion de los jabalíes, sin alcanzar otro resultado que yo. Llegaron nuestros indios y les hicimos buscar entre los matorrales, con la esperanza de que encontrarían algun animal herido; pero despues de media de hora inútiles pesquisas, dimos la señal de marcha.

En el momento en que nos poníamos en camino, oimos cerca de nosotros el gruñido mal articulado de un jabato. Rafael dió algunos pasos; pero de pronto apareció Bicho, llevando debajo del brazo un lechoncillo, al que continuamente pinchaba con su puñal para hacerle chillar: el jóven indio marchaba con esa estudiada lentitud de los indios, y miraba á nuestros ayudantes con un aire de desden imposible de describir. Así que estuvo

á mi lado sacó de su morral dos cartuchos y me los presentó, indicándome por señas que le siguiese. Cargué mi fusil, sin comprender cuál podía ser su intencion; pero le seguí sin vacilar, confiando en su sagacidad. Bicho anduvo unos veinte pasos é hizo alto: el lechoncillo, atormentado incessantemente con el puñal, chillaba más que nunca. Entonces lo comprendí todo, pues no tardé en ver bajo un árbol, á cincuenta pasos de mí, una corpulenta cerda, que sentada sobre sus cuartos traseros, alzaba la cabeza gruñendo como un perro que aulla.

Eché dos balas en los cañones de mi fusil en vez de las postas, y le envié una: el animal rodó por tierra, lanzando un lastimoso gruñido, y algunos minutos despues, nuestros indios la llevaban á la canoa. Enrique llamó á Bicho para ver el lechoncillo, y el indio nos lo trajo; pero ya muerto: tan pronto como murió la madre, Bicho habia estrangulado al hijo.

—Salvaje,—esclamé;—¿por qué le has muerto?

—Bicho comer,—respondió en portugués.

Esta palabra y *dormir* fueron las únicas que supo pronunciar con claridad; pero tan bien las habia aprendido que no hacia otra cosa que comer y dormir.

---

---

## CAPITULO XX.

### A orillas del mar.

La caza estaba terminada y volvimos á las canoas, encontrando á Carlos levantado ya y bañándose en el rio. Despues de imitarle, así como los indios, continuamos nuestro interrumpido camino. Avanzábamos rápidamente: el rio corria á través de bosquecillos cortados por hermosas praderas, y con frecuencia, un árbol caido, cuyo tronco alcanzaba de una orilla á otra, obstruia su curso. En estos casos dos indios se echaban fuera de la canoa, subian sobre el tronco, y hacian deslizar la uba por encima si estaba á flor de agua: cuando el obstáculo se elevaba algo sobre la superficie, formando á manera de puente, nos tendíamos en el fondo de la embarcacion, y por poco que fuese el espacio que dejase, pasábamos por

debajo, corriendo el peligro de que la canoa se llenase de agua. Encendimos fuego en una de las piraguas, sirviéndonos de hornilla una concha de tortuga llena de tierra, y almorzamos á bordo sin interrumpir la marcha, á fin de no perder tiempo.

A las diez próximamente el río empezó á estrecharse, los troncos caídos se multiplicaban ante nosotros, las lianas que atravesaban el río en todos sentidos obstruían el paso, prolongándose de una orilla á otra ó formando una red de mallas espesas y desiguales, que era preciso cortar con los machetes, y tuvimos que hacer pasar delante de nosotros una de las piraguas con un hombre á proa para abrirnos camino. Muy pronto se hizo tan estrecho el canal, que hubiera sido imposible pasarle sirviéndose de los remos.

Nuestra uba apenas cabía en el estrecho cauce; las pagayas de los indios tropezaban á cada momento en los árboles y los arbustos que orlaban las orillas, y nuestra larga piragua no podía volver sin gran dificultad los bruscos recodos del río. Por otra parte, el agua, que hasta entonces había sido turbia y amarillenta, era á cada instante más clara; pero su caudal disminuía sensiblemente, y las pagayas encontraban el fondo.

Al cabo de una hora de esta marcha tan lenta

como penosa, la profundidad del agua habia disminuido de tal manera que nos vimos obligados á abandonar los remos, y sin la marea que nos era favorable y nos daba un poco de agua, no hubiéramos podido pasar. Nuestros hombres cortaron largas ramas terminadas en forma de gancho como los bicheros, y nos halaron, afianzándolas en los árboles y lianas á medida que íbamos avanzando. De esta manera la uba y las canoas se deslizaban sobre el fango, más bien que navegaban sobre el agua.

Por órden de Enrique, Rafael marchó á la descubierta, pues nuestro amigo temia haber equivocado el camino. Segun recordaba, el canal que seguíamos conducia á un lago de tres ó cuatro leguas de estension, que corria hácia el Nordeste en la direccion que debíamos llevar; pero sus recuerdos se remontaban á la época de su llegada á la isla, es decir, á cinco años antes, y era fácil que hubiese confundido aquel canal con otro, pues habíamos encontrado más de quince que se enlazaban al que seguíamos, y muchas veces habíamos vacilado respecto á cuál de ellos debíamos tomar.

Afortunadamente Rafael no tardó en volver diciendo que el lago estaba á muy corta distan-

cia. Acto continuo saltamos en tierra con nuestras gentes; las dos canoas se colocaron dentro de la uba, y los indios y negros se dispusieron para arrastrarla á brazo. El agua nos habia abandonado por completo y ya no se veia la menor señal de rio; pero la piragua, impulsada por diez hombres estimulados á fuerza de tragos de rom, se deslizaba rápidamente sobre el fango, y al cabo de una hora alcanzamos el lago.

Enrique no se habia engañado; pero desde que hizo su anterior viaje, el canal que entonces habia seguido hasta el lago se habia cerrado por completo, obstruido por los limos del Amazonas y los despojos de la selva, é invadido por la vigorosa vegetacion ecuatorial.

Estas revoluciones del terreno son de tal manera frecuentes á todo el curso del Amazonas, desde su nacimiento hasta su desembocadura, que los diversos dialectos indios que hablan las tribus que pueblan sus márgenes, aunque pobres en extremo, tienen voces especiales para indicar, ya un canal que se cierra, ya un nuevo cauce que se abre el rio en la estacion de la crecida. Por mi parte, he visto centenares de ejemplos análogos al que acabo de dar á conocer.

Una fresca brisa favorable á nuestra marcha

rizaba la superficie del lago, por lo cual propuse á Enrique que navegásemos á la vela.

—Es peligroso,—me contestó;—la uba no puede resistir el impulso de vela; pero aquí estamos nosotros para impedir que zozobre, y en todo caso, sabemos nadar. De esa manera descansarán nuestros hombres.

Cuando se trata de evitarse trabajo, tanto los indios como los negros comprenden con la mayor rapidez. Aún no habia acabado Enrique de pronunciar sus últimas palabras, cuando ya unos y otros partian en todas direcciones con encargo de confeccionar cuatro mástiles y seis velas.

Estos preparativos necesitaban una hora ó dos. En tanto nos fuimos á cazar, llevando con nosotros á Bicho y al viejo John. Las orillas del lago estaban llenas de nenúfares y plantas acuáticas de toda especie. Nuestra imaginacion europea no puede concebir las miríadas de pájaros que pueblan los pantanos y las lagunas en los desiertos del valle del Amazonas: patos, gansos, ánades, pollas de agua, flamencos, becasinas y otras diferentes aves, volaban espantadas al ruido de nuestras voces é iban á posarse á pocos pasos más allá.

Enrique permaneció al lado de las canoas

para cuidar de la fabricacion de las velas: Cárlos me siguió. Tomamos por la orilla del lago, metiéndonos en el agua hasta las rodillas; Bicho se proveyó de un largo junco, terminado por un extremo en punta y en un nudo por el otro, y despues de recojer las aves que caian derribadas por nuestros tiros, iba enfilándolas por las membranas inferiores del pico, sin hacer caso de las que solo estaban heridas y que huian por el agua ó ganaban la orilla: yo no tiraba más que sobre bandadas y á bulto, dejando pasar los pájaros aislados: al regresar, maté entre los juncos de la orilla dos ó tres becasinas, que saltaron casi de debajo de mis piés, y al cabo de una hora volvimos al sitio donde Enrique nos esperaba, con más caza que la que necesitábamos para todo el dia.

Los mástiles estaban ya colocados, sostenidos por medio de ramas ahorquilladas y sujetos con lianas: la uba tenia dos, cada uno de los cuales debia de llevar una vela; las canoas sólo tenían uno.

Los indios acabaron de fabricar las velas, cada una de las cuales se componia de cuatro grandes hojas de palmera, de doce piés de altura, cuyas foliculas, largas y colgantes como la cabellera del sauce, estaban trenzadas, formando una es-

pecie de tejido, que debía recibir el viento como una verdadera lona. Nuestra gente tenía un gran conocimiento de este velámen ecuatorial, en cuyo uso estaba muy práctica, y en menos de una hora nuestras seis velas estuvieron tendidas y amarradas á lo largo de los mástiles. Mandamos echar un poco de tierra en el fondo de las canoas para que hiciese las veces de lastre, y terminados estos preparativos, continuamos nuestro viaje.

La brisa nos impulsaba rápida y constante. La uba, un poco inclinada sobre un costado, se deslizaba velozmente, cortando con su afilada proa la superficie del agua, y algunas veces embarcaba una ola ó dos, que nuestros hombres tenían que achicar con sus vasijas. Los negros nos seguían de cerca en las canoas, desplumando las aves destinadas para nuestra comida y entonando sus canciones africanas interminables y ruidosas como un concierto de aficionados. En tres horas, corriendo siempre al Nordeste, franqueamos de un extremo á otro y sin fracaso alguno las aguas libres del lago.

Para seguir adelante, era necesario penetrar entre las altas yerbas que desde allí poblaban el estanque. Echamos, pues, al agua los mástiles

y las velas, que ya no servían más que para embarazar nuestra marcha, y los indios cogieron otra vez los bicheros y las pagayas.

Avanzábamos así con gran dificultad, viéndonos á cada momento detenidos por nenúfares gigantescos ó por largas yerbas acuáticas de tallos filamentosos, que se anudaban alrededor de la canoa. Dos indios tuvieron que colocarse en la proa de la uba para cortarlas con sus machetes ó apartarlas de nuestro paso; pero se renovaban sin cesar, tan apretadas y tan densas que, no obstante nuestros esfuerzos, era muy poco lo que avanzábamos. Nosotros ayudábamos á los indios, lo que el amo hace muy raras veces entre los trópicos. La pereza, como la costumbre, es una segunda naturaleza, segun ha dicho un filósofo; pero en los climas ecuatoriales es la primera naturaleza del blanco. En estas latitudes, el europeo, habituado desde hace siglos á que le sirvan en todo el indio ó el esclavo negro, considera el trabajo como una cosa indigna de él, y á fuerza de pereza, de orgullo y de refinado egoísmo, ha extendido por el mundo entero esa creencia absurda de que bajo los trópicos el trabajo es imposible y mortal para el europeo. Este libro no es un campo abierto á la discusion de este error tan

viejo como arraigado; pero tantas y tantas veces he visto en el Perú, en el Brasil, en la Guyana, en las Antillas y en los Estados Unidos ejemplos vivos y prósperos del feliz trabajo de los blancos y aún de los europeos, que respecto á este asunto podría edificar al lector.

Durante una hora continuamos trabajosamente nuestra marcha. El dia tocaba á su término y era preciso tomar un partido: bien continuar así hasta la noche, dormir en la canoa sin cenar, pues faltaba la leña, y proseguir al dia siguiente; bien retroceder, salir de las yerbas y buscar un paso hácia el Este. Enrique sabía que la isla estaba cortada por una especie de canal que recibia la marea de los dos lados, como el rio que rodea á Cayena. En otro tiempo ese canal desembocaba en el lago; pero era posible que ya no existiese, y aún suponiendo que sí, lo era también que encontrásemos en él dificultades mayores que las que teníamos delante.

Un retraso cualquiera podia hacernos faltar á la marea del dia siguiente. A juzgar por el terrible ruido que hacia cuando penetramos entre las yerbas, debíamos de tener el mar á ménos de dos leguas de distancia. Despues de algunas reflexiones, resolvimos abandonar las Canoas é ir por

tierra hasta la costa, á riesgo de encontrar el suelo completamente inundado y vernos en la precision de pasar la noche en los árboles. En el sitio donde nos hallábamós habia de tres á cuatro piés de agua y el bosque no estaba á más de una legua.

Saltamos, pues, de las canoas, armado cada cual de una pagaya para abrirse paso entre las yerbas y espantar las anguilas eléctricas que pudiéramos encontrar; hicimos que los indios y los negros cargasen con los víveres, las armas, la red y las hamacas, y dejando las canoas bajo la custodia de Neptuno, nos pusimos en marcha.

El agua nos llegaba al vientre; pero algunas veces nos subia hasta el pecho, y con frecuencia perdíamos pié en las hondonadas y depresiones del terreno. Cárlos, que no sabia nadar y que marchaba entre nosotros dos, decia con festivo acento:

—Compadres, por más que digais que no hay fondo, no me lo hareis creer: fondo hay; pero con él sucede lo que con el dinero, que es difícil de encontrar. El nadador filósofo vá adelante sin desanimarse; pero el cobarde retrocede y muere de hambre entre las dificultades de la vida: no me hagais morir así; andad de prisa.

A la mitad del camino el negro que llevaba nuestras hamacas arrolladas sobre su cabeza, sintió en sus piernas la descarga de una anguila eléctrica: el desgraciado cayó bajo la violencia de la conmoción; pero tuvo bastante fuerza y presencia de ánimo para arrancarse el reptil y levantarse. Le esperamos durante algunos instantes, y sin otro accidente digno de mencionarse, alcanzamos la orilla antes de que cerrase la noche, completamente sanos y salvos, gracias á nuestras largas pagayas, de las cuales nos servíamos como de palancas de salvacion, y gracias sobre todo á lo acostumbrados que estábamos á las marchas y fatigas corporales, ventaja práctica que todo hombre adquiere en la vida del desierto.

Teníamos las manos y los brazos desgarrados por los espinos y los juncos; pero ¿quién va al monte que no se pinche? Nuestros pantalones estaban completamente hechos pedazos; pero la tela americana no es cachemir de Francia, y puede reemplazarse á muy poco coste: nuestras hamacas estaban empapadas y nosotros chorreando agua; pero un buen fuego hizo que aquellas se secasen, y la cena y el sueño nos devolvieron las fuerzas.

A los primeros resplandores del alba nos pu-

simos de pié, preparándonos á marchar, y durante toda la mañana caminamos por el bosque sin encontrar ni un pájaro ni un mono á quien disparar un tiro. Todo estaba silencioso y solitario: la prororoca, que habia empezado dos dias antes, habia hecho huir á los animales salvajes hácia el interior de la isla. Caminábamos lentamente por una tierra resbaladiza, empapada por completo y cubierta de vegetacion.

Con frecuencia nos veíamos precisados á abrirnos camino cortando las ramas, los bejucos y las lianas, que entrelazándose á los troncos, pasaban de un árbol á otro formando una espesa red; otras veces, metidos en el agua ó con el lodo hasta las rodillas, seguíamos las sinuosidades de anchos estanques de agua negra corrompida, cuya profundidad nos impedia atravesarlos. Enormes troncos erizados de espinas nos cerraban el paso y en torno de ellos la tierra, cubierta de restos espinosos, formaba un inmenso lodazal donde nuestros piés se herian y desgarraban, teniendo que buscar paso por otro lado.

De pronto la vegetacion de arbustos cesó completamente, reemplazándola los grandes árboles, como seringas, júbias, andirobas y palmeras. La profundidad del agua era tal que no hacíamos pié:

los troncos salian del agua aislados y lisos, y no habia lianas á que poder asirnos. Costeamos la laguna durante algun tiempo; pero nos llevaba hácia el Oeste, con direccion contraria al Océano.

Varias veces hicimos que un indio se echase al agua; pero no encontró fondo. El tiempo y el hambre nos apremiaban; hacia cuatro horas que caminábamos, y era preciso á toda costa atravesar la laguna para ganar la orilla del mar, donde encontraríamos tierra firme.

El estanque cuya márgen seguíamos estaba lleno de troncos y ramas de palo de balsa que flotaban en la superficie del agua.

Nuestros hombres construyeron en pocos minutos una almadia con cuatro ó cinco troncos, que sujetaron con lianas, y en ella nos embarcamos. La laguna tenia unos cien pasos de anchura próximamente: los indios la atravesaron á nado, no queriendo esperar el regreso de la balsa, y un cuarto de hora despues estábamos á orilla del océano.

Una playa inmensa se extendia ante nuestros ojos. El amarillento mar de las bocas del Amazonas brillaba bajo los rayos del sol, como el sol mismo, y acostumbrados nuestros ojos á la sombra profunda que daba la vigorosa vegetacion

ecuatorial, aquella reverberacion múltiple nos deslumbró.

Andábamos con delicia por la arena fina y cálida de la playa, y despues de la caminata que acabábamos de hacer á través del bosque, fuimos ante todo á bañar en las olas nuestros piés doloridos y ensangrentados. Dos de nuestros hombres encendieron fuego en la playa, en tanto que sus compañeros se dedicaron á pescar, cogiendo en la primera redada una veintena de peces de todos tamaños, como *gurijugas*, *pacus* y *pesca-das* blancas y negras.

Tendióse en tierra un mantel de verdes y frescas hojas, colocando encima la harina y la sal, y apenas asada la pesca, nos sentamos en torno del improvisado banquete, sirviéndonos los dedos de tenedores. Los indios y los negros nos imitaban, agrupados en torno del fuego, y con verdadero apetito de viajeros hambrientos, nos ocupábamos solamente de acallar las voces de nuestros estómagos, haciendo que la cantidad supliese á la calidad, cuando Rafael se levantó de un salto, gritando con acento de terror:

—¡La prororoca!

Nos echamos rápidamente los fusiles al hombro, y llamando á nuestras gentes, abandonamos

la comida y corrimos con toda la velocidad de nuestras piernas. El lejano trueno de la barra se oía á lo lejos, aproximándose sensiblemente: de pronto se dejó oír el ruido de sus aguas, estrellándose en los arrecifes, ronco, sonoro y rugiente, como el galope de cien caballos lanzados á la carrera.

Teníamos que andar cien pasos para ganar el bosque; pero nos parecía que á medio camino íbamos á ser alcanzados y arrastrados por la furiosa tromba. Llegamos sin embargo, y atravesando los primeros matorrales sin dejar de correr, anduvimos por el bosque unos cuarenta pasos.

En aquel momento nos sorprendió la abalancha. Sentí caer sobre mi cabeza y mis hombros un torrente de agua: la ola me llegó hasta el pecho, haciéndome perder tierra, y durante algunos segundos fuí arrastrado sin ver nada y sin encontrar un objeto á que agarrarme: afortunadamente una liana flexible me cogió por la cintura, y me detuvo. Trepé por ella con toda la ligereza de que era capaz, y tendí en torno mio una mirada buscando á mis compañeros. Enrique pasaba á poca distancia arrastrado tambien, y en seguida le perdí de vista: en cuanto á Carlos, le ví asido con las dos manos á una rama alta, como

si estuviera haciendo gimnasia. La oleada continuaba, por cuya razón correr tras Enrique hubiera sido una locura inútil. El peligro, por otra parte, no era grande, sobre todo para él, acostumbrado como estaba á los torrentes del Huallaga. Le busqué, sin embargo, por todos lados, y al fin le distinguí delante de mí, á caballo sobre una rama horizontal y á una altura de diez piés sobre la superficie del agua.

Al cabo de cuatro ó cinco minutos, la corriente empezó á disminuir, tomé tierra, llegándome el agua á las rodillas, y cuando bajó más, pudimos reunirnos.

Cárlos, según decía, tenía un brazo medio roto; pero conservaba su buen humor habitual y dijo: —He imitado á los Horacios, dejando mis armas en el campo de batalla.

Enrique y yo teníamos solamente ligeras contusiones; pero en cambio la culata de su fusil se había hecho pedazos, y uno de los martillos del mío se había roto.

Poco después nuestros hombres vinieron á reunírsenos: Juanillo tenía un fuerte dolor en la espalda, Antonio vomitaba y Benito no parecía. Le buscamos con la mirada; pero no le vimos.

No había tiempo que perder, pues no tardaría

en llegar la segunda ola. Teníamos cinco minutos de respiro, y los aprovechamos para penetrar en el bosque todo lo posible, andando tan de prisa como lo permitían el cansancio, el agua y la tierra resbaladiza.

No se hizo esperar la segunda ola; pero ya estábamos separados del océano por 200 metros de bosque, y tan solo algunas pulgadas de agua vinieron á bañar nuestros piés. La tercera ola no llegó hasta nosotros.

Acto continuo enviamos á los indios en busca de Benito, despues de lo cual volvimos á la playa para secarnos al sol.

La prororoca reemplaza en estos parajes á la marea, ó por mejor decir, constituye la marca, que detenida largo tiempo por las aguas del rio, sube bruscamente en tres enormes olas. La *prororoca* es al Amazonas lo que el *mascaret* al Ganges y la *barra* al Sena, con las gigantescas proporciones que necesariamente deben tener las mareas del Atlántico para rechazar y vencer al enorme caudal de agua y á la poderosa corriente del rey de los rios.

No necesito decir que hamacas, sombreros, redes, viveres y todo lo que nos pertenecía, habia sido arrebatado por la prororoca.

Nuestros hombres volvieron poco despues sin haber encontrado á Benito. Querian secarse como nosotros, y con este objeto habian dado de mano á sus pesquisas; pero en cambio traian mi sombrero y el de Cárlos, que habian encontrado en el bosque.

Teníamos que esperar siete horas hasta que empezase la gran prororoca, y en tanto, pusimos al sol nuestras armas y municiones para que se secasen. Media hora despues, Cárlos, que andaba buscando su fusil, descubrió las hamacas enredadas entre unas lianas á la entrada del bosque, y vino con aire de triunfo á anunciarnos su descubrimiento. Hicimoslas tender mojadas todavía, y meciéndonos dulcemente, tratamos de encontrar un medio de ver la prororoca, pues no podíamos decir que la habiamos visto, por más que nos hubiésemos bañado en sus aguas, ni podíamos juzgar de ella por la visita que acababa de hacernos.

Cada cual propuso medios tan peligrosos como impracticables, y cansados ya de discusion, Enrique llamó á Rafael.

—¿Se veia bien la prororoca,—le preguntó,— desde lo alto del árbol á que te subiste cuando vino la oleada?

—No, patron,—respondió el indio;—pero hace un momento, cuando buscaba el fusil de D. Carlos, reparé en un árbol altísimo y muy fuerte que está cerca de la orilla del mar, y desde él podeis verla perfectamente, si es que habeis venido para eso.

Fuimos á examinar el árbol, que era un *juvia* ó castaño, jóven todavía, pero tan fuerte como los cedros octogenarios de los bosques de Auvernia. La ascension no era difícil, merced á las lianas que le rodeaban, y Rafael, comprendiendo nuestros deseos, se encargó de cortar las ramas y los parásitos que interceptaban la vista.

---

---

---

## CAPITULO XXI.

### El amor de una mulata.

Benito no parecia, y decidimos ir en su busca nosotros mismos. Nos pusimos en marcha, despues de disparar algunos tiros para llamarle, y ya habíamos penetrado en el bosque cuando encontramos á Antonio, al cual seguia Benito en perfecto estado de salud.

—¿De dónde vienes?—le preguntó Cárlos;—¿estás herido?

—No, mi amo,—respondió;—pero la prororoca me dá miedo, y queria esconderme hasta que volviésemos á la granja.

—¡Maldito cobardon!—exclamó Cárlos;—daria todos los mulatos del mundo por un negro: don Enrique, os lo vendo.

—No seré yo quien lo compre,—respondió En-

rique,—no quiero mulatos: son malos servidores, y nunca se puede convencerlos de que son esclavos: los malditos ni son negros ni blancos, y tienen las malas cualidades de unos y de otros.

Diciendo esto nos volvimos á las hamacas.

A pesar de todo, Carlos tenia á Benito cierto cariño, y arrastrado por su afición á toda polémica en que pudiese burlarse de la vieja Europa, empezó á defender á los mulatos. Pero D. Enrique no transigia respecto á este punto, y seria interminable si consignase todo lo que uno y otro dijeron en apoyo de su opinion respectiva. Recuerdo solamente una historieta que se refirió en el curso de la discusion, y como en ella se retratan á la vez las mulatas y nuestro huésped, voy á relatarla tal como la oí mientras esperábamos la prororoca.

—¿Cómo, siendo tan enemigo de esa raza de medio color, teneis mulatas al servicio de doña Cármen?—exclamó Carlos, terminando con estas palabras un largo discurso en defensa de los mulatos.

—Porque las mujeres de esa raza,—respondió don Enrique,—no se parecen á los hombres, y, al revés de éstos, tienen una gran lealtad á sus amos, y sobre todo, á sus amas.

Si no me detuviera el temor que me inspira vuestra lengua viperina, capaz de burlarse hasta de un simple amorío de aventurero, os repetiría, en apoyo de mi opinion, una respuesta que me dió una mulata de la Martinica.

—Repetidla, ó por mejor decir, referid la aventura,—repuso Cárlos,—pues el perfume de ese recuerdo se os ha subido á la cabeza, y si no hallais, es fácil que os ahogue; por otra parte, al compadre le agradan en extremo las historias de amor.

—Pues sea,—exclamó Enrique;—en cierto modo, no dejais de tener razon: se experimenta una felicidad especial refiriendo lo que nos ha hecho felices, y por consecuencia, voy á relatar esa aventura tanto para mí como para vosotros.

Hace algunos años, cuando la goma elástica empezaba á ser el más precioso artículo de comercio de este país, me embarqué para Nueva-Orleans, con objeto de entablar relacion con algunos negociantes de aquella plaza. A la altura de la Martinica, el buque fué desarbolado por uno de esos tremendos huracanes de las Antillas, cuya irresistible violencia hace temblar á los marinos más audaces; se abrió en los fondos una vía de agua, y no sin gran trabajo pudimos arri-

bar á la isla. Una vez allí, el capitán hizo presente á los pasajeros que necesitaba quince días lo ménos para reparar las averías del buque, é inmediatamente nos fuimos á tierra, no quedando á bordo más que una vieja americana casi loca, cuya idea fija era que estaba todavía en el Brasil, á donde no queria volver.

Ya conocéis la Martinica, con sus altas montañas, sus llanuras cultivadas y sus valles cubiertos de una verdura eterna; esa joya de las Antillas, engastada como un diamante en el océano que la rodea, y que brilla sobre la superficie del mar como una nube dorada por el sol poniente en un cielo sereno. Me sentía feliz, pisando aquel suelo francés, viendo las criollas y oyéndolas hablar el idioma de la patria con su acento indolente y lleno de dulzura. Yo amo á la Martinica como se ama el último amor, y amo también á la raza criolla. Es una noble raza que, á pesar de la distancia, del océano y de las desdichas de que ha sido víctima, conserva vivo y ardiente en su corazón el amor sagrado de la madre patria; raza hospitalaria, altiva y fiel, que de un pelo al otro tiene por religión el culto del pasado, y que, aun bajo el dominio del extranjero, guarda en el fondo de su alma, como en un san-

tuario, la imagen venerada de la Francia; que en el Canadá se arrodilla y llora sobre la tumba de Montcalm, ese héroe olvidado por nosotros en tierra extranjera; que en la Luisiana mece á sus hijos con las viejas canciones francesas; que en las Antillas, por último, venera como á una santa á la adorada soberana de la Malmaison, al ángel criollo del primer imperio.

El buque habia recalado en Saint-Pierre; pero á mí me gusta más Fort-de-France, y al dia siguiente del desembarque me puse en marcha para esta poblacion, cuyas calles y paseos recuerdan en cierto modo nuestras ciudades del Mediodía.

Fuí á hospedarme en la gran plaza de la Savana, que está en el fondo de la rada, sombreada por espesas alamedas y oreada por una fresca brisa casi constante. No conocia á nadie en la poblacion, y andaba errante como el alma de Hamlet, paseando mis ócios por las plazas y las calles de la villa. Una tarde, á cosa de las seis, encontré en la Savana dos mulatas que habian ido á sentarse á la puerta de mi posada.

Habeis estado en las colonias, y por consecuencia, conoceis, como yo, á las mujeres de color.

Más ó ménos jóvenes, más ó ménos lindas, todas se parecen en las facciones y el vestido, como se parecen en el corazón y en las costumbres.

Me acerqué á ellas, y después de algunas palabras triviales, me senté al lado de la más joven.

Pasó á poco una negra, llevando en la cabeza una bandeja con sorbetes, y la llamé; los helados son siempre bien acogidos en los climas tropicales: las dos mulatas aceptaron mi convite, y nos hicimos amigos.

Todo nace, crece y muere rápidamente bajo este cielo de fuego: yo estaba solo y desocupado... ella era bonita y libre... dos días después éramos ya algo más que amigos. La pobrecilla tenía diez y siete años, edad de niña en nuestros climas helados, edad de mujer en la Martinica, edad de oro en todas partes.

Hay en toda mujer joven y bella un encanto irresistible y embriagador que fascina los corazones, áun aquellos que están ocupados por otro amor.

Al lado de Nana olvidaba las tristezas de la ausencia y el fastidio del viaje, y poco á poco mi alma fué acostumbrándose á su dulzura de ángel y á sus seductoras caricias. Una mañana,

dominado por la embriaguez del amor, me atreví á proponerla que me siguiese, abandonando su isla, su casa y su pobre vida.

La dulce niña inclinó la cabeza, aparecieron dos lágrimas en sus largas pestañas, y despues de un momento de silencio, enlazó mi cuello con sus brazos y respondió:

—Niño, bien quisiera, pero no puedo. ¡Son tan buenas las blancas! ¡Si me llevases á una tierra donde sólo hubiera negros y mulatos, moriría! ¡Niño... niño mio... quédate aquí conmigo!

Cogí su cabeza entre mis manos y llené de besos sus hermosos ojos. Luego, con el corazon conmovido, partí sin decirla una palabra. Tres dias despues estaba embarcado y en marcha para Nueva-Orleans.

—Ya veis, querido Cárlos, que las mulatas no se parecen absolutamente en nada á los mulatos, y cuánto amor y fidelidad demuestran á nuestras puras y lindas criollas.

---

---

## CAPITULO XXII.

### La prororoca.

Esta historia no hizo más que escitar la verbosidad de Cárlos, que empezó á burlarse del amorío de nuestro huésped.

Aproximábase la noche: el almuerzo, que la marea habia interrumpido, no era más que un lejano recuerdo, y habiéndose perdido los aparejos de pesca con las provisiones, habia que tratar seriamente de procurarnos cena.

Los indios habian hecho cuerdas con fibras de corteza y anzuelos con espinas, y se habian puesto á pescar: ya habian cogido algunos peces; pero habia que alimentar á quince hambrientos, y teníamos en perspectiva la cena más frugal y escasa que puede imaginarse, cuando Benito, que estaba bañándose, encontró nuestra red. La prororoca,

al caer sobre la playa, casi la habia sepultado en la arena.

En algunos minutos estuvo dispuesta, se la echó al mar, y media hora despues teníamos en la playa más pescado del que necesitábamos.

Rafael, en tanto, habia desembarazado completamente el castaño, construyéndonos en su cima, á cincuenta piés de tierra, un verdadero observatorio.

Gracias á las lianas que rodeaban el tronco, pudimos subir hasta las ramas, dejando á nuestras gentes en libertad de imitarnos ó de meterse en el bosque para evitar la marea, que no podia tardar.

Ante nuestros ojos se tendia un magnifico cuadro, que podíamos contemplar con toda libertad. En frente, el infinito, el inmenso océano con su grandiosa majestad; á la izquierda las islas de Braganza, cubiertas de bosques é inundadas de luz por los rasgos del sol poniente; á la derecha las selvas de Cavianna, medio sumergidas ya en la sombra, y á nuestros piés, en torno de nuestro observatorio, una playa de fina arena, que brillaba como un espejo, herida por los rayos oblicuos del astro moribundo.

En el horizonte, al Este y al Norte, no se veia

la más pequeña nubecilla; pero hácia el Sur, por encima de Marajó, el cielo estaba negro, con esa pesadez especial que sólo se conoce en los climas ecuatoriales cuando se prepara una tormenta, y dejaba ver por intervalos, rápidos relámpagos, á que sucedió poco despues el ronco tableteo de los lejanos truenos.

Tanto mis compañeros como yo guardábamos silencio, dominados por ese terror respetuoso que inspira siempre la tempestad, y mirábamos maquinalmente las blancas gabiotas que, lanzando penetrantes chillidos, volaban sobre nuestras cabezas.

Al fin, una ráfaga de viento trajo hasta nosotros la potente voz de la proroca, sorda al principio, ronca despues, y dominando al fin el ruido del trueno; pero como el viento no era constante, aquel ruido cesó para comenzar de nuevo á los pocos momentos.

Por encima de las islas de Braganza veíamos una especie de nube blanquiza, como una humareda lejana, y poco despues las islas desaparecieron, ocultas por una ola inmensa, por una tromba enorme, dorada por los rayos del sol, y que se estendia de un extremo á otro del horizonte.

De pronto el ruido de la marea se hizo sonoro,

retumbante, como si se oyesen miles de cañonazos, y la tremenda ola creció, levantándose hácia el cielo, cual si se tratase de escalarle.

Los rayos oblicuos del sol en su ocaso daban de lleno sobre ella, y merced á esto, pude distinguir fácilmente los grandes árboles y los gruesos troncos que arrastraban sus espumosas aguas.

Nada se oía, más que su furioso estrépito... y al verla acercarse, siempre creciendo, siempre engruesando, no pude dominar un estremecimiento de terror, causado por el pensamiento de que podía arrastrarnos.

Una lluvia fina, una especie de polvo líquido hirió nuestros rostros, como esas nieblas húmedas que se encuentran en las montañas muy elevadas: iba á llegar la tremenda ola, cuya fuerza es de todo punto incalculable, pues no se la puede comparar á la de mil calderas de vapor. Me así fuertemente á las ramas en que me apoyaba, abrazando la más fuerte con brazos y piernas, y en el momento del terrible choque me pareció que el árbol crugia y temblaba bajo mis piés como el puente de un buque de vapor cerca de la máquina. Me sentí envuelto en un torbellino, y durante un momento estuve sin ver nada, ni aun el árbol que me sostenía, abriendo y cerrando rápida-

mente los ojos, y casi sin poder respirar á través de la lluvia de polvo líquido que me azotaba el rostro.

Aquella niebla disminuyó poco á poco, y pude mirar en torno mio: á dos metros bajo mis piés corrian las aguas, rápidas, furiosas, arrastrando restos vegetales y árboles enteros. Enrique y Carlos miraban tambien, fascinados como yo; pero no podíamos hablarnos, pues lo impedia el ruido del oleaje. Los matorrales y los altos arbustos de la playa habian desaparecido, sumergidos por las aguas, y á veces sus ramas más elevadas ondulan en la superficie para desaparecer en seguida. El torrente se rompía en nuestro árbol, é iba luego á perderse en el bosque como en una tumba.

Poco á poco disminuyó el ruido, los árboles de la villa reaparecieron sobre las olas, bajaron las aguas como si el suelo las absorbiese, decreció la rapidez de la corriente, y no quedó en la superficie sino una especie de alfombra de espuma mezclada con restos vegetales, agitada todavía con ese vago movimiento que conserva el agua que ha dejado de hervir.

Ya habia recobrado el mar su tranquila superficie cuando oimos á lo léjos el ruido de la segunda ola, que no tardó en llegar, si no tan desordenada y de tanta elevacion como la primera,

más rápida todavía y arrastrando mayor número de árboles y despojos.

¿Habeis observado un tren en marcha á toda velocidad, colocados en lo alto de un puente tendido sobre la vía férrea? Se vé primero á lo léjos el humo de la locomotora, que serpentea en el aire como un gigantesco penacho, y se cree que apenas avanza; pero á medida que se aproxima, su velocidad aumenta y se multiplica, y cuando va á pasar bajo el puente desde donde le contemplais, parece que aquel mónstruo de hierro y fuego, que vomita humo y estrépito, trata no ménos que de escalar el cielo: el humo os ciega, el ruido os ensordece, pasa rápido como un meteoro, y luego todo se aleja, perdiéndose en el horizonte.

La segunda ola de la prororoca me hizo experimentar la misma sensacion, y engendró en mi pensamiento este recuerdo de la pátria; pero duró menos tiempo que la primera y el ruido cesó casi en seguida. La tercera ola no fué más que una ondulacion rápida y violenta que pasó con velocidad y que se perdió poco á poco en las profundidades de la selva.

Bajamos del árbol sin desplegar los lábios, porque los grandes espectáculos de la naturaleza inspiran respeto é imponen silencio, como todo lo

que es verdaderamente grandioso, y debo consignar que experimentábamos esa plenitud de felicidad que satisface á la vez al alma y á los sentidos.

Y era un hermoso cuadro, efectivamente. Primero el Niágara, despues la prororoca del Amazonas: hé aquí lo más bello que he visto en el mundo. No trato de negar ningun placer; pero no comprendo cómo hay quien se recrea en el espectáculo monotonó de un arroyo que serpentea por la llanura ó de una ladera cubierta de viñas: por mi parte, quiero mejor contemplar los grandes accidentes ó las terribles convulsiones de la naturaleza, y dígase lo que se quiera, prefiero los montes del Tirol á las colinas del Champagne, y los torrentes de las Cordilleras al valle del Loira. Que los que así piensan, vayan á ver el Niágara, la prororoca del Amazonas ó un huracan de las Antillas, pues solo en el viejo Océano y en el Nuevo Mundo pueden presenciarse hoy los verdaderos fenómenos de la naturaleza. Los antiguos volcanes de la vieja Europa se han apagado, pues sólo el Vesubio y el Etna tienen de cuando en cuando una especie de golpe de tos, que les hace arrojar algunas débiles llamaradas, y solo en América puede verse hoy á los fuegos plutónicos lanzar á inmensas alturas sus tre-

mendos haces de fuego y piedras candentes.

No tardaron en reunírsenos nuestros acompañantes.

—¡Hé aquí unos verdaderos filósofos!—exclamó Carlos;—ni uno solo ha querido tomarse el trabajo de subir á nuestro observatorio para tener el gusto de ver lo que nosotros hemos visto. En cierto modo, tienen razon. ¿Qué ha sido todo ello?... Mucho ruido y un poco de agua sucia.

Una masa de agua amarillenta y cubierta de espuma inundaba la playa, y solo quedaba fuera del alcance de las aguas el promontorio donde estaba nuestro árbol, que era ciertamente demasiado estrecho para que todos durmiésemos en él. La prororoca, por otra parte, debia repetirse durante la noche, y aunque ofrece un espectáculo digno de admiración, su visita es peligrosa.

Aprovechamos, pues, los últimos instantes del dia para buscar en el bosque un espacio seco y fuera del alcance de la marea, y nuestros indios nos llevaron á un montecillo donde habian permanecido durante la prororoca.

La tempestad continuaba amenazando, por lo cual hicimos que los indios nos construyesen un tambo de hojas, y no tardamos en felicitarnos de contar con aquel abrigo, pues á poco se

desprendió de las nubes un verdadero diluvio.

A la mañana siguiente emprendimos la marcha, dirigiéndonos á la orilla del lago, y vimos que la marea habia aumentado considerablemente el caudal de sus aguas, estableciendo corrientes que habian arrastrado nuestras embarcaciones.

Durante todo el dia anduvimos buscándolas, y al llegar la noche las encontramos baradas en la orilla, pero al extremo opuesto del lago y demasiado tarde para embarcarnos.

Tuvimos, pues, que pasar otra noche bajo los árboles, y á la mañana siguiente emprendimos el regreso; pero, desgraciadamente, el viento nos era contrario y nos vimos obligados á atravesar el lago á fuerza de remos.

Entramos en el mismo canal que habíamos seguido á la ida, y sin dar á nuestros hombres un momento de descanso, llegamos al punto de partida al mediar el tercer dia, y saltamos en tierra delante de la habitacion de don Enrique.

La prororoca debia concluir aquella misma noche; teníamos buen viento para salir del Amazonas y ganar el mar, y resolvimos separarnos de nuestros huéspedes despues de la marea, aprovechando el reflujo, que debia empezar á las dos de la madrugada.

---

---

## CAPITULO XXIII.

### Regreso á Francia.

Pasamos la última velada en la habitación de nuestros amables huéspedes, hablando solamente de nuestra patria, y creí comprender que don Enrique la echaba de menos. Me daba pena su melancólica resignacion, y traté de llevarle á Europa, pareciéndome que en Francia olvidaria sus tristes recuerdos y tal vez podria ser dichoso volviendo á encontrar las costumbres de su niñez.

Le ofrecí, pues, un lugar en mi buque para él, doña Cármen y sus hijos, y Cárlos, que, á pesar de su carácter escéptico y burlon, es adicto y leal y tiene además un gran conocimiento de los negocios, se ofreció tomar á su cargo la venta de sus esclavos y de sus propiedades cuando regresara de la Guyana, á donde debia acompañarme.

Don Enrique movió la cabeza sin responder, y á pesar de esto insistí, ponderando la hermosura de Francia, las bellezas de París, la bondad de su clima y los placeres de la vida civilizada.

—En muy pocas horas,—dije para concluir,—podeis dejar arreglado todo esto: sois rico y podeis tener en París una existencia llena de goces. Venid: de Cayena á París no hay más que veinte dias de viaje, y despues de todo, creedme, no hay nada que valga lo que la patria.

Don Enrique paseó lentamente su mirada por el espléndido paisaje que se extendia ante nuestra vista, y despues de un momento de silencio contestó:

—Amigo mio, la noche está muy clara: mirad en torno vuestro. ¿Qué encontraría en Francia que pudiera indemnizarme de lo que aquí dejaría? Algunos aposentos sin aire en una casa estrecha, metida entre la calle y otras cuatro casas. No, no; prefiero á todo mis bosques y mi libertad. No soy yo quien debe partir; por el contrario, sois vos quien debe quedarse. Creedme, don Emilio, si en este mundo existe la dicha, esa dicha está aquí, y solo aquí puede encontrársela, no en medio de las supérfluas vanidades de vues-

tra mentida civilizacion. ¡ Vos no sabeis aún, pero lo sabreis cuando hayais regresado á Francia, lo que se sufre viéndose obligado á doblegarse á las estúpidas exigencias del mundo despues que se han gustado las dulzuras de la libertad; lo que cuesta volver á ser ciudadano y hombre de sociedad despues de haberse acostumbrado á la salvaje existencia del desierto! ¡ Sabreis qué trabajo cuesta ceñirse el cuello con una corbata y el cuerpo con un frac para prodigar sonrisas sin alegría, para dar apretones de manos sin que haya amistad en el corazon, para inclinarse ante cualquiera sin que haya respeto en el alma! ¡ Sabreis lo que cuesta vivir meses enteros sin sol, faltando el aire y el espacio, mirando la calle sin atreverse á salir, ó tiritando transido de frio bajo un gabán mojado! ¡ Sabreis, en fin, lo que se sufre viéndose obligado á sujetar á cálculo y medida el placer y el dolor, el hambre y el sueño, la amistad y el amor!

Aquí os levantaiis cuando quereis, dormís cuando teneis sueño, vivís en libertad y á vuestro gusto. Si teneis hambre, haceis matar un buey ó un tapir, y cuando estais harto y lo están vuestras gentes, arrojais el resto á los caimanes del río; allí, por el contrario, os será preciso calcular

el precio de un huevo, y no os atreveréis á echar al perro los huevos de un pollo. En los primeros dias os embriagareis con todos los goces, con todos los placeres que ofrece ese Paris con que tanto soñais; pero acto continuo os sentireis aislado, perdido en medio de la multitud; enojado por esa vida de movimiento y de negocios, ávida y egoísta; frio ante aquellos árboles sin hojas, y triste ante aquella naturaleza agotada y empobrecida, ante aquellos dias sin sol, ante aquellas noches sin estrellas, bajo aquel clima sin calor. Por bellos que sean vuestros palacios, más bellos son la naturaleza y los bosques vírgenes; por dorada que sea la cadena, es más preciosa la libertad: vuestros montes y vuestros canales, arreglados por la mano del hombre, no valen lo que la montaña bravía y el mugidor torrente; vuestras chimeneas no pueden dar el calor del sol; la obra del hombre, por grande y bella que sea, no puede compararse á la obra de Dios. Os dominará la tristeza, y mirando hácia Occidente, donde están América y el Ecuador, echareis continuamente de ménos su espléndido sol, su libertad y la tranquila y dulce existencia del desierto.

Así hablamos durante mucho tiempo, prediciéndome don Enrique decepciones, desengaños.

esperanzas desvanecidas, tristezas, arrepen- timientos tardíos, todo lo que más tarde me había de suceder, como si hubiera leído mi suerte en el libro del porvenir.

Yo no le escuchaba.

El sentimiento de la pátria me había producido una especie de embriaguez, que dominaba completamente mi espíritu.

¡La pátria! ¡la pátria!

Llegó la hora de partir y me levanté.

Doña Cármen nos acompañó hasta la orilla del Amazonas; Enrique, con su falucho, quiso acompañarnos hasta Curua.

Cerca de la isla, habiendo refrescado la brisa de la mañana, favorable para su regreso, se dispuso á abandonarnos; pero antes de volver á su barco, me conjuró por vez postrera á decir adiós á Europa y quedarme en América.

— Haremos que os levanten una casa al lado de la nuestra, en la misma isla, y desmontaremos para vos una buena porcion de terreno,—me dijo.— Vivireis solo y libre, y luego, si la soledad oscansa, iremos al Perú, á esa hermosa tierra que tanto amais. Cármen buscará para vos alguna hermosa limeña que os haga dulce la vida. El Perú es una tierra de amor y de hospitalidad, y si quereis,

viviremos allí siempre. ¡Creedme, Emilio: quedaos en América!

Pero mi corazón me llamaba á Francia: moví negativamente la cabeza, le estreché con fuerza las dos manos, y en aquel momento le oí murmurar entre dientes:

—¡Estaba escrito! ¡Dios lo quiere! ¡Que siga su destino, como yo sigo el mio!

En seguida saltó á su falucho y se alejó.

Aparecía el alba, y durante una hora seguí tristemente con la mirada su ligera navecilla, cuya roja vela reflejaba los rayos del sol nascente, hasta que desapareció tras la línea del horizonte.

Poco á poco, con la vista fija en la costa de Guyana, á la cual me aproximaba insensiblemente, fuí volviendo á mis queridas esperanzas, y la imágen de don Enrique y de aquella felicidad que para siempre abandonaba, fué desapareciendo borrada por el dulce recuerdo de la familia y de la pátria.

## CONCLUSION.

---

Aquella misma noche llegamos á Bailica, y á la mañana siguiente, cuando remontábamos el cabo Norte, me ví obligado á desembarcar en un islote á nuestro piloto John, que trataba de hacernos encallar en la costa, donde nos esperaban sus amigos, bandidos como él, para robarnos y apoderarse del falucho.

Desde aquel momento, gracias á un indio de Mapa, que nos sirvió de práctico, nuestro viaje continuó sin dificultad, y quince dias despues llegamos á Cayena.

Allí me abandonó Cárlos, que debia regresar al Pará. La partida de aquel buen amigo me produjo una tristeza que me dominó durante algunos dias, pareciéndome que acababa de romperse el último lazo que me unia á la bendita tierra de América, á la dulce existencia del desierto.

Una parte de mi tripulacion se quedó en la Guyana, y el resto volvió al Brasil con Cárlos.

Al fin abandoné definitivamente el continente americano: cuarenta dias despues estaba en la Martinica y hace seis meses que he llegado á Francia.

Don Enrique me habia predicho mi suerte, como si hubiera tenido la facultad sobrenatural de leer en el libro del porvenir. Las amarguras del desengaño y el dolor de las esperanzas desvanecidas han sucedido al júbilo de la llegada, y hoy me encuentro profundamente arrepentido de no haber seguido los prudentes consejos de don Enrique, despidiéndome para siempre de Europa y de su sociedad miserable y egoista, y armando mi tienda bajo el cielo azul y sereno de la j6ven América.

FIN.

El presente medicamento se prepara en forma de unguento y se aplica sobre la zona afectada después de haber lavado y desinfectado la zona con alcohol y agua oxigenada. El medicamento se conserva en un frasco de vidrio con tapón de goma.

Donde se aplica el medicamento se debe tener mucho cuidado de no tocar en el lugar del porvenir. Las amarras de la cintura y el color de las esencias se van a desvanecer y el color de la piel se va a volver normal.

Los medicamentos probados anteriormente no han dado resultados satisfactorios. Por lo tanto, se recomienda el uso de este medicamento para el tratamiento de la enfermedad.

El medicamento se prepara en forma de unguento y se aplica sobre la zona afectada después de haber lavado y desinfectado la zona con alcohol y agua oxigenada. El medicamento se conserva en un frasco de vidrio con tapón de goma.

Donde se aplica el medicamento se debe tener mucho cuidado de no tocar en el lugar del porvenir. Las amarras de la cintura y el color de las esencias se van a desvanecer y el color de la piel se va a volver normal.

Los medicamentos probados anteriormente no han dado resultados satisfactorios. Por lo tanto, se recomienda el uso de este medicamento para el tratamiento de la enfermedad.

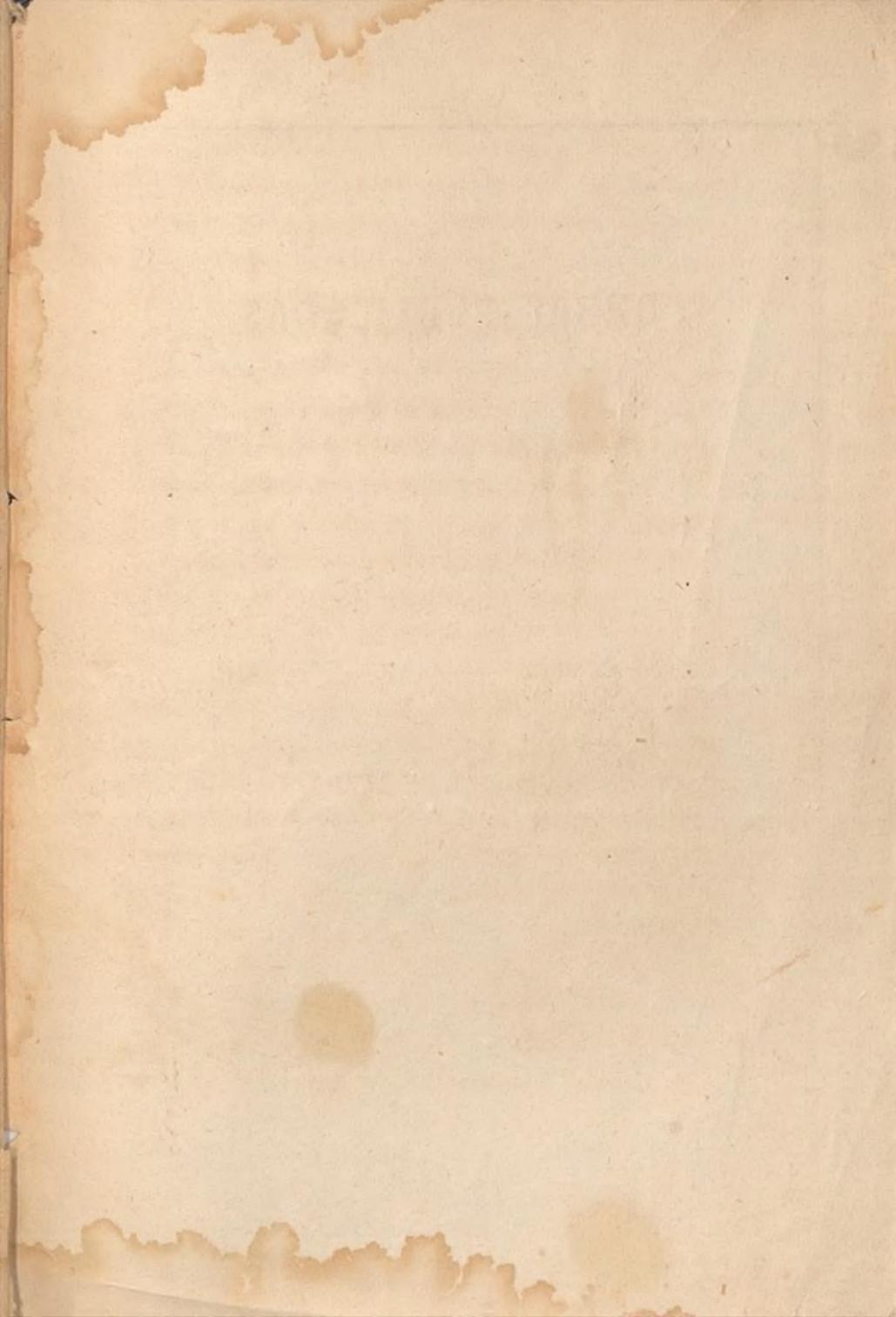
El medicamento se prepara en forma de unguento y se aplica sobre la zona afectada después de haber lavado y desinfectado la zona con alcohol y agua oxigenada. El medicamento se conserva en un frasco de vidrio con tapón de goma.

# INDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Salida del Pará.....	5
II.—El encuentro.....	13
III.—Un ancla enganchada.....	18
IV.—Un pantano.....	26
V.—Una damajuana de aguar- diente.....	34
VI.—Consecuencias de un encuen- tro.....	39
VII.—La casa de D. Enrique.....	45
VIII.—Una cena bajo el Ecuador..	56
IX.—Historia de unos deportados.	62
X.—Dos sueños.....	107
XI.—Una habitacion bajo el Ecu- dor.....	119
XII.—El cazabe.....	125
XIII.—La Guyana y las ganaderías.	133
XIV.—La serpiente sucuriju.....	142
XV.—La choza del negro y el tam- bo del indio.....	149

XVI.—Las embarcaciones del Amazonas.....	154
XVII.—Juana.....	161
XVIII.—En marcha.....	173
XIX.—Una caza de jabalies.....	184
XX.—A orillas del mar.....	195
XXI.—El amor de una mulata....	214
XXII.—La prororoca.....	221
XXIII.—Regreso á Francia.....	229
CONCLUSION.....	236



## OBRAS PUBLICADAS.

..

La Gazmoña.	un tomo.
La Esposa enterrada en Vida.	id.
La Familia del Diablo.	id.
La Conciencia de una Mujer.	id.
La Virgen del Encinar.	id.
La Dama de los Tres Corsés.	id.
La Mujer del Próximo.	id.
Los Esclavos del Orgullo.	id.
La Vida Alegre.	id.
Los Amores de Quevedo.	id.
Modista, Triple y Patrona.	id.
Lo Mejor de la Mujer.	id.
Las Señoras de Contrabando.	id.